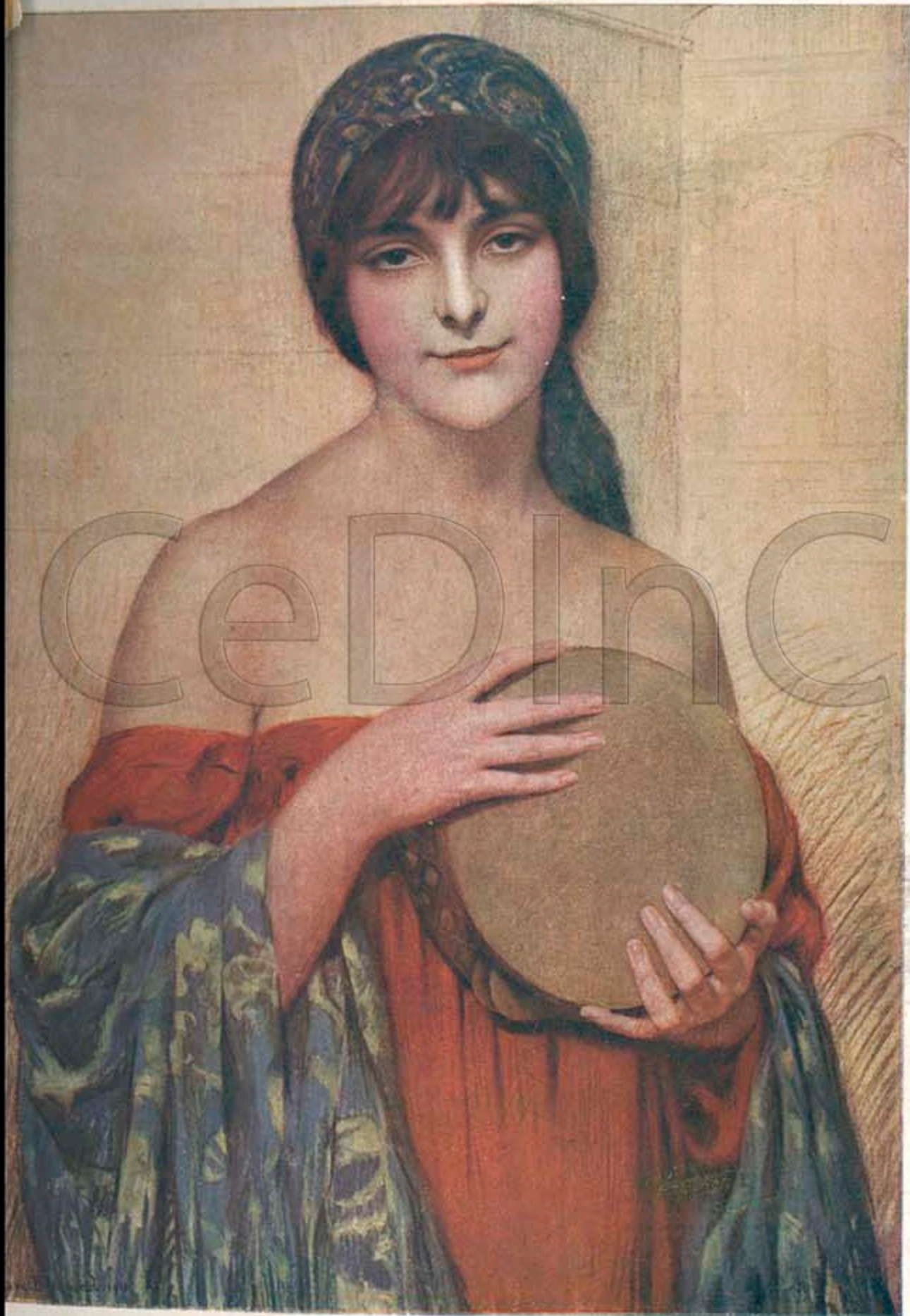


MUNDIAL





la cámara de aire
es el corazón
del neumático

Neumáticos CONTINENTAL

146, Avenue de Malakoff, PARIS

Publicaciones ALFRED & ARMAND GUIDO, 6, Cité Paradis, PARIS

MONDIAL

MAGAZINE

Dirección telegráfica :
SANTAGUIDO-PARIS

Director literario :
RUBEN DARIO

TELEFONOS
Dirección y Administración :
Louvre 0-36
Redacción y Publicidad :
Bergère 43-34

SUSCRIPCIONES

FRANCIA
6 Meses.. .. 6 fr. 50 | Un Año. 12 fr.

EXTRANJERO
6 Meses.. .. 9 fr. 50 | Un Año. 18 fr.

NUMERO SUELTO
Francia. 1 fr. | Extranjero.. 1 fr. 50

Los suscriptores recibirán sin aumento de precio todos los números extraordinarios que se publiquen.

Venta exclusiva y expediciones á todos los países :
SOCIEDAD DE EDICIONES LOUIS MICHAUD
168, Boulevard Saint-Germain, Paris.

AGENTES DE PUBLICIDAD PARA

ALEMANIA : Haasenstein & Vogler. -- Leipzigerstrasse, 31 & 32 - Berlin.

ESPAÑA : Empresa de Anuncios, Rialp. -- Rambla de Cataluña, 14 - Barcelona.

FRANCIA : Hoteles y estaciones balnearias ; "Société Européenne de Publicité", 11, Rue Drouot, Paris.

INGLATERRA : South American. Press Agency Ltd, 1, Arundel Street. - Londres W. C.

ITALIA : Giancarlo Madon, Casella Postale. 239, Milano.

SUIZA : Robert Hug, Hauptpostbox 6206. -- Zurich.

En PARIS, se encuentra de venta en todos los kioscos del Bulevar y en los Grandes Hoteles, así como en las principales librerías, igualmente que en nuestras oficinas, 6, Cité Paradis.



ARGENTINA
•
BOLIVIA
•
BRASIL
•
CHILE
•
COLOMBIA
•
COSTA RICA
•
CUBA
•
REPUBLICA
DOMINICANA
•
ECUADOR
•
ESPAÑA
•
FILIPINAS
•
GUATEMALA



HAITI
•
HONDURAS
•
MEJICO
•
NICARAGUA
•
PANAMA
•
PARAGUAY
•
PERU
•
PUERTO RICO
•
PORTUGAL
•
REPUBLICA DEL
SALVADOR
•
URUGUAY
•
VENEZUELA

SUMARIO

CUBIERTA. — " LA MUJER DE LA PANDERETA ", por GUSTAVE BRISGAND.	
EL BESO DEL MAR, leyenda representable, por LADISLAO LOPEZ NEGRETE; <i>mención especial de nuestro Concurso</i> . Ilustraciones en color, de RIBAS ..	199
EL SALON DE OTOÑO, por ULRICO BRENDEL ..	215
EL GENERAL SAN MARTIN EN PARIS, por PASTOR S. OBLIGADO; con ilustraciones de VASQUEZ-DIAZ ..	226
CRONICA DE PARIS, por V. GARCIA CALDERON ..	231
LA NUEVA AURORA, poesía por E. DIEZ DE MEDINA ..	235
LOS GAFOS, cuento por T. SERRANO DORADO; <i>mención especial de nuestro Concurso</i> . Ilustraciones de BASTE ..	236
EL TEATRO, por E. GOMEZ-CARRILLO y RICARDO J. CATARINEU ..	244
ALMAS LUMINOSAS, poesía por CESAR CANCIO ..	257
IRA DE DIOS, cuento por EDUARDO L. DEL PALACIO, <i>mención especial de nuestro Concurso</i> . Ilustraciones de FALGAS ..	258
LOBOS, poesía de CARLOS CIANO ..	262
LAS ABEJAS DE FRANCIA, por ANTONIO G. DE LINARES ..	263
LA HERENCIA DE DON FERMIN, cuento de ENZO ALOISI BARONTI, ilustrado por BASTE ..	267
MALLORCA, por ALBERTO INSUA ..	273
LA PAZ Y LA GUERRA, cuento de JOSE M. MATHEU, ilustrado por RIBAS ..	279
UN RELATO DE CAZA, interview con el DUQUE DE ALBA, por GREGORIO CAMPOS ..	287
ELEGANCIAS MASCULINAS, por NICOLAS KRIEGCK ..	294

(No se devuelven los originales.)

EN EL PROXIMO NUMERO

Comenzará a publicarse una novela inédita, original del ilustre literato español CRISTOBAL DE CASTRO. Firmarán trabajos literarios RUBEN DARIO, AMADO NERVO, PIO BAROJA, SERAFIN Y JOAQUIN ALVAREZ QUINTERO, ENRIQUE RODRIGUEZ LARRETA y otros, y aparecerán interesantes informaciones acerca de los acontecimientos de actualidad.



El beso del mar

COMEDIA EN UN ACTO

Por LADISLAO LOPEZ NEGRETE

Mención especial de nuestro Concurso.

PERSONAJES

MARUCA.
HUMBERTO.
El padre de MARUCA.
UN OFICIAL.
SOLDADOS.

Maruca y su padre visten con la sencillez de la gente de la clase media de Méjico; Humberto, de uniforme de oficial del ejército insurgente de Nueva España, así como también el otro oficial.

La escena representa un cuarto amplio, con gusto y sencillamente arreglado. Al foro, á la derecha del actor, una escalera que conduce á los dormitorios; á la izquierda, la puerta principal. En los lados, á la izquierda, en primero y segundo términos, dos ventanas que dan para afuera; á la derecha, en primer término, una chimenea. En la pared, una

imagen de la Virgen de Guadalupe. Junto á la chimenea, un estante con útiles de mesa; á un lado, una jarra grande de agua.

Es una cruda noche de invierno. Fuera, sopla un fuerte viento.

Aparece Maruca leyendo junto á la chimenea.

MARUCA. — ¡ Cielo santo, qué noche! Miedo da pensar en el frío que estará haciendo fuera. Y padre que no viene... Se han estado batiendo hasta hace poco, y ya empezaban á pelear desde antes de salir el sol. (Se acerca á escuchar á la puerta del foro.)

Ya no se oyen descargas ni ruido alguno; ya debe haber terminado todo. ¡Alabado sea Dios! ¡Ojalá que esta vez sea el triunfo de los insurgentes! Los pobrecillos han llevado en estas últimas fechas muchos descabros... ¿Por qué habrá tardado tanto padre en volver? Tal vez haya esperado á que termine la lucha por los montes, para no irse á encontrar una bala perdida; en tal caso, ha hecho bien. *(Se sienta junto al hogar.)* Hoy hace un año que murió madre, un año justo. ¡Qué hermosa eras y qué buena, madre mía!... ¡Cuán tristes y cuán solos nos quedamos padre y yo sin ti!... No te hemos olvidado; no pasa un día ni una hora pasa sin que te recordemos, y no se han llegado á marchitar, ni en invierno, las flores que nacieron junto á tu tumba, porque nosotros las regamos con nuestro llanto. Tu hija, tu Maruca, te extraña tanto, que no piensa más que en llegar á tener la dicha de volverte á ver, y no dejarte de ver más. Y yo sé que estás conmigo, porque tú me lo dijiste al morir: «Me voy al cielo, pero me quedo contigo.» Conmigo te quedaste, madre, porque no has salido de mi corazón desde que te fuiste. ¡Sea todo por Dios! *(Atiza la lumbre de la chimenea, mientras dice lo siguiente.)* Mañana, si es que no desde hoy noche, empezarán á traer los heridos al pueblo. ¡Pobrecillos! ¿Por qué se matarán los hombres? Yo simpatizo con los insurgentes, porque pelean por nuestra libertad, y pelear por la libertad es cosa santa y noble; yo así lo siento dentro de mí. Oía yo un discurso á uno de ellos el otro día, en la plaza del pueblo, y sentí que aquel hombre hablaba verdad; mi sangre, al oír yo sus palabras, corría más de prisa por mis venas, y se me llenaron los ojos de llanto. Dijo mi padre que eso era el amor á la patria. Se cuenta mucho que son muy bravos y nobles los libres, que atacan como leones, que se defienden tras los riscos y piedras del monte como valientes. Esta vez han tapado el paso á los realistas, que iban no sé para dónde, y ha sido sangrienta la batalla. Voy á rezar por los que han muerto en la lucha:

(Hincándose delante de la imagen, y juntando las manos.)

«Dios te salve, reina y madre de misericordia...»

(Se oye ruido fuera; se detiene á escuchar por un momento.)

«Madre de misericordia, vida y dulzura, esperanza nuestra...»

(Se oye de nuevo el ruido más cerca; hace ella nueva pausa.)

«Virgen Santa, tengo miedo...»

«Dios te salve, á ti llamamos los desterrados...»

(Se levanta al oír ya muy cerca el ruido, y repite viendo á la Virgen.)

«Reina y madre de misericordia, vida y dulzura...»

(Llaman á la puerta; ella no responde de pronto poseída de temor; llaman de nuevo y, tomando ánimo, se aproxima á la puerta.)

«¿Quién llama?»

HUMBERTO *(hablando fatigado.)* — Abrid por piedad, soy un herido...

MARUCA. — ¿Herido?»

HUMBERTO. — Insurgente.

MARUCA *(abriendo.)* — Bien venido seas. *(Entra Humberto, cubierto con un capote; viene mal herido en la frente y muy fatigado, oprimiéndose la herida con un pañuelo. Maruca, al momento, le ayuda á sentarse en el sillón, junto á la mesa; corre á cerrar la puerta, y vuelve cerca del herido.)*

«¡Pobrecillo, cómo viene!...»

(Hace Humberto esfuerzo para hablar, pero ella le hace señas que calle; le quita el pañuelo ensangrentado que traía, poniéndole otro; va al estante, de donde saca un bote, y le lava la herida vendádosela después.)

«¡Mal herido está, Dios mío! Ha de venir muerto de sed.»

(Le da agua á beber, que él toma con ansia, y la mira después con gratitud, tomándose una mano que retiene en las suyas.)

HUMBERTO. — Dios te lo pague.

(Le sonríe Maruca.)

«¡Tú, mi ángel bueno, mi ángel!»

MARUCA. — No hables todavía, que estás muy fatigado y te hará mal.

HUMBERTO. — ¿Cómo te llamas?»

MARUCA. — Maruca.

HUMBERTO. — ¿Maruca?»

MARUCA. — Maruca ¿Y tú?»

HUMBERTO. — Humberto.

MARUCA. — ¿Humberto? ¡Qué nombre más bonito!

HUMBERTO. — Y el tuyo ¡cuán dulce! Mil gracias, Maruca. ¡Qué buena eres!...

MARUCA. — ¿Buena yo? Tú sí que eres bueno.

HUMBERTO. — ¿Y cómo lo sabes si jamás me has visto?»

MARUCA. — ¡Toma! Lo he visto en tus ojos. Los ojos dicen á quien los ve cómo es el alma, y los tuyos ya me lo han dicho á mí.

HUMBERTO. — Pues, á ser cierto eso ¿qué no me habrán dicho á mí los tuyos?»

MARUCA. — Oye ¿estás mal herido, Humberto?»

HUMBERTO. — No, no creo, quien sabe, me pesa mucho la cabeza.



¡Mal herido está, Dios mío!...

MARUCA. — ¿Quieres descansar? Te hace mal la charla.

HUMBERTO. — ¡Si tú me has aliviado ya!... ¿Quién te enseñó á curar heridas?»

MARUCA. — Yo solita. ¿Cómo fuiste herido? Cuéntame todo, pero antes toma algo de esto *(presentándole una taza con una bebida)* que te dará fuerzas y te hará mucho bien.

HUMBERTO. — No, no tengo gana; sed, mucha sed...

MARUCA. — Toma de eso primero.

HUMBERTO *(toma un poco y lo deja.)* — Agua, Maruca.

MARUCA *(dándole á beber.)* — Toma de ella la que gustes. Dime ahora cómo fué que te hirieron, y qué ángel bueno te condujo aquí.

HUMBERTO. — Alguno muy bueno debe haber sido. Era muy fuerte la contienda, y vi una bandera que caía de las manos del abanderado; corrí á ella, y la abracé... *(Sacando una bandera.)* Mirala, Maruca, es la de mi batallón; sentí un golpe violento en la frente, y no supe más. Después, tenía sed, mucha sed, vi una lucecilla lejos, allá en la falda del monte, y subí, cansado, Maruca,

sediento, y tú curaste mi herida, y me diste agua á beber.

MARUCA (*arrodillándose al ver la bandera.*) — ¡ Es la bandera de tu batallón, tu bandera! Yo sí la puedo tocar, Humberto, yo no soy realista.

HUMBERTO. — Si, tú sí.

MARUCA. — La puedo tocar y besar ¿ no es cierto? Aquí, mira, en una orilla... está mojada.

HUMBERTO. — ¡ Sangre!...

MARUCA. — ¡ Sangre!...

HUMBERTO. — Es la sangre de los hijos de la patria, esa sangre no se borra nunca.

MARUCA. — Nunca... ¿ Cómo te sientes de tu herida, Humberto?

HUMBERTO. — Mejor, mucho mejor, esa agua es tan buena... ¿ Me das más, Maruca?

MARUCA. — La que tú quieras. (*Le da á beber.*)

HUMBERTO. — ¡ Qué rica!

MARUCA. — ¡ Digo! Como que es agua milagrosa; se dice en toda la comarca que es agua del cielo, y que todas las mañanas, con la aurora, la traen los ángeles en sus alas y la echan sobre las peñas.

HUMBERTO. — ¿ Los viste tú?

MARUCA. — Como si los viera. Esta es la tierra de la Virgen; es leyenda que en las tardes, cuando el sol se va, y al llamar á oración las campanas de la ermita, baja ella del monte arriba y camina por las faldas de la sierra, y hasta el valle baja, diz que para colocar en su lugar las flores del campo y la montaña, que han de nacer al siguiente día.

HUMBERTO. — ¡ Qué hermosa y poética es esta tierra, y sus hijas cuán bellas!

MARUCA. — ¿ No eres tú de aquí de las montañas? No hablas tú con el mismo acento que nosotros.

HUMBERTO. — Yo soy de allá muy lejos, de junto al mar.

MARUCA. — ¿ De junto al mar? ¿ Y cómo es el mar, muy bello es?

HUMBERTO. — Mucho.

MARUCA. — Y, dime ¿ es grande, como dicen, muy grande, y verde, muy verde?

HUMBERTO. — Muy verde es y muy grande.

MARUCA. — ¿ Y qué te gusta más, tu mar ó mis montañas?

HUMBERTO. — Tus montañas y el mar, ambas cosas.

MARUCA. — ¿ Y á pelear viniste de allá?

HUMBERTO. — Por la libertad.

MARUCA. — Por la independencia de nuestra patria ¿ no es cierto?

HUMBERTO. — Muy cierto, por ella.

MARUCA. — Dime ahora tu historia, y yo te contaré la mía.

HUMBERTO. — ¿ Mi historia?

MARUCA. — La mía es muy sencilla.

HUMBERTO. — Muy triste la mía.

MARUCA. — Yo aquí nací, y aquí he vivido. Casi entre las nubes ¿ verdad? muy cerca del cielo.

HUMBERTO. — ¿ Aquí has vivido siempre en esta casita, perdida en el corazón de la sierra?

MARUCA. — Aquí hemos vivido padre, madre y yo; madre murió hace un año justo.

HUMBERTO. — ¿ Vivís felices, Maruca?

MARUCA. — Muy felices, sí, hasta que murió madre; desde entonces, tristes por ella. Somos pobres, pero hazte cuenta que vivimos ricos, todo es como de nosotros; los montes que se pierden á las distancias, los riachuelos, los bosquecillos, todo; nuestras son las nubes del cielo, distintas cada mañana y cada tarde, y siempre hermosas. Cultivamos, padre y yo, en un huerto pequeñito que tenemos al lado, flores y frutos que mandamos á vender al pueblo; y en sembrar las flores, Humberto, y en cortarlas, y en cuidar de los árboles y en arrancarles el fruto, se pasa un día y otro día, sin que nos deje tristezas el día que pasó, ni nos dé qué temer el que está por venir.

HUMBERTO. — ¡ Qué felicidad!...

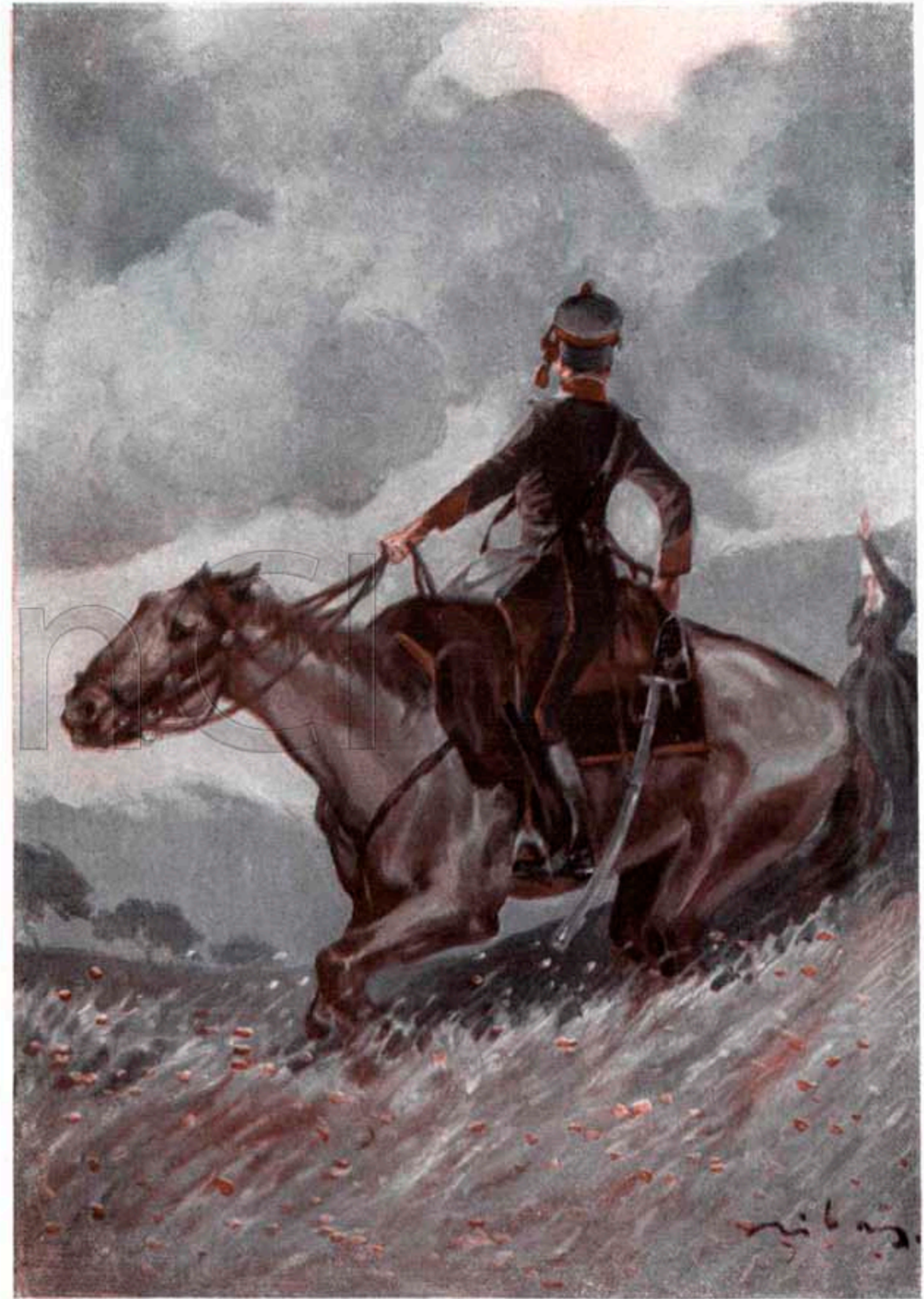
MARUCA. — ¿ Y tú, cómo has vivido?... ¿ Tienes madre? Dime cómo es tu madre, primero que nada. ¿ Se parece á ti? ¿ Es muy buena, verdad? Como era la mía...

HUMBERTO. — Es la cara de mi madre morena, como son las hijas de la costa de nuestra tierra; anciana es ya; son sus ojos muy negros, y blanco su cabello; habla suavemente, y mira muy dulce; cuando habla, parece que acaricia; y cuando mira, parece que besa.

MARUCA. — ¡ Como madre! ¡ Como madre! ¡ Igual que madre! Ha de estar muy triste sin ti la pobrecita, tú en la guerra...

HUMBERTO. — Se quedó muy afligida y resignada. Ella descolgó del viejo armario esta enmohecida espada, que fué de mi padre, y me la puso al cinto; después, llorosa y con el alma desgarrada, me empujó al camino. « Por ahí se fué tu padre y no volvió », me dijo, y no pudo hablar más... Partí al galope, y al voltear del camino la vi por última vez; jugaba el viento con sus blancos cabellos... me señalaba el cielo.

MARUCA. — ¿ El cielo?



Partí al galope, y al voltear del camino la vi por última vez...

HUMBERTO. — Si, era un aviso de su corazón, que no me había de ver más...

MARUCA. — Calla, no digas eso.

HUMBERTO. — Ella me decía una vez: « No se van los que se mueren, se quedan con quien les ama. » ¿ Crees tú eso ? No lo olvides, Maruca, para que sepas que no me voy de la montaña si me muero.

MARUCA. — Calla, por Dios. Eso me dijo mi madre: « Me voy, pero me quedo contigo. »

HUMBERTO. — Y es gran verdad; porque el cariño, el recuerdo, no muere nunca, con nosotros se queda.

MARUCA. — Se van los que nos aman, pero nos dejan su amor.

(Se oye á lo lejos, por un momento, un toque de tambores.)

HUMBERTO. — ¿ Oíste, Maruca ?

MARUCA. — Un toque de tambor.

HUMBERTO. — Ha de ser alguna partida nuestra, que anda reuniendo los dispersos y recogiendo los heridos.

MARUCA. — ¿ No podrían ser realistas ?

HUMBERTO. — No, no es posible; todo esto está en nuestro poder.

MARUCA. — ¿ De manera que son de los tuyos ?

HUMBERTO. — Sí; y si subieran por este lado...

MARUCA. — No creo que vengan hoy, hay que subir la cuesta, y está fría y muy negra la noche. ¿ No podrías, Humberto, quedarte unos días entre nosotros, mientras que sanas de tu herida ?

HUMBERTO. — ¿ Y después ?

MARUCA (con tristeza). — Después... te irías si quisieses.

HUMBERTO. — ¿ Y si no quisieses ?

MARUCA (con alegría). — Te quedarías con nosotros.

HUMBERTO. — No puedo, Maruca, no puedo. Si no me encuentran herido ó muerto, pueden pensar que he desertado; es mi deber presentarme en mi campamento; además, tengo que presentar mi bandera. Abre aquellas ventanas, y pon una luz junto á ellas. (Maruca permanece sin moverse, con pocos deseos de obedecerle.) Te lo suplico...

MARUCA. — ¿ Para que vengan por ti ?

HUMBERTO. — Sí.

MARUCA. — Yo no quisiera, herido como estás... (Pone un farol en un silla, junto á las ventanas.)

HUMBERTO. — Tampoco yo quisiera irme de aquí, de la montaña.

MARUCA. — ¿ Cómo te sientes, te duele mucho todavía ?

HUMBERTO. — Maruca, viéndote á ti siento alivio, siento alegría.

MARUCA. — Pero estás malo, Humberto, arde tanto tu frente... (tocándosela.)

HUMBERTO. — ¿ Por qué vendrá tan tarde la dicha ? ¿ Cómo fué que yo vine á tus puertas ahora, y por qué fué que no te conocí antes ? Oye, Maruca ¿ tú nunca has amado ?

MARUCA (tardando en contestarle). — No.

HUMBERTO. — ¿ Y no sabes lo que es amor, ni cómo se ama ?

MARUCA. — Sí, porque me hablan de amor los pájaros que se besan cantando; el anochecer, con su tristeza, me habla de amor; y de amor me hablan con su alegría las flores por la mañana.

HUMBERTO. — ¿ Y qué cosa te dicen, Maruca ?

MARUCA. — Que es muy dulce amar.

HUMBERTO. — Maruca ¿ quieres que te diga una cosa ?

MARUCA. — ¿ Es buena ?

HUMBERTO. — Mucho; para mí lo es mucho, y te la quiero decir, porque...

MARUCA. — ¿ Por qué ?

HUMBERTO. — Porque tal vez...

MARUCA. — Calla, Humberto.

HUMBERTO. — Además, podrá ser que no nos volvamos á ver...

MARUCA. — Por Dios, no digas eso.

HUMBERTO (cogiéndolo una mano). — Maruca, yo te quiero, te quiero mucho ¿ sabes tú cómo te quiero ? Como se quiere cuando se ama. ¿ Me quieres tú ? (baja ella la cabeza sin contestar.) ¿ No me respondes ?

MARUCA. — ¿ Y qué quieres que te diga ?

HUMBERTO. — Que me digas que me quieres...

MARUCA. — ¿ Como se quiere cuando se ama ?

HUMBERTO. — Sí.

MARUCA. — ¿ Es querer, como se quiere cuando se ama, sentir el corazón muy grande en el pecho, que late como nunca latió, gozar de una felicidad nunca sentida, con ganas de reír y con deseos de llorar ?

HUMBERTO. — Sí, eso es amor, y así te quiero yo.

MARUCA. — Entonces, te quiero como se quiere cuando se ama.

HUMBERTO. — Bendita seas, Maruca, bendita tú, y bendita esta herida que me trajo á tu lado.

MARUCA. — No, la herida no, bendita la Virgen, que ella fué quien te trajo.

HUMBERTO. — Yo soy feliz como nunca lo he sido.

MARUCA. — Yo no supe lo que era amar, hasta que limpié la sangre que cubría tu frente y vi tus ojos, y no sé qué me dijeron cuando me miraron, que te quise.

HUMBERTO. — Y entonces te quise yo, y nunca había amado en la vida.

MARUCA. — ¿ Es verdad que nace el cariño en los corazones, como las campanillas del monte y el lirio de los valles, sin que nadie sepa quien allí sembró la semilla de donde nacieron ?

HUMBERTO. — Sí, es verdad.

MARUCA. — Pues así, entonces, tú y yo nos quisimos, así nació nuestro cariño. Como las campanillas de la montaña. ¿ Qué te parece ?

HUMBERTO. — ¿ Qué quieres que me parezca ? Yo era el triste herido que vagaba, llegue á tu puerta, y me sanaste con tu cariño y el agua milagrosa de las peñas de la Virgen.

MARUCA. — Mira cuán breve es la alegría del amor en la tierra; me vino ya un pensamiento malo.

HUMBERTO. — Deséchalo, que malo debe ser si te causa tristeza. ¿ Qué pensabas ?

MARUCA. — Que te irás pronto de aquí, de las campanillas, de Maruca, y que en los azares de la guerra... pero ni pensar quiero en ello, Virgen pura.

HUMBERTO. — No seas tontilla; piensa que pasa pronto la guerra, que triunfamos; triunfaremos, Maruca, y que vuelvo por tí, que volvemos madre y yo.

MARUCA. — ¡ Eso, eso es, qué felicidad ! Veré á tu madre, la conoceré, y la besaré en sus cabellos muy blancos y en sus ojos muy negros. No me cansaré de llamarla madre mía, figurándome que la tuya de la tierra es la mía del cielo, que me volviste tú, que me trajiste con tu cariño, cuando llamaste á la puerta de la choza de la montaña. Dime, ¿ cómo se llama ?

HUMBERTO. — Como tú, María.

MARUCA. — ¡ Cómo yo ! ¡ Tu madre, María, y yo Maruca !

HUMBERTO. — Vendrá conmigo ella, y nos casaremos en la ermita, viviremos juntos con ella y con tu padre, aquí en el monte, junto á tu huerto, ó allá en mi casa á la orilla del mar.

MARUCA. — ¡ Qué alegría, qué dicha ! ¡ Qué dulce es sentirse feliz ! ¿ Me querrás mucho, Humberto, cada día que pase, más, como yo á ti ?

HUMBERTO. — Más todavía.

MARUCA. — ¿ Y me querrá tu madre también ? Siendo buena tiene que quererme, porque yo la quiero ya... Y me dirá Maruca, como me dices tú.

HUMBERTO. — Sí, será nuestra madre.

MARUCA. — Recuerdo yo con tanta tristeza á la mía... la tengo siempre conmigo,

la sueño de noche, la veo de día, en la fuente, junto al río, bajo los álamos, en el huerto, al lado del emparrado, cuando yo, pequeña todavía, me mecía en su brazos, oyendo de su labios, asombrada y curiosa, la historia de un niño blanco y muy rubio, que en un lejano día bajó del cielo á la tierra á enseñarnos el camino del cielo.

HUMBERTO. — ¡ Amor ! ¿ por qué tus alegrías de hoy son tan sólo recuerdos mañana ? Siempre he creído que para mí no se hizo la felicidad de la vida, si la hay; siempre he vivido amando la soledad, la tristeza; no mentiría si te dijera que era mi ilusión morir en la guerra, y siempre salí salvo de la lucha, sin una herida, hasta hoy, y ahora que anhelo vivir...

MARUCA. — Vivirás...

HUMBERTO. — Moriré, Maruca, moriré; si no hoy, mañana, ó días después, pero moriré pronto.

MARUCA. — No, Humberto, porque yo se lo pediré á la Virgen de noche y de día. No hables así, que me haces sufrir mucho.

HUMBERTO (empieza á hablar con dificultad). — Pobre de ti, Maruca, á quien traje á probar la hiel de la vida, trayéndote amor; Maruca, ven aquí... (Maruca se acerca á él.) Maruca ¿ me quieres mucho ?

MARUCA. — Mucho, sí, mucho. Pero dime ¿ cómo te sientes ?...

HUMBERTO. — Muy bien, mejor que nunca; muy feliz, dichoso, te amo mucho...

MARUCA. — ¿ Mucho ?

HUMBERTO. — ¿ Por qué te habré querido así ? No te conocía, yo no sabía de ti...

MARUCA. — ¿ Y por qué te quise yo ?

HUMBERTO. — ¡ Qué dulce es el aroma de la montaña, cómo huelen sus tierras y sus flores, y cuánto cantan sus aves !... ¿ Ves una casita ahí, Maruca, cubierta de madre-selvas, reclinada en el monte ? Es la choza de nuestro amor, en el umbral nos espera nuestra madre... mira cómo juega el viento en su frente con sus cabellos blancos... es el beso del mar que la besó en sus sienes.

MARUCA (sin comprender que delira). — ¡ Tú también ves á tu madre ! Yo he visto á la mía como en sueños, muy cerca de la fuente, llamándome con sus brazos extendidos y con su boca llena de besos.

HUMBERTO. — Vamos al mar.

MARUCA. — ¿ Me llevarás algún día al mar, Humberto ?

HUMBERTO. — A la ribera del mar, á escuchar el oleaje que llora al pegar en las rocas.

MARUCA. — ¿ Lloran las olas ?

HUMBERTO. — Las olas besan, besan al morir la playa que las espera, y la brisa que pasa recoge ese beso que trae á tus montañas.

MARUCA. — Entonces, ese ruido que entre las hojas he escuchado en el bosque, es el beso del mar.

HUMBERTO. — El beso del mar.

MARUCA (*le toca las manos y la frente*). — Están ardiendo tus manos, y tu frente también... ¿Qué, te sientes peor? Mirame, Humberto...

HUMBERTO. — Las olas gimen, besan...

MARUCA. — ¿Tienes sed, Humberto? (*El le hace señas que sí*).

« Bebe de esa agua cristalina y pura; ella te salve, es el agua del cielo... »

HUMBERTO. — ¡ Del cielo! ¿ Has visto el cielo azul y una nubecilla que lo cruza, después una golondrina y otra después?... »

MARUCA. — Yo siempre miro al cielo porque es muy hermoso.

HUMBERTO. — ¿ Has visto como vuelan las gaviotas, muy alto, muy lejos? Así vuelan nuestras almas al morir... se pierden en el cielo azul, como las gaviotas. No hay que llorar por los que se mueren, son aves que se van.

MARUCA. — ¿ Y por qué dices estas cosas, Humberto?

HUMBERTO. — ¿ Me querrás siempre, Maruca? ¿ Me amarás mucho? No dejes nunca secar las campanillas, no dejes de escuchar el beso del mar en la selva. Yo soy aquella hoja de ciprés que tronchó el viento, que cae del árbol al río, y que del río va al mar...

MARUCA. — ¿ Por qué hablas así? ¡ Virgen santa! ¿ Qué puedo hacer yo por él? ¡ Sálvalo tú, reina de los pesares, del desamparado, reina del cielo, por el amor de aquel niño que, sonriendo, se dormía en tus brazos, madre del llanto, del dolor, del triste!

HUMBERTO. — Calla, no llores... ¿ Oyes el grito del clarín... es que el triunfo se avecina... mira el brillo de las armas al sol...

MARUCA. — ¡ Pobrecito mío!...

HUMBERTO. — De noche, cuando pienses en mí, Maruca, si vez una estrella muy pequeña... recibe con cariño sus rayos mortecinos...

MARUCA. — No hables, Humberto, Humberto mío, descansa, reposa... ¡ Y mi padre que no viene!... ¿ Qué hago yo?

HUMBERTO. — ¿ No temes la muerte?

MARUCA. — ¿ Por qué temerla? Si mueres tú, quiero morirme.

HUMBERTO. — La muerte es muy bella. Se rasga el manto que cubre la tierra... se escucha un murmullo suave... un eco lejano... un aleteo de palomas...

MARUCA. — No hables, te fatigas.

HUMBERTO. — El son de una música querida y plácida, plañida por ángeles... el cielo. Es la vida un rayo de luz que pasa, el amor otro hilo de luz que va junto á aquél... todo pasa... el lirio del valle se doblega y muere, la golondrina se aleja cantando, el beso del mar nos toca en la frente y pasa, no nos vuelve á besar, nos besa el amor en el alma al pasar junto á ella, y se aleja, no nos vuelve á besar más...

MARUCA. — ¡ Dios mío! ¿ por qué es tan breve la dicha, y por qué tan pasajero el amor?

HUMBERTO. — Quiero de esa agua cristalina de las peñas... de allá, en la cresta de la montaña, junto á la ermita santa... Quiero ver á Maruca, la hija de la montaña.

MARUCA. — Yo soy Maruca, Humberto, mirame; tu Maruca de la montaña.

HUMBERTO. — Qué ella... mañana al nacer el sol, corte unas flores... las campanillas del amor... que las coloque sobre mi tumba, que su fresco aroma llegue á mi corazón... que ponga sus labios, sus besos sobre esas flores...

MARUCA. — ¿ Y quién contestará á mis besos, quién secará mis ojos, Humberto? ¿ Quién cortará las campanillas del monte cuando yo me muera, y quién, dime, las pondrá llenas de besos sobre mi tumba?

HUMBERTO. — Todas las tumbas son blancas como palomas... y blando es su sueño como el sueño de niños...

(*Se reclina Humberto en el sillón, como dormido.*)

MARUCA. — ¡ Bendita sea la Virgen! se ha dormido ya, que repose, que duerma un poco y le aliviará mucho.

(*Se escucha un redoble de tambores, que se irá oyendo más y más cerca.*)

« ¡ El redoble de tambores de nuevo... Dios haga que no suban hasta aquí... (*escuchando*) se acercan más y más!... ¡ Que no se lo lleven de las campanillas del monte, de la choza de la montaña, de Maruca!... »

(*Se deja oír el ruido de tambores, escuchándose el ruido de los pasos y charla de los soldados fuera.*)

« ¡ Són ellos, que se lo van á llevar!... »

(*Un oficial y un grupo de soldados se acercan á la ventana. Maruca se pone de pie, junto á Humberto, tratando de ocultarlo.*)

OFICIAL. — Hermosa niña, buenas noches

¿ Quieres decirnos si esta vereda que llevamos conduce al pueblo?

MARUCA. — Sí, al pueblo lleva.

OFICIAL. — Vimos luz en esta ventana, y sospechamos que podría ser alguna señal para nosotros. ¿ No es así? ¿ Sabes de algún herido ó muerto por estos lugares, para llevarlo con nosotros?

(*Maruca se cubre la cara con las manos, llorando.*)

« ¿ Qué te pasa, niña? ¿ Qué es eso? »

UN SOLDADO. — Lloro, mi teniente...

OTRO. — ¡ Pobrecilla, cómo llora!...

OFICIAL. — ¿ Por qué lloras?... »

(*Maruca les muestra á Humberto.*)

UN SOLDADO. — Un oficial.

OTRO. — ¡ Es un oficial!

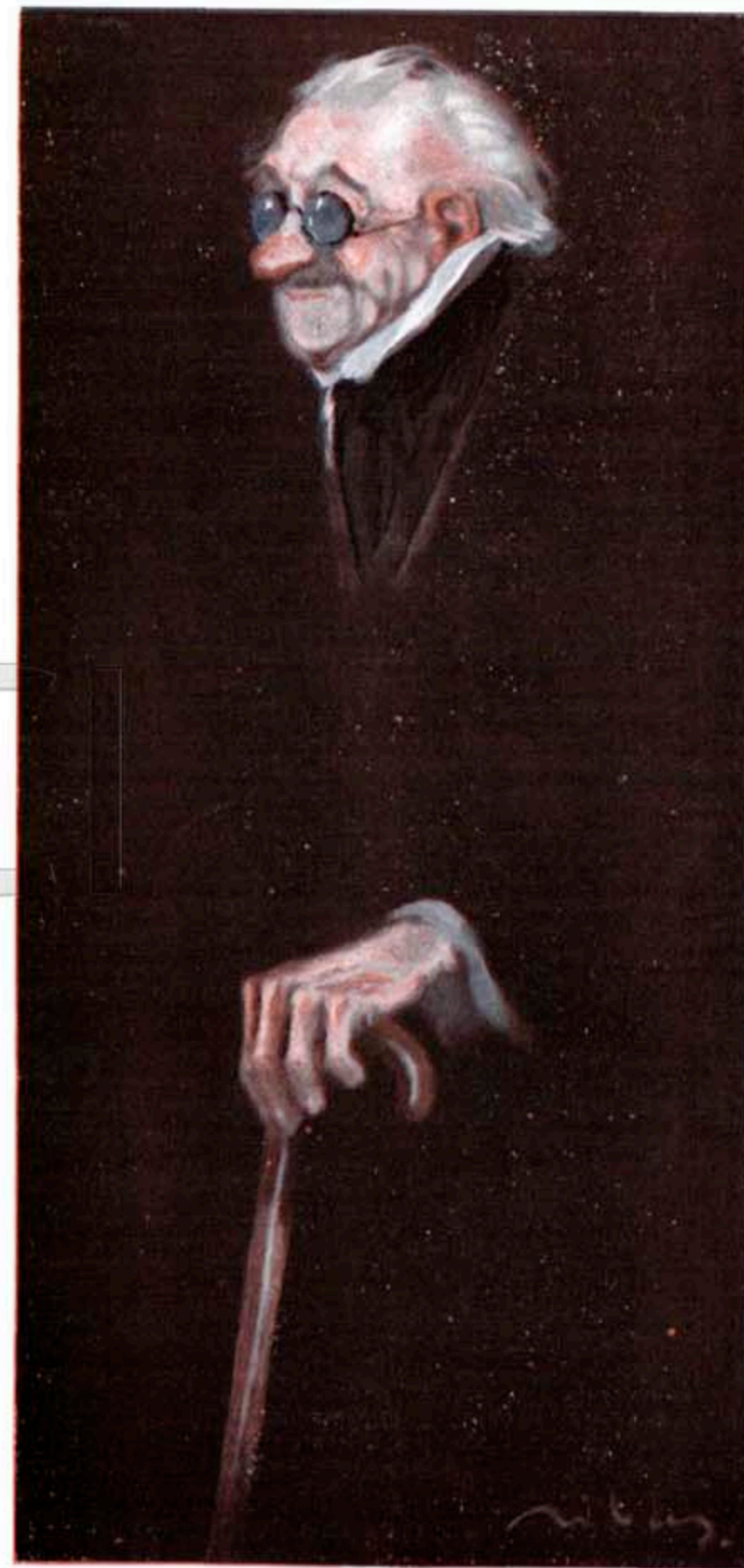
OFICIAL. — ¡ Abre pronto, niña!

(*Todos se dirigen á la puerta, que les abre Maruca; unos se quedan en la puerta cuidando una camilla, mirando hacia dentro asombrados y con curiosidad, y el resto penetra con el oficial. Este examina á Humberto, tocándole el pecho y la frente. Maruca se queda á un lado llorando.*)

UN SOLDADO. — ¡ Es el teniente Enriquez!...

OTRO. — ¡ El es mi teniente!...

OFICIAL. — Si, sea por Dios. Colocadlo en la camilla.



(Los soldados lo cogen y ponen sobre la camilla. El oficial se acerca á Maruca.)

« ¡ Niña, lo siento, créemelo, con toda mi alma! ¿ Es tu hermano? (Maruca le hace señas que no, con la cabeza.) ¡ Ah!... ya sé... te compadezco con toda mi alma ¡ pobre... pobre niña! ¿ Vino á buscar albergue? »

MARUCA. — Sí...

OFICIAL. — El cielo te guarde y te consuele... ¡ Adiós!...

SOLDADOS. — ¡ Adiós!...

MARUCA. — ¡ Adiós!... ¡ Cuidadlo mucho, mucho, con cariño, es bueno, muy bueno, es mío!...

(Los soldados se miran asombrados.)

OFICIAL. — ¿ Cuidadlo? ¡ Ah! Sí... pobre-cilla... Pierde cuidado ¡ adiós!...

(Los soldados toman la camilla y se van con el oficial. Un soldado anciano se separa del grupo conmovido; sin poder hablarle, coge una mano á Maruca, se la besa, y se va sollozando. Se deja oír el ruido de los soldados y tambores, hasta que se pierden á lo lejos. Maruca se queda mirando hacia la puerta, la cierra, se acerca al lugar donde estaba Humberto, y se está por un momento como haciendo memoria de lo que ha pasado.)

MARUCA. — Humberto... amor... el lirio del valle... las campanillas... el agua... el agua de las peñas... sueño, sueño todo... el amor... el beso del mar nos besa al pasar en el alma, y se aleja... se aleja... no nos vuelve á besar... (Toma de pronto los vendajes con que curó á Humberto.) No, no fué sueño, no... cierto fué... su sangre... su sangre.

(Los estrecha lloviendo contra su corazón.)

(El padre de Maruca llama á la puerta.)

PADRE. — Abre, Maruca, abre pronto, que el viento pega fuerte, y la lluvia golpea de firme.

MARUCA. — Voy, padre.

PADRE (cantando).

« Traigo mi cuerpo empapado
Y golpeado por la brisa,
Vengo maltrecho y rendido,
Y vengo muerto de risa. »

¡ Maruca!

MARUCA. — Voy, padre. (Quita los restos de las vendas y frascos, y los esconde en el cajón de la mesa, se limpia los ojos, y se arregla el cabello.) ¡ Pobre de padre, que no sepa nada!...

PADRE. — ¡ Hace un frío y un vientecillo!... (Cantando.) « Y vengo muerto de risa. »

MARUCA. — Que no note nada, que ignore todo, sería matarlo á su edad...

PADRE. — Pero ¡ Maruca!...

MARUCA (abriendo.) — Entre Ud., padre.

(Es el padre de Maruca muy anciano ya, su pelo es del todo blanco, y anda con fatigas y encorvado. Los años no han quitado la alegría de su alma ni de su cara, y ríe sin cesar.)

PADRE. — ¡ Hija mía! (abrazándola y besándola.)

MARUCA. — ¡ Padre, padre!... (le besa las manos y la frente.)

PADRE. — Estás muy alterada y ardiendo ¿ qué te pasa? »

MARUCA. — Que me he estado leyendo ¡ junto á la chimenea por tres horas...

PADRE (riendo). — ¿ Leyendo? ¡ Qué, Maruca!... ¿ Leías á Robinsón ó á Gulliver? Te diré que, á mí, me da más en el corazón y me convence más Robinsón; Gulliver se me antoja fantástico.

MARUCA. — Leía á Robinsón. Pero ¿ se vino Ud. solo por el monte, con esta noche? »

PADRE. — Me acompañó Manolillo en su borrico, y me dejó á la entrada del huerto.

MARUCA (quitándole el capote). — Mojadillo viene... Venga aquí, junto á la lumbre, ¿ Quiere tomar algo? »

PADRE. — Acabo de merendar en el pueblo, pero ya siento ganillas. ¡ De muchacho, tiene uno un tal diente!...

MARUCA. — Tengo bizcochillos de Jueves.

PADRE. — ¿ Que hay bizcochillos de Jueves? Pónmelos delante, Maruca. ¡ No sé qué cosa tienen tus manos que le dan un sabor á esos bizcochillos!... los del pueblo, la verdad, me saben á tierra.

MARUCA. — Pues, venga Ud.

(Le ayuda Maruca á sentarse á la mesa, en el mismo lugar que ocupaba Humberto; le pone una servilleta que le ata al cuello, y se sienta á su lado, después de ponerle delante los bizcochillos.)

PADRE. — Eso es, bueno, muy bien. Tienen buena cara (come uno de ellos), y los pies también los tienen buenos.

MARUCA. — ¿ Qué se sabe por allá en el pueblo de la batalla, padre? »

PADRE. — Pues, la verdad, á punto fijo no se sabe quien triunfó. Creo que ha habido muchos muertos, yo les compadezco. ¡ Si yo tuviera brazos y piernas, y si tuviera ojos!... Pero ya no tengo nada, ya no puedo tomar puntería, y casi no veo... (riendo.)

MARUCA. — ¿ Ha habido mucha sangre? »

PADRE. — Sí, creo que sí, vi llegar en carros muchos heridos al pueblo. Ahora, al

subir la cuesta, Manolillo y yo nos encontramos á un oficial y á unos soldados que bajaban con un herido, herido ó muerto, ve tú á saber, en una camilla... Manolillo y yo nos hicimos á un lado para dejarles el paso, nos quitamos los gorros, y le rezamos un Padre Nuestro. Aquel pobrecillo que iba dentro era un mártir de la Patria... Mira, Maruca, me dió tristeza, por él, sin conocerle... Los tambores y los pasos de los soldados hacían al mismo tiempo: pam, pam, pam... hasta tristes se me antojaron los aires de los soldados, que se alejaban cantando... ¡ Pobre del que iba en la camilla!... ha de haber caído muerto ó herido en alguna quebrada del monte.

MARUCA. — Sí, tal vez ¡ pobrecillo!... Padre ¿ y qué tal le fué á Ud. por el pueblo? »

PADRE. — Muy bien, te tengo que contar muchas cosas buenas, muy buenas.

MARUCA. — ¡ Muy buenas! »

PADRE. — ¡ Ah, pues ya verás tú! No te lo digo desde luego, porque si te lo digo... si te lo digo, eres muy capaz de quererte ir las á sembrar luego. Pero ¡ qué tarugo soy! ¡ Pues ya no te lo dije! Nada, que ya no tiene remedio (con mucha alegría.) ¡ Que ya compré las semillas! ¡ las de los rosales de Orizaba, y las de los claveles y margaritas!

MARUCA (simulando alegría.) — ¿ De verdad, padre? ¡ Qué bueno! ¿ Y las traje Ud.? »

PADRE. — Claro que sí; pagué carillo, pero las traje. Tómalas; por ahí tienen en las cubiertas sus nombres; que no se te mezclen, porque la haces buena; nace una barbaridad. Figúrate, donde nazca una rosa junto á un clavel ¡ nos hemos lucido! No se pueden ver... Dicen que tiene añejas renecillas y resquemores con el clavel la rosa, por cuestión de raza. Eso cuentan las lenguas ¿ sabes? Pero es mentira, mucha men-

tira ¡ lo sé yo tanto! es asunto de celos; porque una mañana la rosa se enamoró del tulipán, cuestión de gustos, y despreció al clavel.

MARUCA. — Padre ¿ por qué no se va Ud. á descansar ya? es muy tarde... »

PADRE. — ¿ Descansar yo? ¡ pues me gustas! Tú sí parece que estás con mucho sueño... »

MARUCA. — Sí, fatigué mucho por el huerto, hay tanto que hacer en él... »

PADRE. — ¡ Tengo una ilusión por sembrar esas semillas! ¡ Habrá que verlas cuando nazcan! Si viviera tu madre ¡ qué gusto se llevaría con ellas! Soñaba con las flores... Pero ya se fué, Maruca, y nos quedamos, tú y yo, con nuestras flores, que tristes me parecen cuando pienso en aquellas que cortábamos con ella.

¿ Te acuerdas? »

MARUCA. — Sí, me acuerdo. (Se quedan los dos en silencio por unos instantes, como haciendo recuerdos.)

PADRE (riendo de pronto.) — Pero, no nos entristezcamos, Maruca, la vida dicen que es triste, pero no es más que como nosotros queramos que sea. (Canturreando.)

« Que me quiten lo
[que tengo.
Que rico me quedaría,
Si al quedarme yo sin
[nada,
No se fuera mi ale-
[gría. »

MARUCA. — No cante, no cante Ud., padre.

PADRE. — ¡ Que si canto, vaya! (Canturreando.)

« El que no canta,
Quien no se alegra... »

MARUCA (interrumpiéndole.) — Padre, es que la vida es á veces muy triste, mucho... »

PADRE. — ¡ Y dale con la vida, y dale con la tristeza! ¿ Me dirás que nosotros no somos aquí felices con nuestros árboles, nuestros frutos y nuestros cantos? ¿ No estamos tranquilos con nuestra vida? »

MARUCA. — ¡ La felicidad!... La alegría, la



dicha, se van muy pronto, y cuando llaman á nuestro corazón, parece que vienen de paso y que tienen mucha prisa en marcharse; en cambio, el dolor dura mucho, ó parece que dura.

PADRE. — ¡Ah, ya caigo! De que las muchachas á tus años se ponen tristes, ya me sé yo lo que les hace falta.

(Cantando.)

« Al dejar de ser botones
las mujeres,
quieren ser flores. »

MARUCA. — No, no es eso; no estoy triste por eso; si es que no estoy triste...

PADRE. — ¿Por qué no quieres entonces que cante? A las mujeres, cuando les embarga la melancolía, no hay que preguntarles « por qué », sino « por quién » están tristes. No me vayas á salir con el tiritito que estás enamorada.

MARUCA. — ¿Enamorada? Dígame ¿cómo es el amor?

PADRE. — ¿El amor?

MARUCA. — ¿Se puede llegar á olvidar cuando se ama?

PADRE. — Se puede.

MARUCA. — ¿Y cuando se ama mucho?

PADRE. — No se olvida.

MARUCA. — ¿Y si es un sueño, una ilusión, ese amor?

PADRE. — Entonces... entonces no se olvida, se muere.

MARUCA (con alegría). — ¿Se muere, padre?

PADRE. — Cuando ames, si llegas á amar, Maruca, ama mucho y no olvides nunca.

MARUCA. — Yo no olvidó... ¿Y cómo, por qué nace el amor?

PADRE. — ¡Caramba con las preguntitas!

MARUCA. — ¿Padre, se puede amar en un instante y amar mucho, para siempre?

PADRE. — Sí, se puede amar en un instante para siempre, ó puede nacer el amor poco á poco, y se puede no olvidar cuando se ama de pronto, como también cuando se ama de largo. Es muy caprichoso el amor. Almas hay que no han conocido más que un amor; mira, te diré, como el amor mío para tu madre.

MARUCA. — Y como el de ella.

PADRE. — Y como el tuyo, Maruca, cuando ames. No tengo más ilusión que antes que me muera te cases; primero, bueno... pues, para no dejarte solita en la vida. (Se limpia una lágrima y ríe al momento.) En segundo lugar... ¿sabes para qué? porque

tengo un capricho, una idea de viejo, la de mecer en mis brazos un nietecito... tamaño de gordo.

MARUCA. — ¡Padre!

PADRE. — De mirarme con sus ojos iguales á los tuyos, es decir, á los de tu madre; que me ría en la cara cuando empiece á reír; que me tire de las canas y que me pegue cachetes. Y cuando crezca más, que empiece á balbucir palabras torpes, preguntarle que á quién quiere más en la vida; y la rabieta que os vais á llevar tú y su padre cuando diga, sin pensarlo, que á mí, al abuelo, al vejete...

MARUCA. — Ya es hora de que se vaya Ud. á acostar; mañana es día de madrugar.

PADRE. — ¿Y qué más da madrugar? Para madrugar no se necesita acostarse á las tantas; ni que estuviera yo viejo! ¡Bueno está!

(Canturreando.)

« Yo soy viejo, pero tengo
joven el alma;
Hay quien siendo joven
La tiene anciana. »

MARUCA. — No cante, por piedad.

PADRE. — Pero ¡qué tontería más grande!

MARUCA. — Dígame Ud. ¿y cuando se sufre mucho, se sufre hasta morir?

PADRE. — A veces, en algunas almas, duran los pesares lo que la vida, y aun teniendo alegrías, éstas se van pronto y queda el dolor. En cambio, hay otras como la mía, en las que hay contento de la vida, y vienen tristezas y nos pegan hondo en el alma, pero se van, y queda la alegría en ella.

MARUCA. — ¿Muy larga es la vida cuando se sufre?

PADRE. — Mucho, muy larga, por breve que sea, es la vida cuando se llora. Pero ¿á qué santo quieres saber tú ahora todas estas cosas? Nunca se te había ofrecido hacerme tales preguntas.

MARUCA. — Hasta hoy no se me había ocurrido.

PADRE (riendo). — ¡Ah, qué Maruquilla ésta! Por las mañanas, cada día, amanece un día, á veces triste, otras alegre, luego poeta y hasta enamorado; y cada mañana más viejo, esto es lo grave. ¿Cómo va aquello, chiquilla, de: « dicen que tengo canas »? ¿Cómo va? ¿no lo recuerdas? (Maruca, pensativa, no le contesta.) Sí, ya me acuerdo.

(Recitándolo.)

« Dicen que tengo canas
En la cabera...
En lo que eran har de volverse
Si tú las besas. »



Nos encontramos á un oficial y á unos soldados, que bajaban con un herido...

MARUCA. — Padre ¿qué hace uno cuando quiere morir?

PADRE (sin escuchar á Maruca.) — Por nada me puedo acordar de aquella endecha que le aprendí al boticario.

MARUCA. — El beso del mar nos besa en la frente... se va... no nos besa más... ¿No nos vuelve á besar, padre?

PADRE. — Ahora sí, ya me acuerdo, verás, dice...

MARUCA. — La golondrina viene cantando, se aleja... no vuelve á cantar...

PADRE. — Dice: « Si llego á perder mis ojos... »

MARUCA. — Padre, tengo el alma muy triste.

PADRE. — « En tu ventana los busco... »

MARUCA. — Viene el amor, nos besa en el alma y se va...

PADRE. — « También saben ya mis ojos el camino de los tuyos. »

MARUCA (acercándose más á él.) — Padre, no sé qué tengo...

PADRE. — ¿Te gustó la endecha, Maruca?

MARUCA. — No sé qué tengo aquí (tocándose el pecho.)

PADRE. — ¿Qué dices, Maruca?

MARUCA. — Me duele mucho aquí.

PADRE. — Ahí duele cuando hay una pena. Mira, yo sé el remedio, se suspira así, muy hondo, se echa al viento un balada, y se va con la balada la pena.

MARUCA. — No, no se va.

PADRE. — Canta aquello que te sale tan bien, aquello de:

« No sé por qué tengo
Yo amor en el alma!... »

¿ Recuerdas aquella tarde que la cantabas, y se calló para escucharte aquel jilguero que cantaba también en el moral negro ?

MARUCA. — Ya no me gusta cantar, ya no canto más.

PADRE. — ¡ Vaya ! pues no estás hoy de humor. ¡ Quién sabe qué te habrá picado !... ¿ Pero sabes, Maruca, que con la charla y las cantatas se me ha secado un tanto la garganta ? Dame una poquilla de agua, dámela tú del jarro, que cuando la tomo yo no me sabe ; será manía si tú quieres, pero no me sabe.

MARUCA. — Sí, padre, tome Ud. (*le da agua*).

PADRE. — ¡ Qué rica ! es de las peñas...

MARUCA. — De las peñas es.

PADRE. — ¡ Qué buena ! Como que es del cielo, Maruca.

MARUCA. — De la Virgen.

PADRE. — Es milagrosa. Me contaban á mí de muchacho ¡ calcula tú si hará tiempo de esto ! que una enamorada dió de esta agua á beber á su galán, para que no olvidara sus promesas de amor. Y diz que años pasaron y no olvidó el mancebo ; más, cuando con el tiempo y la ausencia se empezó á borrar su cariño, sintió al punto una horrible sed ; con la sed, el galán recordó aquella agua fresca de las peñas de la montaña, nació de nuevo el amor en su corazón... y lloró de amor, y con sus lágrimas, al punto, desapareció la sed.

MARUCA. — ¿ Y es cierto todo eso ?

PADRE. — Claro está que sí ¡ no faltaba más ! Es tradición de muchos años, y muy cierta es. A mí, el abuelo me lo contó, al abuelo se lo contó el suyo, yo á ti te lo digo, y espero ser abuelo para contarlo.

MARUCA. — ¡ Padre mío ! (*cogiéndole una mano*.) ¿ Me quiere Ud. mucho ?

PADRE. — Sí, hijita ; eres mi alegría, por ti vivo feliz en la vida.

MARUCA. — ¿ Mucho, mucho me quiere ?

PADRE. — Mucho, Maruca (*acariciándola*.) ¿ Por qué me lo preguntas ? No sé qué tienes hoy ; si será aquello de :

* ¿ Qué cosa tendrá la niña,
Que quien la mira
Se la adivina ? *

MARUCA. — Tengo... tengo una pena.

PADRE. — Dímelá, Maruca.

MARUCA. — Muy grande, una pena...

PADRE. — ¿ Pena ? La juventud no tiene penas. En los corazones jóvenes, las penas se llaman amor.

MARUCA. — Muy grande, padre.

PADRE. — Hija, hija mía, ven á mis brazos y dime tu pena, que si no te consuelan los brazos de tu padre, debe ser, como dices, muy grande tu tristeza.

(*La abraza, y Maruca se echa á llorar.*)

MARUCA. — ¡ Padre... padre !

PADRE. — Llorá, llorá, que es un bálsamo el llanto para los dolores. Pero no llores, que me vas á hacer llorar, y las lágrimas de los viejos son muy amargas ; los viejos sí conocemos las penas...

(*Maruca hace un esfuerzo para contenerse, y se levanta.*)

MARUCA (*aparte*). — ¡ Qué débil soy ! ¿ para qué desgarrarle el alma ?

PADRE. — Dime, hija, dime.

MARUCA. — Nada, padre, no es nada, es que soy muy tonta yo... (*Se acerca sonriéndole.*)

PADRE. — No me lo quieres decir por no hacerme penar, y con no decírmelo sufro más.

MARUCA (*aparte*). — ¡ Pobre padre ! (*Alzando la voz*.) Bueno, se lo diré, es... es que hoy cumple un año madre...

PADRE. — ¿ Eh ?... ¡ Un año !... ¿ Un año, hoy ?... Es cierto, sí, el 26, el 26 fué... muy cierto. (*Enjugándose los ojos*.) ¡ Pobrecilla ! ¡ Y yo que no lo recordaba ! tan viejo ya, tan torpe...

MARUCA. — Yo no le habia querido decir nada por no afligirle...

PADRE. — ¡ Qué viejo, qué torpe soy ya !

MARUCA (*acariciándole*). — Mas no se aflija Ud. ahora así, porque si damos los dos en ponernos tristes, no vamos á tener quien nos consuele.

PADRE. — Tienes razón. Ella, al fin de todo, ya pasó este rato amargo de la vida.

MARUCA. — Más feliz es ella que nosotros.

PADRE. — Ahora, antes de dormirnos, rezaremos por ella más que de costumbre, y alabado sea Dios. Mas no me gusta ver tu cara triste, Maruca ; dime que estás alegre y consolada ya, y aquí, á mi lado, dime las cosas alegres que me dices todos los días ; quiero verte sonreír y oír tus risas ; que me cantes, como todas las noches, las canciones que nadie te enseñó, que sólo tú sabes ; y cuéntame de esas historias que lees en esos

libros, de amores de damas y de guerreros, que á veces me hacen reír, y á veces me hacen llorar.

MARUCA. — Sí, padre. (*Aparte*.) ¡ Pobrecito ! (*Hace por ponerse alegre.*) ¿ Y qué cosa quiere Ud ? ¿ Que le cante, ó le diga historias ?

PADRE. — Que me cantes.

MARUCA. — ¿ Qué le canto ?

PADRE. — La de : (*recitando*)

* Cuando yo no te amaba,
Cantaba.
Y ahora que te quiero,
Muero. *

¡ Pero muy despacio, con calma, que á veces te entusiasmas tanto, y me da más cólera que se me vayan las palabras ! Sobre todo, cuando llegues á lo más bonito, ve poco á poco.

MARUCA. — No me gusta ya esa, no...

PADRE. — ¡ Hum !... Entonces, aquella del « Amor de la Pastora ».

MARUCA. — No, tampoco.

PADRE. — La de la « Niña que llora y ríe ».

MARUCA. — No, no.

PADRE. — La de ! « Amor por ti ».

MARUCA. — No, esa no ; no me gustan las alegres...

PADRE. — Siempre me has dicho que son las más bonitas...

MARUCA. — Antes sí, pero ahora no ; ya las olvidé, ya no me gustan.

PADRE. — Cántame una triste entonces.

MARUCA. — Las tristes... le diré, padre, las tristes... las tristes... tampoco me gustan ya...

PADRE. — Bueno ¿ entonces, no me cantas ?

MARUCA (*aparte*). — ¡ Qué daría yo por alegrarle ! (*Alzando la voz*.) Estoy muy can-



sada hoy, no tengo humor de baladas ; mañana le cantaré á Ud. todo el día, y le contaré una historia nueva que me sé.

PADRE (*con regocijo*). — ¿ De veras, Maruca ? ¿ De las que hacen llorar ?

MARUCA. — De las que hacen llorar y reír.

PADRE. — Esas me gustan más. ¡ Que no se te olvide, eh !

MARUCA. — No, padre.

PADRE. — Por hoy, nos debemos ir á acostar, ya debe ser tarde...

MARUCA. — Suba Ud. mientras yo cierro, y subo al momento.

PADRE. (*Maruca toma el farol, y cierra las ventanas. Mientras, sube la escalera su padre, muerto de risa; se detiene para hablar á Maruca.*) Prométeme que me cantas mañana aquella balada tan linda:

(*Recitándola.*)

« Debían llevarte á la cárcel
Y ser yo tu carcelero,
Por que esos ojos que tienes
Te los robaste del cielo. »

(*Con mucha alegría.*) ¿ Me lo prometes, Maruca, me lo prometes ?

(*Maruca, que se habia quedado pensativa, se vuelve á él, sonriendo.*)

MARUCA. — Sí, padre, prometido; mañana temprano, á tiempo que los rayos del sol se cuecen por la ventana, y le vayan á despertar...

PADRE. — ¡ Eso, eso es ! Y al mismo tiempo que me peguen los rayos del sol en las canas y en los ojos, cantas tú, y si ves que no despierto, sigue cantando, Maruca, es que me hago el dormido... para disfrutar, á mi gusto, de más balada tuya y de más rayos de sol...

MARUCA. — Sí, padre. (*El diálogo que sigue es rápido, alegre y mezclado de risas.*)

PADRE (*subiendo otro poco y deteniéndose.*) — Oyeme, Maruquilla, y después nos vamos

al huerto, á comernos las fresas todavía mojadas por el rocío, y á llenarnos las manos de pensamientos y margaritas...

MARUCA. — ¡ Y á sembrar las semillas, padre !

PADRE. — ¡ Y á soltar las palomas para que vayan, muertas de gusto, á tomar los vientos por las laderas, y á bañarse en los riachuelos

MARUCA. — ¿ Y las abejas y los conejos, padre ?

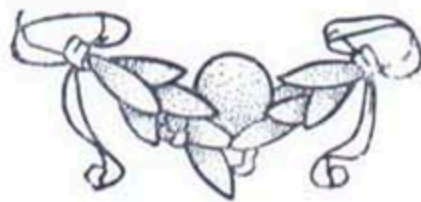
PADRE. — ¡ No me acordaba ! ¿ Y las manzanas, Maruca ?

MARUCA. — ¿ Y los naranjos, que hay que poderlos ?

PADRE. — ¡ De veras ! Mañana vamos á acabar con el día rendidos, peor que hoy. ¡ Uf !... ¡ cuánta cosa ! ¡ Bendito sea Dios !

(*Sube la escalera riendo, entra en su cuarto, cuya puerta deja abierta, viéndose la luz que sale de él; se deja escuchar la voz y risas del anciano. Maruca va á la mesa, de donde saca las vendas con que curó á Humberto, las contempla y estrecha contra su pecho, y sube la escalera sollozando, al mismo tiempo que su padre canturrea, dentro, la balada.*)

« Debían llevarte á la cárcel. »



(*Ilustraciones de Ribas.*)



Si el Salón de Otoño no ofrece maravillas de excelencia, de ésas que se imponen al ánimo, sería una herejía decir, por antítesis, que lo expuesto en él sea absolutamente malo. No todo es malo, por más que el triunfo del cubismo, gracias á sus concesiones al público, sea casi general. Lo sorprendente es que el público lo acepta con una benevolencia gregaria. ¿ No hemos visto, no sin cierto asombro, al gran Zárraga sereno caminar á esa evolución, darnos cuatro cartones decorativos que tienen el don de no separarse por completo ¡ oh loor ! de los cánones de la armonía ? Del clasicismo al cubismo hay un paso, decían y pregonaban los teorizantes de la nueva escuela: he ahí el ejemplo. ¿ Estima el crítico la bondad estética de esa técnica ya obtenida como una victoria de la inteligencia sobre la naturaleza ? El crítico estima sobradamente infantil ese conato, no de estructuralismo, más bien de anti-estructuralismo desde el momento que resuelve en abstracción lo concreto y derruye las formas. No le vale la excusa pretendida de un arte geométrico, si es el tal entendido al revés, por su efecto de descomposición más que de composición. ¿ Imaginará el lector que ese arte, de apariencia tan complicada, á juzgar por sus frutos, requiera una preparación de las más laboriosas ? Se engañará el lector. Lo pernicioso, á mi ver, de esa estética arbitraria, no es que pretenda sustentarse sobre principios casi científicos, es su propia arbitrariedad y su facilidad. De manera que por la senda de la indigencia infantil se consigue producir la impresión de lo arcano; y, bajo esa capa engañosa, se encubre la vacuidad de pensamiento, la ausencia de belleza. La belleza, digase lo que se diga, argúyase lo que se arguya, es y ha de ser la única finalidad del arte.

Cuanta razón tiene Rabindranath Tagore, el recién ganador del premio Nobel, al sostener, en medio á las ternezas de su misticismo oriental, que « la disciplina más complicada conduce á la armonía más sen-

cilla ». ¿ No se opone tal sentencia abiertamente á lo que cumplen los cubistas, con su audacia rayana en ligereza ? Yo seré el primero en celebrar su vuelta á la razón, si ésta los lleva al mundo de las cosas visibles y á lo sensible.

Otro punto me preocupa seriamente ante esa orgía de modalidades técnicas á que se dan los artistas de nuevo cuño, enemigos de observar la disciplina en el estudio que fué la mayor gloria de Leonardo da Vinci. La degradación del carácter de la nacionalidad francesa, carácter que se había significado, hasta aquí, en las artes, por su harmónico idealismo, por un ático sentido alado, por la delicadeza de su buen gusto, en fin. ¿ Tienen derecho los artistas de un país á ir en contra del espíritu de su raza, deben anonadarlo bajo el influjo de la universalidad, del internacionalismo, de lo puramente humano ? Yo no lo creo, convencido más bien como estoy de que lo particular ha de servir de sustentáculo, para darle vida, á lo general. En cambio, las actuales tendencias riñen abiertamente, no sólo contra la tradición, riñen también contra la idiosincrasia propia, así individual como colectiva. Sus manifestaciones son absolutamente anti-francesas; y es de sentir, pues no apartándose enteramente del camino trazado por los antecesores, podriase llegar á un maravilloso rejuvenecimiento, al reflorcer del espíritu francés. Los bárbaros han entrado en el salón con las abominaciones del orientalismo sensual y del mal gusto germánico. Yo soy de opinión que, si Francia ha de salir de su actual decadencia artística, lo logrará, sólo lo logrará retornando al culto del espíritu de su raza. Hay inmensamente por hacer en ese sentido, diría yo á los jóvenes franceses, si mi voz tuviera bastante autoridad para ser oída y mi consejo atendido.

Cejemos en esa tanda de consideraciones preliminares que han de tomarse, en verdad, á guisa de conclusión. Tal vez dándose cuenta de esa impresión de decaimiento colectivo, los organizadores del actual



LUCIEN MAISSIEUX. — "Les Meules dans la plaine".

salón han tratado de prestarle un poco de realce, con más atractivos que los brindados por sus « sociétaires » y habituales expositores. De ahí la exposición de « Arte popular ruso », aplicado á la estampa, al juguete, al tejido, etc., etc., manifestación sumamente pintoresca y llena de interés. En ella se revelan fuertemente las costumbres y el espíritu eslavos, con plácido bizantinismo formal, que tiene aire infantil á la vez que reposado, como el sentir de un viejo. Campea allí una rusticidad que se hace precisamente arte por la fuerza de su expresión distintiva. La contemplación de los objetos expuestos suscita un sentimiento de religiosidad y poesía, muy ingenuo, por cierto; y esa impresión llega á un áspero deleite para quien puede, y sabe recibirla. Noble don del objeto artístico, el don de hablar directamente á nuestra alma con palabras del más refinado idioma: así hablan ciertamente esos juguetes, esos mazapanes, esos bordados, esos encajes, esas faldas vivas de color, esos ornamentos, iconos y tapices y cojines de tiempos, al parecer, legendarios, por lo distantes que á nuestro asombro se antojan aquí en París.

En cambio, yo no apetezco mucho las obras de ese pintor amante de la industria, François Bonhommé, nacido en París en 1809, muerto en Sevres en 1882. Su exposición retrospectiva nos pone de manifiesto una sensibilidad tosca, sí, pero vibrante ante el espectáculo del trabajo moderno. Las catedrales de la metalurgia con sus altares consagrados al fuego, que parece eternizar, en el bronce y en el hierro, las formas del arte y los productos de la industria; la epopea de las minas, al par que otras manifestaciones de parecida índole: tales preocuparon grandemente el espíritu de Bonhommé, y le incitaron á producir obras bastas en conjunto, finas en detalle, incompletas para nuestro aprecio; pero que fueron celebradas por Napoleón III, por ese emperador que no alcanzó á ser emperador del buen gusto, en su debilidad por los uniformes militares. En todo caso, Bonhommé es un antecedente que resume el carácter de una época ilusionada por la industria y por la democracia.

El tercer atractivo del salón se cifra en la exposición de los seis lienzos de Ferdinand Hodler, el célebre pintor suizo: « Unanimité », « L'heure sacrée », « L'amour »,



(Cl. Lux-Bilbao.)

RAMIRO ARRUE. — "Retrato".

« Femme en bleu », « Portrait de M. M.-M. » y « La femme mourante », obras admirables por la solidez de su factura. Hodler, por el sentimiento de la armonía general que tiene de la composición, proclama que no se trata, con él, pura y sencillamente de un corazón; es, sobre todo, un cerebro fuertemente organizado para crear. ¡ Sólo los artistas viriles están poseídos del poder de creación! Este pintor, que gustaba tanto de

pintar al aire libre, en amorosa comunión con la naturaleza, la eterna madre, este pintor llega, con su consumada ciencia del dibujo á la suprema sencillez, ambición de los grandes artistas entre los mejores. No se ofrece como un empastador ni un acicalador; huye tanto de la literatura vacua en medio á su pasión por los asuntos, como de la mentira del artificio. Su paralelismo, de que ha hecho una estética en explicación de su arte, es un



VALENTIN DE ZUBIAURRE. — "Pescadores de Ondárroa".

resultado de la contemplación de los bellos conjuntos de la vida y de la naturaleza. De ahí que algunos críticos le llamen el Redo de la pintura, lo que, en razón del sentido dramático de lo que pinta, parece justo. Lo mismo se emociona ante el desencanto de la vejez como ante la ilusión de las jóvenes mujeres, ante un lago, ante un cielo, ante una montaña; y pugna por hacer llegar su emoción a la categoría de la armonía.

Por último, el cuarto atractivo del salón está en la exposición retrospectiva de las obras del escultor Redo de Niederhausen, atractivo que no es puramente espectáculo de atracción, es más bien intento de glorificación de una personalidad digna de ser conocida. De este artista se exponen algunos bustos llenos de energía, en la manera como se establece la proporción de los miembros entre las tres dimensiones, en que se señala el movimiento de los cuerpos, en que se fijan las actitudes. Los yesos no dejan ponderar bien la belleza de las concavidades ni de las

convexidades anatómicas, no ponen asaz la ley de los volúmenes de relieve, no distribuyen, cual fuera de desear, la luz y la sombra en pro de la plasticidad escultórica. Este artista no llegó siempre a una bien harmónica concordancia entre los contornos, ni consiguió una clara relación de las concavidades con los relieves. De ahí que resulte informe y vaga su objetivación de ejemplos de moderna psicología, más bien por falta de don nativo que por cálculo. Por lo demás, sólo el genio estatuario tiene natural penetración de las medidas, sólo él fija, de golpe, y en todas sus fases, en anverso y reverso, por lo alto y por lo bajo, su estatua. Sólo él hace que ésta viva en la luz, con vida de una tal ideal intensidad que parece eterna. De Redo hay una chimenea de sentido artístico recargado, si bien nacida al calor de una jovial imaginación decorativa. Semblante de neurasténica y aun de parisién ofrece la Ofelia que de este artista se nos exhibe; el cuerpo y la ropa que la cubre, venteados por



RAMON DE ZUBIAURRE — "El Requebro".

un viento de fatalidad, indican la agitación de alma que trastorna a la célebre heroína, delicada flor del arte shakespeariano.

Visitemos ahora una por una las salas del primer piso, donde han sido reunidas, con especialidad, las obras pictóricas. Mainssieux, con ánimo de llegar a un clasicismo del impresionismo, según ya persiguiera Cezanne, en su tiempo, nos da vistas de Roma, sin otra luz que la de un cielo gris, casi invernal, muy parisién. Diríase que pretende otorgar plasticidad pastosa al color, por modo que sus lienzos están empastados hasta llegar al relieve. Ni Gleizes ni Weber, en esta misma Sala, denotan progreso en la mojiganga de su cubismo. Dick, en su « Paisaje corso », pinta con pintura que cobrara sus colores en los vegetales, en la berza por demás. En su lienzo « Paresse », nos da Friez tonalidades de pescado y contornos de legumbre. En el « Buen ladrón », de Richard Desvallières, hay algo que pugna por salir; pero la tinta china del cielo y la almangra del ladrón hieren, hieren, hieren. Más aceptable es, sin duda, la *Huida* a Egipto. Van Dongen extrema la sencillez de la línea hasta el punto de llegar a lo sumario, para darnos la com-

plicada psicología de una parisién, cuya alma revolotea, por así decir, en alas de la vaporosidad, de la perversidad y de la voluptuosidad. Con sus negros contornos, harto negros, harto escuetos, se amana este personal y notable artista.

En la sala II nos brinda Laprade un proyecto de tapiz, que da de empellones al arte de Watteau y lo deja perdido entre una bacanal escandalosa, por lo chillona, de verde y azul, entre la vaguedad de las formas y de los personajes. Cándida nota de dorada alegría es « En Arcadie », de Erna Hoppe. Una chica grácil se muestra, con acertado dibujo, en « La Terrasse », de Lebasque; pero sucede que el color, en la parte secundaria del lienzo, predomina y ofusca los tonos con que el asunto está tratado. « A travers les peupliers » y « A travers les oliviers », de Fernand Olivier, honrados. Notable, « La Femme aux trois rubans », de Chabaud. Notables, « Les bouleaux », de Edmond Ceria. Curiosa, la manera pastosa como japoniza L. A. Chevallier, en « Bords du Trieux ». En la sala III se destaca Vallotton con su « Homme et femme », cuerpos flexibles en lucha, al parecer, sobre un fondo exento de todo arte dis-

tinto del embadurnamiento. El conjunto resulta acartonado para el mirar. Los Doucet son interesantes con su colorido de mixtura terrea. Deleitosa y aceptable resulta el « Otoño », de Le Bail. En cambio, diríase que Marius Borgeaud persigue el propósito de convertir al hombre, por vía de degradación, en muñeco. Presenta á personajes que parecen títeres automáticos; y los presenta con seriedad, como si se tratase de coronar el esplendor de nuestra civilización. Ya por la sala IV vemos á Paule Gobillard como sigue discretamente las huellas de Renoir, en « La leçon d'anglais » y en « Bateaux à voiles », obras en las que se advierte la alianza de lo pintoresco y lo poético. Girierud, en « Le Luberon », sigue las huellas de Cézanne, por las grandes simplificaciones con que aspira á llegar á lo sintético; pero su alma no le procura el necesario



Autorretrato de Fernando Viscal, adquirido por el Hispanic Museum de Nueva York.

impulso para el logro del arte bueno. Una verdadera sinfonía de colores, sin armonía mucha, nos brinda Pierre Bonnard, con su « Salle à manger de campagne »; nótese, empero, una preocupación visible por lo lindo. No sólo carece del don de equilibrio de las masas, carece también del sentido de concentración de los elementos psicológicos. El análisis está al alcance de los más; la aptitud por lo sintético adorna solamente á espíritus elegidos. Las bañistas de Manguin merecen ser citadas, lo mismo que los paisajes; sin embargo, la naturaleza se ofrece allí revuelta, y el color, por encima de ellas, estalla descompuesto y descompasado. Blot demuestra poseer facultades para el cultivo de la decoración á la Cézanne, quien buscaba siempre la unidad de un motivo pictórico en sus lien-

zos. Suntuoso, pastoso y confuso, el « Grupo de pescadores al sol », de Koopman. Chirico da muestra de poseer el instinto del espacio, valga la expresión, considerado más como objeto que como sujeto. Las acuarelas de La Fresnaye aparecen llenas de armonía; atesoran plasticidad, placidez y ensueño; indican cierta voluptuosidad moderna de color y sensualidad de formas; obtiene su autor gran belleza, en ellas, un tanto, empero,

á la modista, con la expresión cautivadora de los ojos; en suma, constituyen poemas consagrados á la delicia de la carne y al femenino encanto. Pegot-Ogier resulta correcto y moderno, pero agrio de color. Marcel Lenoir se nos ofrece como un divisionista que tiene cierto apego por la ondulación de los contornos, preocupado de estilo en extremo; entrevera los elementos místicos con los elementos perversos, tendencia

en que han querido singularizarse muchos artistas modernos. « L'homme au Kakatoes » es una linda, acabada y viviente aguada de Charles Genty. A M. L. O'Connor le place al mariposeo de lo fofo, con lo que deleita, como por arte de encantamiento parisiense, la mirada; pero ¿ qué hálito lo sostiene? Penetremos en la sala V y echemos un vistazo á los desnudos almagrados de Voguet, al « Descendimiento de la Cruz », de Jou, interesante solamente en su parte baja. Quien guste de paisajes agrupados por el verde, y de cielos con nubes pintadas á brochazos, tendrá satisfacción en « Le chemin du puits », de Knapitsch. En « Soir », de Picart Le Doux, son de alabar las notas de emoción, el color sobrio, no obstante el predominio de un verde vegetal. De la sala VI citemos « Tanger, la ville », de Morrice,

que sigue siendo un gran pintor; « Ecluse », de Roussel-Masure, por lo plástica; « Environs d'Uzès », por Moreau; los Renaudot, muy artistas en ellos. En la sala VII resaltan las obras de Chapuy, notas caricaturescas, leves y finas, de color pintoresco. Lhotte pone un poco más de juicio en su cubismo, si bien sigue tendiendo á la transformación de la humanidad en payasada. Como manifestaciones de cubismo que van á la zaga de la cordura, hemos de citar también los Kars: « Emballage de citrons (Majorque) » y « Jeune fille ». Merece también ser mencionado « Le cabaret rose », de Rice, no por cubista.

En la sala VIII nos sorprenden al punto tres obras muy interesantes: « L'enfance de Jésus », « Jésus enfant » y « la Vierge et l'Enfant », de Mme. Roboa. Con un arte de lo más refinado que se pueda obtener en pintura, refinado al par que sincero, se espolvorea allí el color en tonalidades de flor, y es tal el encanto, que una expresión de dorada santidad se magnifica, en las figuras. La imaginación se deshace en irisaciones de tonos placenteros, cediendo, al parecer, á esos estados de sensibilidad que conducen derechamente á la poesía: tal ocurre en « L'enfance de Jésus », donde cada pincelada traduce realmente una emoción de color. En el pastel « Jésus enfant », fulguran los matices con verdadera esplendidez, indicando, en su autor, una tan fina delicadeza de percepción, que mueve á maravilla. Por cuanto es obra de belleza, esa obra produce intensa sensación, en medio á la vaguedad

buscada para los contornos de las figuras. Los amarillos, los azules, los anaranjados y los verdes componen, sin falso lirismo, un poema de color. Más sombrío, suntuoso y japonizante se ofrece « Petite fille »; más místico y bizantino, en su idealidad religiosa, « La Vierge et l'Enfant ». En todas esas obras se revela una artista de intensa personalidad

una artista noblemente artista, que no se siente llevada á engatusar al público indolente con aceites de engaño ni con audacias de mal gusto.

En esta sala exhibense acuarelas de cubistas, con manchas de color, que cautivan la mirada; pero la cosa, en sí, es tan fragmentaria y nimia!

« Angustias », el yeso policromado de Ismael Smith, es lo más saliente de la sala IX y figura, á fé, entre lo mejor del salón. En esa joven flamenca, de robusto cuerpo, se acentúa el progreso que

cumple el artista catalán, desde que trabaja en París. Campea, grácil, el sentido de lo picaresco en el modelado arcaico, por modo que el infantil candor del semblante hace aún más perversa la provocación de la danza. Esto es muy moderno. Las delicuescencias del espíritu, los ensueños pecaminosos, el infierno en que, veces se convierte el vivir, el desear los perfumes que trastornan la sensibilidad agostada, las elegancias de flor muriente: he ahí la objetivación de una fuerte imaginación, con la armonía de los volúmenes, con los vivos ademanes, con el movimiento de aleteo que cobran las figuras. Creo que es grande la ambición del escultor deseoso de reflejar, en



FERNANDO VISCAL. — « Labradora Valenciana »



DIEGO DE RIVERA. — "La joven del abanico".

sus obras, la palpitación de su tiempo, el alma de sus contemporáneos. En la conciencia de ellos, en sus debilidades, parece así sondear Smith, no sin buen fruto, y mejor será cuanto más luminoso avance por el camino de la realización. La belleza sólo se desposa con la realización; y así se echa de ver en « Angustias », por la sencillez de la línea que quiebra la actitud y por la mayor intensidad del relieve, que se agruma, se ensancha y reverbera en la claridad del día.

Cuán fatídico, en cambio, por lo som-

bríamente español, Cerezo-Vallejo, en « Le Retour ». Cuán deliciosamente parisién, en cambio, cuán vaporoso, gracioso, luminoso, Cheret, en sus « Mascarades », do el genio de un Watteau de nuestros días da rienda suelta á la frivolidad y á la fantasía más aladas.

En la sala X, expone Isabel Beaubois de Montoriol un tablero decorativo, en que una danza sensual, airosa y movida — entre un color asargado de intención — se desenvuelve. Muy bien dibujada ¿ no? la « Pas-

tora », de Morerod, con su tendencia á la muñequería como trasunto de humanidad.

Boussingault nos ofrece un cuadro de amplia composición cubista, del que alguno

que otro detalle procura, en verdad, sensación de arte. Muy español resulta, en medio á su cubismo, « La jeune fille à l'éventail », de Diego de Rivera: figura de raza. De paso citemos la encuadración de « Les fleurs du Mal », de Baudelaire, por René Kieffen, y los dibujos de Nicod. Los Zubiaurre precisan aún más su manera y pugnan, diríase, por acercarse á Zuloaga, ya consagrado del todo; y ¡qué relieve el de la fruta! Pintura que tiene de recia más que de amable para el gusto parisién. Arrue, de manera aventajada, ve, lazquea, y aun saluda á Goya, con la simplicidad sumaria

de su factura. Bergevin demuestra poseer el sentido de lo pintoresco, á la Gauguin, á la Cezanne. Algo así por el estilo podría decirse de los Charlots. Breadsley, pero imprecisamente, asoma un tanto entre el fofo orientalismo de Adolphe Feder, con especialidad en la « Danse ». El cuerpo de las bañistas de Cosyns parece hecho de carne de deliciosa fruta. No tal dijéramos de « Les Pléiades », de Bunny, que japoniza, en la sala XV. Por

el color azul y por los sedosos reflejos del vestido es de citar el « Portrait » pintado por Baignères. Eberl ha pergeñado, para la sala XVIII, un desnudo acartonado, cuya piel, empero, parece perfumada y empolvada á la vez. Matisse, con sus horribles payasadas, se especializa en una siniestra factura, con torpezas buscadas de dibujo y negras de tinta. Citemos los jarros de Methey. Citemos los « Dos asnos », de Bugatti, en bronce.

Zárraga, como todo artista altamente dotado, prueba que tiene don de transformación; y, si cambia de proceder estético, no es para dar temeroso un paso atrás, es para volar con brío por las alturas en que el arte se codea con la razón. Es, en medio á la dominante delicuescencia, uno de los pocos artistas que tiene conciencia plena de su arte;

sobre estética conoce las más encumbradas y variadas teorías; en punto á técnica y en punto á escuelas, puede decirse que no hay secretos para él, pues ha llegado al dominio triunfal de los más grandes medios de producción. Como su espíritu no es vacío, sino que está en constante vigilancia, pueden de él esperarse grandes cosas, bien que no sean nimias ni pequeñas las que nos ha dado hasta aquí. Nos ha reservado, en este salón, una verdadera sorpresa con su serie de car-



JULES CHERET. — "Mascarades".

tones decorativos, los que, si bien no son para decorar ningún interior, no dejan de atraer la mirada de los selectos espíritus. En su « Ilhuicamina », en su « David », en su « San Jorge », tan fresco, tan puro, y en su « El Pájaro » ha resuelto, con holgura artística, un problema de movimiento, que se hace vivo por un juego de líneas, cuyo desarrollo se cumple en perfecto orden lógico, dentro de un gusto caracterizado por su sello de serenidad. No hay violencias de color ni estridencias de dibujo. El dibujo es siempre sabio, armónico y ceñido, como un razonamiento de robusta mente. Si del cubismo toma Zárraga las preocupaciones de plan y el estudio de volúmenes, más bien como finalidad estética que por pura especulación cerebral, una idea concreta preside en la realización de sus obras: éstas nacen previamente concebidas, no como resultado de tanteos de espíritus sin luz. En « Ilhuicamina », por la misma opacidad de tonos terrosos, como si fueran huérfanos de sol, resplandece el sentido legendario de la raza mejicana. Algo de remoto, con ser muy moderno á un tiempo, palpita allí. Representa un motivo decorativo con gran fuerza de vitalidad, y con clara, muy clara significación simbólica.



ISMAEL SMITH. — « Angustias »

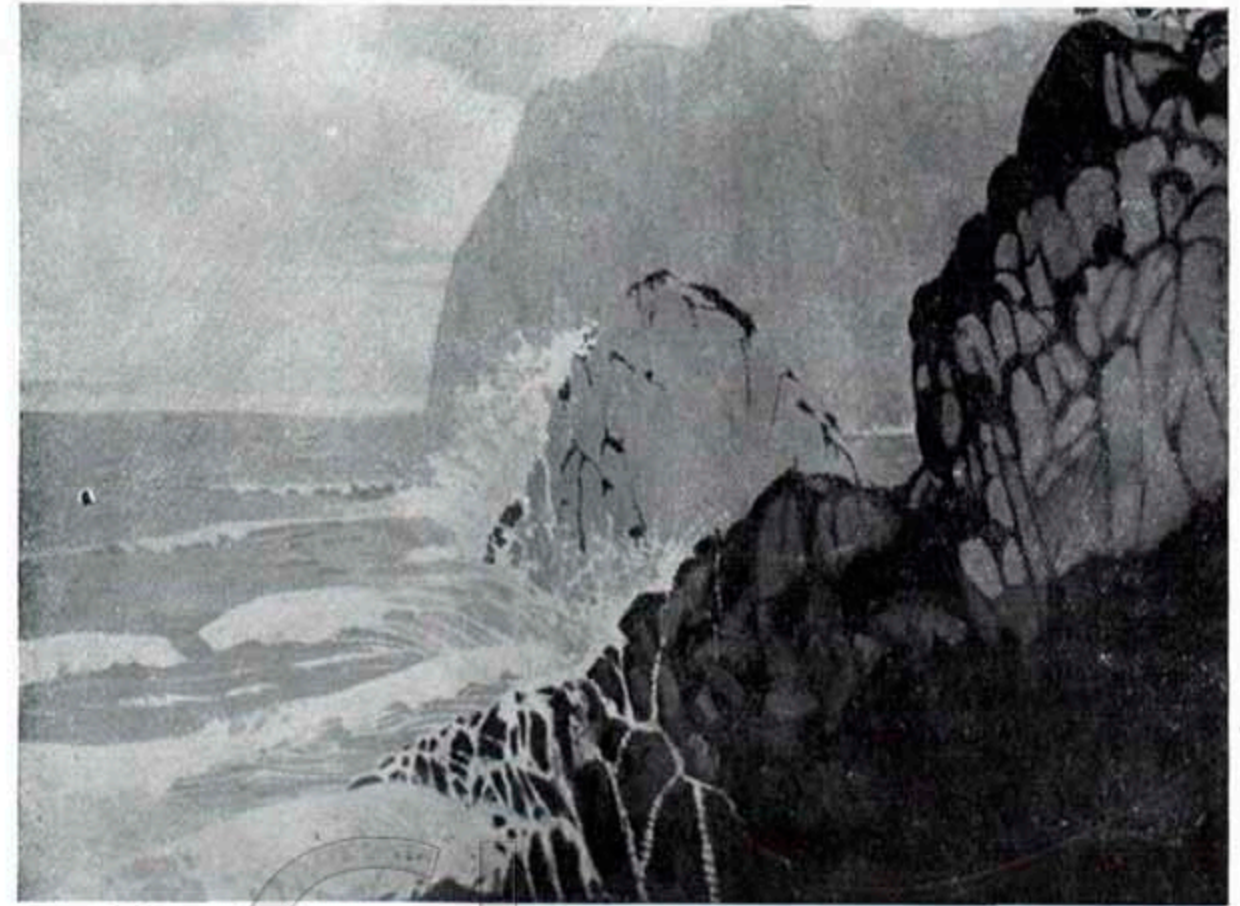
Zárraga cumple el milagro de transportarse y transportarnos á un pasado de fabuloso heroísmo. Lo cumple, además, con una fuerte penetración de su raza, y como ningún artista moderno lo ha logrado; puede decirse de él que ahora, en verdad, delinea y orienta su personalidad. Con un dibujo ágil, con un pincel ágil camina derechamente por los planes atmosféricos en « El Pájaro », ese aviador que produce, estética y físicamente, la sensación del aleteo. Lo mismo puede decirse de su « David » y de su « San Jorge », uno con su verde, otro con su amarillo, ambos admirables de concepción y de ejecución. Zárraga, pues, triunfa en toda la línea en esa obra de decoración exterior. Paremos de contar las novedades de pintura

que se exponen en este salón, fuera del cual pueden admirarse quizás aún cosas bellas, por autores noveles, como en la galería Le Chevallier, donde nos ha sorprendido el joven Serrière con la delicadeza de su arte: se trata, como pintor, como dibujante, de un animalero decorativo que prende en la psicología, por así decir, en el carácter específico de los animales. Sus pavos reales son suntuosos y finos; sus loros, fulguran con un colorido que tiene destellos de seda, de terciopelo, de joya, y viven como monarcas de la floresta; hay un boa prodigioso que se abraza con un ciervo, y la factura, por su profundidad, por su complicación, sorprende; y los monos, y los conejos, y los peces, todo es adorable de finura y todo rebosa de sentimiento íntimo. Y, después de pedir perdón al benévolo lector, volvamos á la sección de escultura del salón de otoño.

La « Douleur », de Mathe, ostenta un suave modelado anatómico. Trabajo cumplido con esmero y sentimiento de la realidad. Hay, empero, cierta dureza de líneas en el ondear de la parte izquierda, ó sea á la derecha del espectador; el mármol se antoja vivo y palpita como la carne palpita, al beso del aire, al contacto de la luz; y la cabellera esplende y se di-

funde como la copa de un árbol. Hafka resulta muy pétreo en lo que expone, pero deja sentir la emoción que le embarga en cuanto esculpe, y nos brinda una delicada testa en su « Buste de jeune fille », en medio á lo cargado de la actitud. La « Pantera », de Behn, es un maravilloso hallazgo de verdad y de vida animal, con belleza que subyuga al punto. Muy macizo resulta Wittig con la puerta de su panteón simbólico; una mujer alza, con la mano, una flor; otra extiende la mano encima de la taza que la primera le tiende; y un sentimiento plácido preside en la escena, muy de apreciar.

Un desbordamiento de reclamo se echa de ver en la sección del mobiliario, pero no quiere



(Foto Manuel.)

GREGORIO LOPEZ-NAGUIL. — « Rocas en el mar. »

esto decir que ese reclamo es de denigrar. Ciertos es que se exhiben habitaciones, cuyo mueblaje y decoración provocan un sentimiento enervador de decadencia, dando la sensación de una vida que se desflora. Hay un dormitorio para niño, que es más para llevar el espíritu al desvarío que para poblar de imágenes sonrosadas la imaginación. ¡Alemanismo, bizantinismo y orientalismo en la más refinada de las amalgamas! Ante esa avalancha de elegancias de dudoso gusto, ante ese descomulgado cromatismo, cuyos tonos son harto chillones para el recato de la decoración inte-

rior ¿podemos esperar que venga una estilización más de acuerdo con el espíritu alado de los franceses de sangre pura? En esa perversión estética nótase cómo la imaginación más extravagante preside en el ordenamiento de formas redondas y en la asociación de tonos rebeldes, rompiendo de modo revolucionario con lo más noble de la tradición. En esas curvas á ultranza y en esas inesperadas ondulaciones, llégase á la alianza de la extravagancia con el preciosismo: suprema superchería.

ULRICO BRENDL.



El General San Martín en París

Por PASTOR S. OBLIGADO



I

Antes de erigirse su estatua ecuestre en el bronce inmortal, sobre esta segunda patria de todo republicano, San Martín fué por veinticinco años vecino de la ciudad luz. Del otro lado de los Pirineos había cruzado la Península, doblando en más de un combate las rotas legiones del Genio de la guerra, cuando en su ambición palidecía la estrella de la libertad que la Francia ostenta á su frente.

En aquella lucha incesante por la independencia de la madre patria, aprendió, entre otras muchas, dos cosas. De ésta, á independizar la tierra de su nacimiento; del enemigo, la estrategia de la victoria que coronó su obra.

Años después, antes de consolidarse la fama del soldado que condujo legiones triunfantes á la mayor altura de la tierra, superando la hazaña de Anibal y de Napoleón, paseó por muchos años estas calles como un desconocido de la gloria, siguiendo á morir á orillas del mar, proceloso como su vida, inmenso como sus anhelos de emancipación, llegando luego el eco de su fama donde la posteridad ha consagrado su apoteosis.

II

En la melancólica tarde de su vida, cierta ocasión contertuliaba en rueda íntima de amigos, á la que solía caer de cuando en cuando algún viajero de la patria ausente, que era imprescindible visita de todo argentino llegado al Sena, al gran Americano. La hija, único consuelo en su ancianidad, y las nietitas le entretenían; su fiel amigo Don Gregorio Gómez, Don José Manuel Guerrico y el Señor Sarmiento, recién llegado, animaban sabrosa plática sobre la patria ausente, que cuanto más lejana aparece más querida, cuando á interrumpir vino gresca infantil de esas amables criaturas, que no con menor vehemencia de la que el abuelo luchó por la independencia de un mundo, se debatían por la conquista del vestidito hecho trizas de muñeca pernerota.

La más chiquilla, compungida y toda llorosa, adelantaba al abuelo:

— Gran papá, la Merceditas me ha quitado la cinta de lana — á tiempo de oirse



Sacó del cajón inmediato otra cinta amarillenta y descolorida.

protestar la aludida desde el rincón, sentada sobre la alfombra, envolviendo apresuradamente su muñeca:

— Sí, porque es mía; la « pupé » tiene frío, y no debe presentarse desnuda...

Y levantándose San Martín del sillón de brazos, acariciando á la inconsolable, sacó del cajón inmediato otra cinta amarillenta y descolorida, agregando:

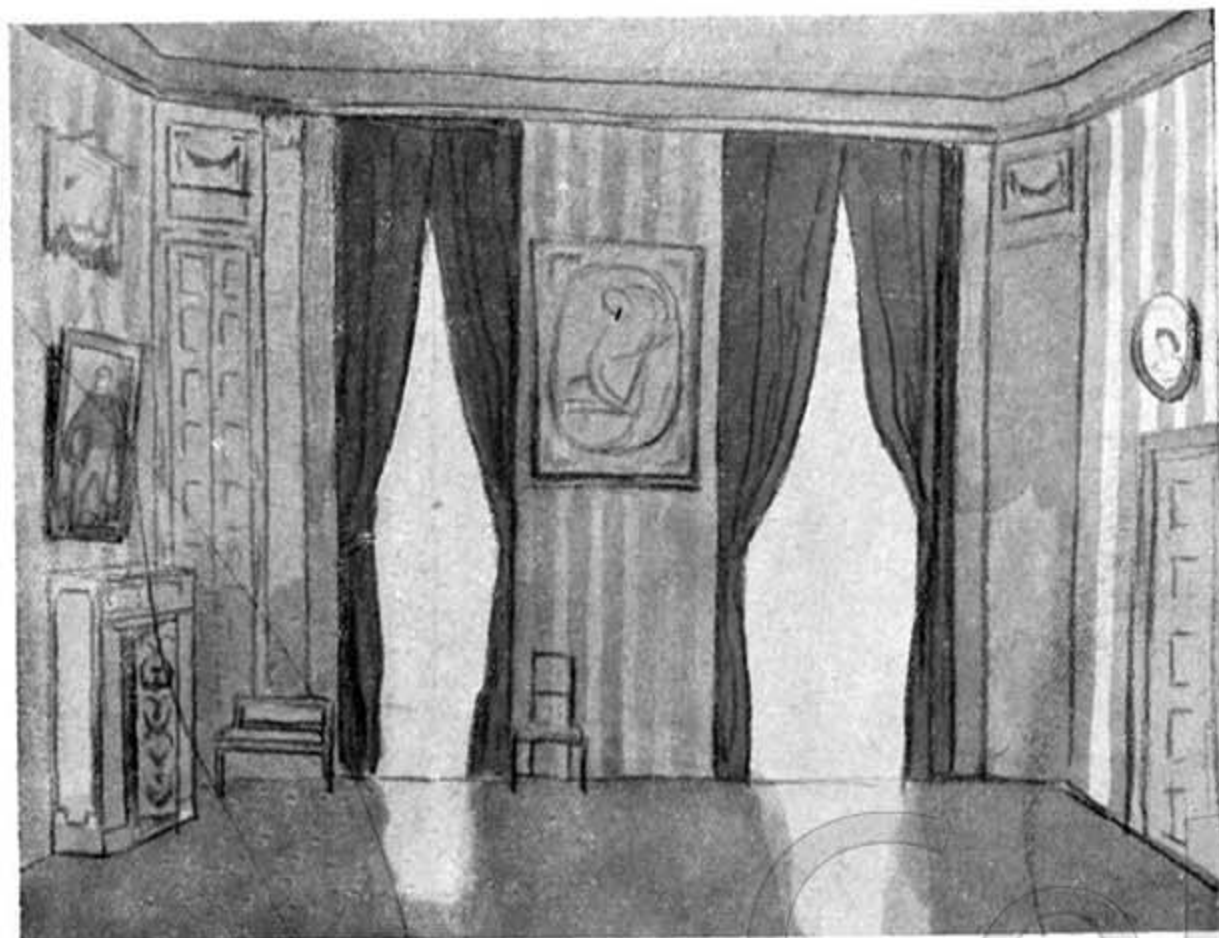
— Tema, hijita, ésta es de seda; decora y abriga tu muñeca.

III

A interrumpir tan tocante escena, penetró apresuradamente, según costumbre, saludando á todos, *el que resucitó á San Martín*.

Era este simpático joven de animado rostro abierto y ademanes expresivos, que volvía de cumplir lo que el general le encargara para su casa de campo.

Antes de referir cómo le había salvado de la muerte, en uno de los síncope que le atacaban en su achacosa vejez, llegando á su hotel, en Roma, su joven compañero de viaje (que no era otro que el hijo del Director Posadas) aplicándole el remedio que en el bolsillo de su propio chaleco llevaba siempre el General para tales casos, bueno será recordar cómo su antiguo compañero de armas en el ejército español llegó también en la hora precisa de salvarle de la miseria. Nombrado Albacea por este buen amigo el banquero Aguado, pudo San Martín adquirir la pequeña casa de campo de Grandbourg, contigua al parque del marqués de Blunoy, lindera á la del trágico Talma. Luís XVIII había conferido el título de este marquesado al duque de Wellington, en agrade-



Allí, el cuarto del más grande de nuestros guerreros reflejaba la sencillez de sus costumbres, hasta en lo más modesto de su mobiliario.

cimiento á su victoria de Waterloo, dominando el valle que cruza Yères, á medio camino del ferrocarril de París á Fontainebleau.

Allí, el cuarto del más grande de nuestros guerreros reflejaba la sencillez de sus costumbres, hasta en lo más modesto de su mobiliario, llamando la atención el sello de su cerradura, en la que leíase : « Luis XVI me fecit », factura de propias manos de este rey cerrajero, y sobre la chimenea, arriba del retrato de Bolívar, ostentábase el estandarte ofrecido al Protector por la Municipalidad de Lima, que bordara la madre de Carlos V para la conquista de Pizarro, contemplación de objetos que diera margen á la exclamación de un entusiasta republicano francés :

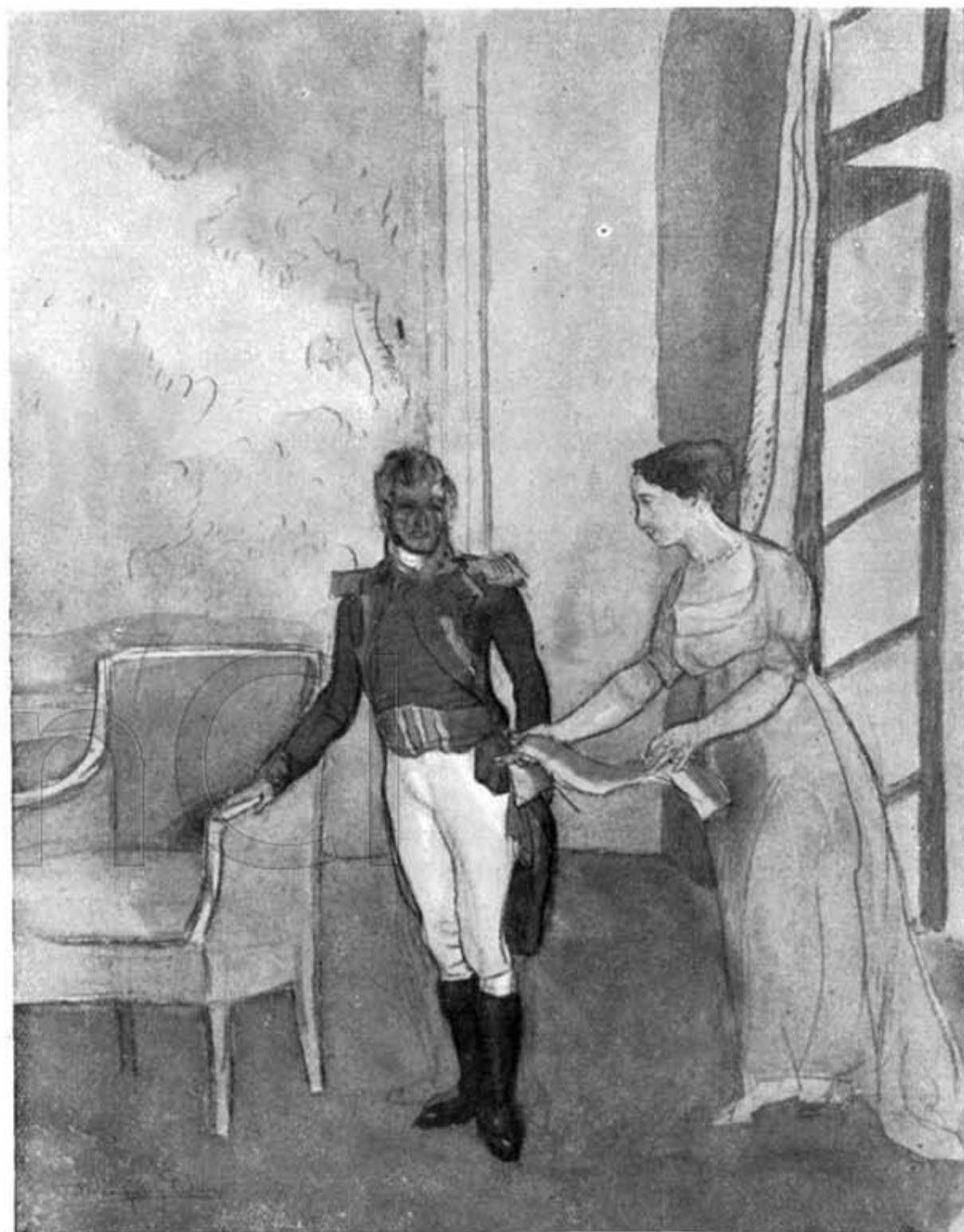
« El guerrero que ha independizado medio mundo, bien merece que bordados de reales manos adornen su dormitorio, y cerrojos de las mismas guarden testimonios de sus glorias ».

IV

Entregando el caballeresco Posadas al General los impresos y documentos que de su quinta conducía, agregó asombrado :

— ¿ A que no saben, señores, á qué general americano acabo de divisar, desfilando en la comitiva que regresa de una fiesta en Versalles, y galopando al estribo de la carroza del Rey ?

— General de nuestra tierra — replicó Balcarce — no se pasean muchos por aquí. De no ser alguno de los edecanes del Libertador, que Bolívar trataba tan mal...



— Madre, no se ha fijado en lo que le dió á Pepita. Es la cinta de la medalla que le acordó el Gobierno español, como vencedor en la batalla de Bailén.

— Cerca le anda, amigo ; aquel petit Napoleón que, trajeando su tricornio y casaca gris, se cree de real estirpe incasiana.

— ¡ El Mariscal Santa Cruz, haciendo de palafrenero de Luís Felipe ! ¡ A lo qué arrastra la vanidad y la infatuación ! — exclamó San Martín.

Y como se siguieran comentarios sobre el mariscal boliviano, descendiente de Inca por línea quebrada, exclamó apesadumbrado el gran Americano :

— Pero si el mismo *coya*, á través de todas sus veleidades y desaciertos, derramó su sangre en defensa de la República, cuenta más méritos personales para que no crea humillante exhibirse cortesano de un rey como Luís Felipe. La vanidad viene perdiendo al mundo desde nuestra madre Eva.

V

Y en esto, fijándose sus anteojos de oro, la hija de San Martín, entretenida en labores de aguja, recogiendo del suelo cinta bicolor, leyó en letras desvanecidas como las glorias pasadas: « Bailén, 8 de junio de 1808 », agregando:

— Padre, no se ha fijado en lo que dió á Pepita. Es la cinta de la medalla que le acordó el Gobierno español, como vencedor en la batalla de Bailén.

— ¿ Y qué ? Verdad es que allí aprendimos á defender la independencia de una nación, y la superioridad que imprime la disciplina en todo ejército.

— ¿ Pero cómo abandona Vd. tan glorioso recuerdo en manos de esta criatura ? — interrogó Sarmiento.

— ¡ Ah, mis amigos ! La gloria humana no es más que un poco de ruido y humo, como el disparo del cañón, y dura menos que su resonancia. En las vecindades del sepulcro, se aprecian todas esas veleidades mu' distintamente que en el comienzo del camino. De no ser la excepción de algún Mariscal, que en su vejez tiene á mayor honra ir de cortesano de un rey (aunque éste se llame Luís Felipe) que ostentar galones ganados con su propia sangre, batallando quince años en la emancipación de la tierra de su nacimiento.

— Sí, pero todas esas cintas, cordones y medallas, señalan otros tantos capítulos de su gloriosa historia, General.

— ¿ Y me hará Vd. el favor de decirme, mi amigo, para qué sirve la gloria, si uno de sus cintajos no consigue siquiera detener la lágrima de un niño ?

Y este gran capitán de la América, cuya espada triunfante consolidó tres Repúblicas, más elevado que Bolívar, pues que superó sus victorias sabiendo vencerse á sí mismo, héroe al nivel de Washington por su abnegación, el más grande sudamericano, el único que ha merecido el bronce imperecedero en la ilustrada Europa, juzgaba que toda la gloria humana apenas es satisfacción, en cuanto puede llegar á consolar una lágrima.

Rosendo S. Hidalgo

(Ilustraciones de Vázquez-Díaz.)



EN la reciente obra de Bataille, *Le Phalène*, la madre de la heroína recibe á un periodista. Cuando éste le pregunta por los libros que habitualmente lee su hija, ella se turba: « Plotino... Plutarco... en fin, un filósofo antiguo ». Le pide auxilio al periodista. Y el periodista confiesa, con desgaire, que nunca oyó mentar á esos caballeros.

No sólo es una burla de los *diurnales*, sino una irónica alusión á las encuestas de fin de año. Están á la moda estas preguntas. Antaño sólo le pedían á Renán su opinión sobre una bailarina y á Flammarión precisiones sobre un nuevo corsé. Ahora, se le pregunta á todo el mundo, como acaba de hacerlo la revista *Los Anales*, cuáles son sus libros preferidos, si es feminista, si trabaja con alegría, y cuál opina que es el más grande bienhechor de la humanidad. Entended por « todo el mundo » un *tout-Paris* más extenso que el contenido en un álbum de Sem, es decir, ministros y bailarinas, cantores y académicos, un explorador, un aviador, la actriz más elegante junto al mejor poeta, y en fin, aquella astuta señora de Thèbes que, garantizando un dorado porvenir á

las mundanas, gana un presente de luises. ¡ Ah, la ingenua necesidad de asombrar que dictan las respuestas ! Los hombres graves prefieren tomos ligeros, pero la artista Segond-Weber sólo quiere llevarse libros de Platon ó de Marco Aurelio; Ivette Guilbert, la ex-montmartresa de los guantes negros, el vestido verde y las canciones más verdes que su vestido, quiere lectura de Evangelios, mientras Carlota Zambelli, la bailarina —

las piernas más espirituales de Paris, dicen los viejos abonados — elegiría... ¿ adivinad... cualquiera lo adivina ? ¡ los *Pensamientos* de Pascal ! Zarathustra amaba á las bailarinas ; es justo que las bailarinas amen á los filósofos. Que la respuesta de Carlota Zambelli ó de Regina Badet estén cercanas en la encuesta á la de graves políticos, no chocará tampoco. Recordad el país visitado por Gulliver, en donde sólo daban el cargo de ministro á quien bailara sobre la cuerda tendida. ¿ Quiso así indicar ese burlón de Swift que para ambas profesiones, de bailarín y de político, se necesita ante todo saber guardar el equilibrio ? Pudiera ser. Pero no creo que han



Carlota Zambelli, la bailarina, elegiría los *Pensamientos* de Pascal.

entendido así la ironía los colaboradores de *os Anales*.

Gracias á ellos, todo el mundo es literato. Las lindas artistas se ven obligadas á tener un secretario letrado; los aviadores aprenden á escribir; y no habéis descubierto enteramente el polo, si no sabéis describirlo en cualquier *Je sais tout*. Tantos literatos hay en París, tantos poetas que acaban de pedirle al gobierno una pensión de vejez, porque la literatura no alimenta. Han perdido además la costumbre de morir jóvenes, y el suicidio no está á la moda ya entre los poetas, sino entre las señoritas emancipadas que se suprimen con cianuro en los dramas de Henry Bataille... Y nada más triste que un poeta viejo. Está cantando amores... con los ojos vidriosos y la «pata de gallo». Es justo, pues, que á los cuarenta años, por lo menos, se retire como si fuera un funcionario.

Tiene, por lo demás, los gustos del funcionario. ¿Creéis que estos fogosos jinetes de los más indomables Clavileños, son en la vida los románticos de sus versos? De ningún modo. Conozco á algunos. Están absorbidos por el cuidado de enviar sus versos á los críticos influyentes. Aspiran á la legión de honor y, en la vejez, á una «villa» tranquila con hortalizas.

Le alabé una vez á un joven el infatigable amor que contaban sus versos, pero él se encogió de hombros:

— ¡Aventuras, amores!... ¡Qué ocurrencia! El amor quita tiempo, amigo mío.

Por esto, sin duda, en la encuesta de los *Anales*, los señores de edad contestan con melancolía, que la actual es una generación apresurada, mejor sería decir, práctica. Ya no se necesita solamente escribir un libro hermoso. Es indispensable buscarle protecciones, prepararle un nacimiento decoroso, asegurarle un premio por lo menos. La costumbre del colegio lleva á los literatos á buscar á fin de año un primer premio de retórica. Pero en vez de un libro con dorados, les dan miles de francos. Comprenderéis así cuantas intrigas existen en este momento en torno del jurado de señoras de *La Vie Heureuse*,

que otorga un premio cada año. Recibir un regalo de mujeres tiene, además, una gracia extraña y tradicional. Se nos figura cada académica una Manón que ha leído. Esto tiene sus peligros, naturalmente. No siempre la mejor literatura es la premiada, sino los ojos más brillantes y los más finos labios. Se habla ahora de un cubano que es candidato. No le conozco, pero celebran los periódicos sus cabellos rizados, su tez pálida. ¿Tiene talento? Tiene en todo caso lo que llamaba una heroína de *vaudeville*: «encanto exótico». Y espero, por honor de nuestra América, que no resistan á la seducción las señoras académicas.

Como véis, el buen literato ha de ser hombre de mundo. Un frac le será más útil que un buen estilo. Ya no existe la antigua separación: melindros enconados por un lado, y dandys sin cultura por el otro. Los literatos van á casa de la manicura, y los mundanos consienten en llevar pantalones un poco holgados y cabellos un poco largos. El joven Mauricio Rostand parece el tipo de estos efebos de letras. Hay una generación de Mauricios. Cecean, tienen una *garçonnière* amueblada según los dibujos de Martín, compran sus muebles en casa del dibujante Iribe. ¿No habéis visto sus últimas creaciones, no conocéis á Iribe? Es un genial artista, pero el más tunante de los hombres de ingenio.

Como otros explotan la estolidez humana, él ha puesto á contribución — bastante cara, por cierto — al rastro y al dandy. Comprendió que sus muebles no se venderían si no buscaba singularidades. Compró entonces todo el ébano existente en el mercado; supo darle singulares enfermedades. ¿Y quién se resiste á tener muebles de «ébano enfermo», pantallas de piel, cortinas negras con anillos de jaspe?

El ha sido el inventor de las mujeres orientales con ojos persas, á quienes se quiere parecer toda parisense. Si las más caras muñecas de París se vistieron de Scherazadas, y los tés elegantes han parecido, durante varios inviernos, ilustraciones de las Mil y



Tiene, en todo caso, lo que llamaba una heroína de *vaudeville*: «encanto exótico...»

Una Noches, esto se debe á Iribe. Oscar Wilde aseguraba que, merced á los pintores prerrafaelistas, hay en Inglaterra tantas mujeres esbeltas, tantos labios en forma de corazón, y esa notable abundancia de ojos inmensos que esparcen, como Lady María, bajo el rayado terciopelo de las pestañas, un mirar asustado y dulce. La naturaleza, decía él, imita á la pintura. Estoy por creer que es cierta la brillante paradoja. Desde que Iribe comenzó á evocar fiestas de Oriente, parece haber crecido considerablemente el número de esas mujeres que, entre arroyuelos claros y paisajes sedantes, colocaba el Profeta en su Paraíso para esparcimiento de los bienaventurados. Los bienaventurados de París ven con sorpresa atenuarse, consumirse el cuerpo de las parisenses. Porque la originalidad del dibujante consiste en haber dado á las mujeres de las miniaturas persas — generalmente ubérrimas — la flacura de las divinas tísicas de Rossetti. Están en consonancia con ellas estos muebles que él dibuja, estos frágiles muebles á la moda.

El actual salón de Otoño exhibe algunos modelos. No son de Iribe, pero repiten su influencia. Todo es fino, menudo, para muñecas. Allí, es natural que vivan las heroínas de Burne-Jones. Pero si imaginamos encarnada á la Venus de Milo, ó á alguna diosa de Rubens, si suponemos que vienen á sentarse en estos taburetes de *geisha*... ¡qué catástrofe!

Sin ser tan griegas ni tan flamencas, hay mujeres que no son delgadas ni quieren serlo. Al periodista de *Comedia* que fué á entrevistarlas sobre el «corsé normal», las mejores artistas le dicen claro su rebelión. Quieren volver á la moda holgada, vestirse á su manera, con la libertad de las *midinettes*,

que no siguen más ley que su capricho... ¡Vanos proyectos! Nadie resiste á la moda, ni las *midinettes*. Ellas sólo son caprichosas porque son pobres, y sólo son despreocupadas porque son jóvenes. En la adolescencia, cualquier trapo las viste bien. Pero después de los veinte años, todas quisieran imitar á las mundanas, y como ellas semeterse á la esclavitud del lujo, del lujo que no han tenido. Alguna vez, las he oído conversar en casa del costurero. Las chicas rien de todo y de nada, perfectamente felices si les alcanza el jornal para la golosina de la merienda. Pero las mayores, las que van llegando á los veinticinco años, tienen un ansia febril en los ojos graves, sólo charlan de casos milagrosos en que un joven millonario viene á poner su fortuna á los pies de una obrerita, como los reyes con las pastoras en los cuentos de otra edad; y cuando ven en el salón de ensayo á alguna mundana elegante, la siguen con una mirada hipnótica.

Por eso, la fiesta anual que acaban de celebrar es un poco triste. Poner la cofia de Santa Catalina á las que acaban de cumplir veinticinco años, es indicarles que sólo hasta esa edad se les permite divagar. El novio simpático y millonario puede ser posible, cuando se ve la vida con los ojos golosos y engañados de una chiquilla. Pero estas obreras de veinticinco años han adquirido en el taller la lucidez que, á la mujer de treinta, reconció Balzac.

A mil románticas reflexiones se prestaría su vida. Necesitan un capital de risa y esa admirable valentía de la raza, para no rebelarse. Pensad en que están manipulando sedas y encajes que nunca se pondrán; que de sus tardes morosas y algunas noches en vela, saldrán vestidos para mujeres de



Si las más caras muñecas de París se vistieron de Scherazadas, esto se debe á Iribe...



Grupos de midinettes festejando la Santa Catalina, patrona de las solteras.

vida alegre y holgazana. Y el vicio triunfante, perfumado, les murmura en la calle de la Paix, á la salida del obrador, cada tarde, que todo puede obtenerse en cambio de una sonrisa. Sin parecerme á la buena Severine — Nuestra Señora de La Lágrima en el Ojo, como un burlón la llamara — siento una extraña amargura cuando alguna modistilla de lindos ojos y de blusa raída, de labios admirables y zapatos encanecidos en las puntas, se para á esperar algún tranvía bajo la lluvia, y rehusa el coche y el corazón que le ha ofrecido algún viejo samaritano galante.

Por un contraste singular, han elegido para fiesta lo que debiera ser una fecha triste. A ella se preparan todo el año. Es el único día de semana en que no trabajan. Generalmente, París sólo las ve un instante en los jardines, al medio día y al atardecer, cuando salen de los talleres, entre dos filas de curiosos; pero

este día tiene una gracia juvenil, porque vagan por las calles aturdiéndose con canciones y risas. La alegría, que es el lujo de los pobres, es el único permitido á las *midinettes*.

¿Por qué rien tan alegremente? ¿No saben que su miseria será larga, que el exilio habitual es la solitaria vejez, ó la nada romántica tisis? ¿Quieren acaso agotar su juventud, dilapidar lo que tan pronto ha de acabarse? No lo sé, pero el misterio de esta alegría infantil es encantador y desgarrador, como la delirante premura de los pájaros en las mañanas de otoño. No me parece posible y á ella asisto, sin embargo, maravillado. Cuando pasan en cortejos sonoros, del brazo y carcajeando, con los gorritos pintorescos sobre guedejas locas, siempre creo mirar ojos de viuda, ojos que llevan el luto de una esperanza.

Ventura García Calderón

LA NUEVA AURORA

(En el despertar de Bolivia.)

Ante el conjuro mágico de un pueblo adolescente
cruza el corcel de acero por la región andina,
y á la par que veloz se extiende y avecina,
corre de Norte á Sud, de Oriente al Occidente.

Al seguirle en su avance, vertiginosamente,
los cóndores sorprenden la visión repentina
de un país que descubre su inagotable mina,
más rica que el tesoro de los Reyes de Oriente.

Mil penachos humeantes en su carrera alada
— como incienso sagrado que los aires perfuma —
besan las altas cumbres de la sierra nevada;

y el corcel, en su marcha que hiende voladora
las agrestes montañas y el llano que se esfuma,
rasga súbito el velo de una radiante Aurora!

E. DIEZ DE MEDINA.



Por T. SERRANO DORADO

*Mención especial
de nuestro Concurso de Cuentos.*

EL grande y poderoso Señor de la Hompanera ejercía, por designio de la Providencia, imperio absoluto en las Siete Lomas de Embaire, en las Parameras de la Huesosa y en los Prados Bajos del Pilorio, un río que se desmadraba en Noviembre, se helaba en Enero, y se secaba en Agosto. Tres castillos acreditaban el poderío del Señor, y en los tres tenía recia hueste de hombres de armas, con trescientas lanzas, doscientas ballestas y copia de saeteros. Moraba el Señor en el castillo de la Oscurada, el más fuerte y espacioso de los tres, que se erguía sobre una roca granítica, dominando leguas de encinares tan espesos que sólo los atravesaban los ciervos y los javalíes, porque pies de hombres jamás hollaron la impenetrable umbria.

Gracián de la Hompanera contaba unos cuarenta años. Era alto, membrudo, fornidísimo, incansable jinete, valiente y cruel como un lobo. Jamás había salido de sus tierras, sino cuando, al cumplir los veinte años, fué á la Villa de Los Ceciales á casarse con su prima Doña Lambra Coronel. La boda había sido concertada entre los padres de los contrayentes, y no intervino en

ella el amor. Sólo un año duró el matrimonio, porque Doña Lambra murió al dar vida á su hijo, el cual se crió siempre endeble y cingato, y que al ocurrir los sucesos que van á relatarse, frisaba en la edad de los quince años: mozuelo de delgadez esquelética que, en su desmayada altitud, recordaba el aspecto triste y cómico de los cigüeños jóvenes.

Considerábase Gracián de la Hompanera como libre de todo fuero ó rendimiento superiores á su voluntad, y era cierto que no dependía del Rey de Castilla sino nominalmente, y hallábase respecto de él horro de pechos y obligaciones.

El rincón del mundo en que había nacido, apartado de los grandes caminos por donde la historia marchaba, le permitía aquella existencia autónoma y bravía. Nunca pasaron por las sendas de la Huesosa los ejércitos de la reconquista, ni las legiones árabes. Jamás se oyeron allí atabales de guerra. Los Señores de los otros castillos de la comarca no se habían ocupado en ningún momento en mermar los derechos, en inquietar la posesión, ni en cercenar los linderos de la jurisdicción de la Hompanera. Era ésta tan adusta y pobre, tan estéril y árida, tan inhospitable, en fin, que á nadie se le había ocurrido codiciarla. Así vivía el solitario Señor montañés, como habían vivido su padre y sus abuelos, ejerciendo la tiranía de su voluntad sobre unos mil vasallos, ó mejor siervos, que se ocupaban en la labranza, el pastoreo, la caza, y en aquellos oficios de la industria prístina necesarios á cubrir las necesidades de la existencia. Un religioso, tan rústico é ignorante como la piara humana de cuyos destinos ultra-terrenos estaba encargado, pero astuto y mañero, decía la misa en la capilla del Castillo, empleando más tiempo en adular á su amo que en impetrar la misericordia del Amo de todos. Solían marchar juntos á las cabalgadas venatorias, cuando no iban á apartar los ganados que debían cambiar sus pastizares, según las estaciones, y siempre les rodeaba una fiera y numerosa trahilla de alanos de piel hirsuta y recios lomos, tan vigorosos, que no hubo toro madrigado que no se les rindiera, apenas le acometían. Los alanos de la Huesosa eran el orgullo de Gracián de la Hompanera, quien cuidaba personalmente de la ralea, dándole para cebo caballos viejos, bueyes que ya no podían con el arado, y las ovejas que enfermaban.

— No permita Dios — solía decir Gracián — que mis perros coman nunca carne muerta. Ellos han de matar lo que devoren, y así se me conservarán bravos.

Era por cierto feroz el espectáculo que cada día se daba en uno de los inmensos corrales del castillo, cuando llegaba la hora del yantar canino. La jauría con sus ladridos avisaba de que había llegado el momento, y sin hacerse esperar mucho el Señor, seguido del capellán y de los criados, acudía á satisfacer el hambre de los alanos. Conducíase entonces al corral, la víctima. Ya era un cuartago, fatigado de muchos años de trabajo, ya una vaca que, á fuerza de parir y amamantar becerros, había perdido la fuerza. Sobre ellos caía aquella tempestad de mordiscos, y el sacrificio adquiría los caracteres grandiosos y bárbaros de la crueldad circense. Frecuente era el caso de que los perros riñeran disputándose la presa preferida, y el combate divertía al Señor que, desde una balconada, solía presenciarlo.

Un día, al volver de la caza, los perros acometieron á un hombre que cortaba leña cerca del río. El Señor de la Hompanera preguntó al capellán quien era aquel miserable.

— Creo que es uno de los gafos que viven en la cortadura de la Infantina — contestó el siervo del Señor. — No se perdería gran cosa con que desapareciera esa ralea de leprosos, vergüenza y asco de los dominios de su Grandeza. Recordará el Señor que, en tiempo de su cuarto tatarabuelo Roderico, que cien glorias goce, volvió de Tierra Santa un villano llamado Illán de la Coscoja, que había ido allá, creyéndose llamado por Dios, para pelear bajo el lábaro de los cruzados que iban á conquistar el sepulcro de nuestro Padre Jesús. Venía enfermo, casi ciego, la cara llena de llagas, las manos comidas de bubas. Causó tal horror á sus antiguos vecinos, que no quisieron jamás vivir con él. Vuestro abuelo ordenó que se le diera un hacha, un azadón, una fanega de trigo, y se le obligara á permanecer en la cortadura de la Infantina, lugar agrio y seco que parecía maldecido, al que nadie iba con los ganados. El leproso — porque Illán de la Coscoja padecía de lepra, de que se había contagiado en el campamento de Jafa — vivió desde entonces en el paraje que se le había señalado, sin que nadie se cuidase de su asquerosa pestilencia. Pero un día sorprendió á todos, que una mujer de la aldehuela de la Ciclanera se había ido á vivir con el gafo. Digo que sorprendió y digo mal, porque más que sorprender asombró, y fué juzgado el caso como estupendo y absurdo. Ello es que Luciana del Estornil, la hija mayor de Yago el Cabrero, moza galana y briosa, por obra del Diablo, sin duda, se desgarró de su familia y se fué á buscar al leproso, que ya apenas podía moverse, porque había acabado de

perder la vista, y la carne se le caía á pedazos. La gáiedad le había dominado por completo, y su sangre, envenenada por la espantosa basura, le había convertido en horrendo monstruo. Vuestro abuelo tuvo conocimiento del suceso, porque el honrado Yago del Estornil impetó su amparo, pidiéndole que enviara un par de ballesteros á rematar al miserable, endemoniado pestilente, y á recoger á la descarriada moza. Prometióselo el Señor, pero al día siguiente, cuando iba á ordenar el castigo del gafo y la restitución de Luciana á su padre, llamó á Preste Simeón, mi venerable antecesor en la Capilla de Sus Grandezas, y le dijo: « Has de saber que en modo alguno quiero cumplir lo que ayer prometí á Yago, porque esta noche he tenido un sueño, que me alumbra, para entender lo que todos juzgan con error. Se me ha aparecido un fantasma luminoso, cuyas formas no podía yo descubrir, porque le rodeaban resplandores de fuego, y con una voz terrible que ponía pavor me ha dicho: ¿ Vas á cometer un pecado del que no te absolverá el Juez Eterno?... ¿ Vas á oponerte á que se haga la más grande de las obras de misericordia?... ¿ Vas á matar á Illán de la Coscoja y á recoger á la buena, la angélica, la santa Luciana del Estornil, que está con el leproso porque Dios le ha mandado que le socorra en su malaventura, y le consuele y le ame? El amor de padre, la cortedad de entendimiento y la pequeñez de alma de Yago el Cabrero, son parte á que desee lo que ayer solicitó de tu autoridad de Señor... Pero ya estás advertido. Si desoyes mi aviso, tu alma será en el Averno cubierta de llagas más horrosas que las que ahora sufre el Cruzado ». Vuestro abuelo, Señor — continuó diciendo el clérigo — se atuvo á lo que él creía orden del Cielo, y no sólo respetó al gafo y á su compañera, sino que les envió limosna de trigo, patatas, aceite, paja y pieles de borrego para que se abrigaran durante aquel invierno, que es fama fué tan riguroso que se helaron las cataratas del río Pílorio, quedando convertidas en cristal sus aguas, en los cincuenta jemes de su caída. Muchos años vivió el gafo, ó mejor dicho, lo que restaba de él, porque su enfermedad le iba comiendo, y al llegar á la vejez sólo le quedaban el tronco del cuerpo y los muñones de los brazos y de las piernas. Luciana había también contraído la pestilencia, y su belleza se convirtió en fealdad y en horror. Pero, lo más malo fué, que de la caridad que tuvo la hija del cabrero con el gafo — no me atrevo á llamar á eso amor — nacieron dos hijos, varón y hembra, que hasta los veinticinco años ó poco más

parecían sanos y hermosos, y en este tiempo de su mocedad lozana entraron en relación con otros jóvenes de su tiempo; y así, en el transcurso de los siglos, se ha criado ahí esa gusanera aborrecible que afrenta los dominios de vuestra Grandeza, y que, si no se pone buen remedio, acabará por percutir y manchar toda la sangre de los vasallos del alto y glorioso Señorío de la Hompanera, de cuya sangre nacieron aquellos poderosos resalvos que se llamaron Custodio el Hércules, que de un puñetazo derribaba un toro, y Andrehuela la Cañaheja, que tuvo treinta hijos y noventa nietos, y bailó la danza de los Treinta Compases en la boda de su bizneta « Repolida », cansando — ¡ á los 109 años! — á todos los mocitos del contorno, remudados según se rendían del bailote ».

Mientras hablaba el clérigo, permanecía Gracián silencioso y tranquilo, mirando como los perros embestían entre los matorrales al leñador. Este gritaba pidiendo socorro; los fieros canes ladraban, como cuando tenían acorralado al javalí, y por los altos cerros pasaban graznando bandadas de cuervos, cuyos picos amarillos relucían al sol.

— Todo cuanto me has contado lo sabía — dijo Gracián. — Lo que te he preguntado, es si conoces al que se ha permitido molestar á mis perros.

— No, Señor. Sólo sé que es de la hedionda hermandad de los gafo, que suelen venir á ramonear en esta espesura, cercana á sus chozas.

— Siento latir al « Gavilán », que es siempre el primero en entrar á la presa.

— Pero parece que el villano apestado se defiende, porque entre los ladridos de la acometida suenan algunos aullidos de dolor... Sin duda que el gafo pega fuerte.

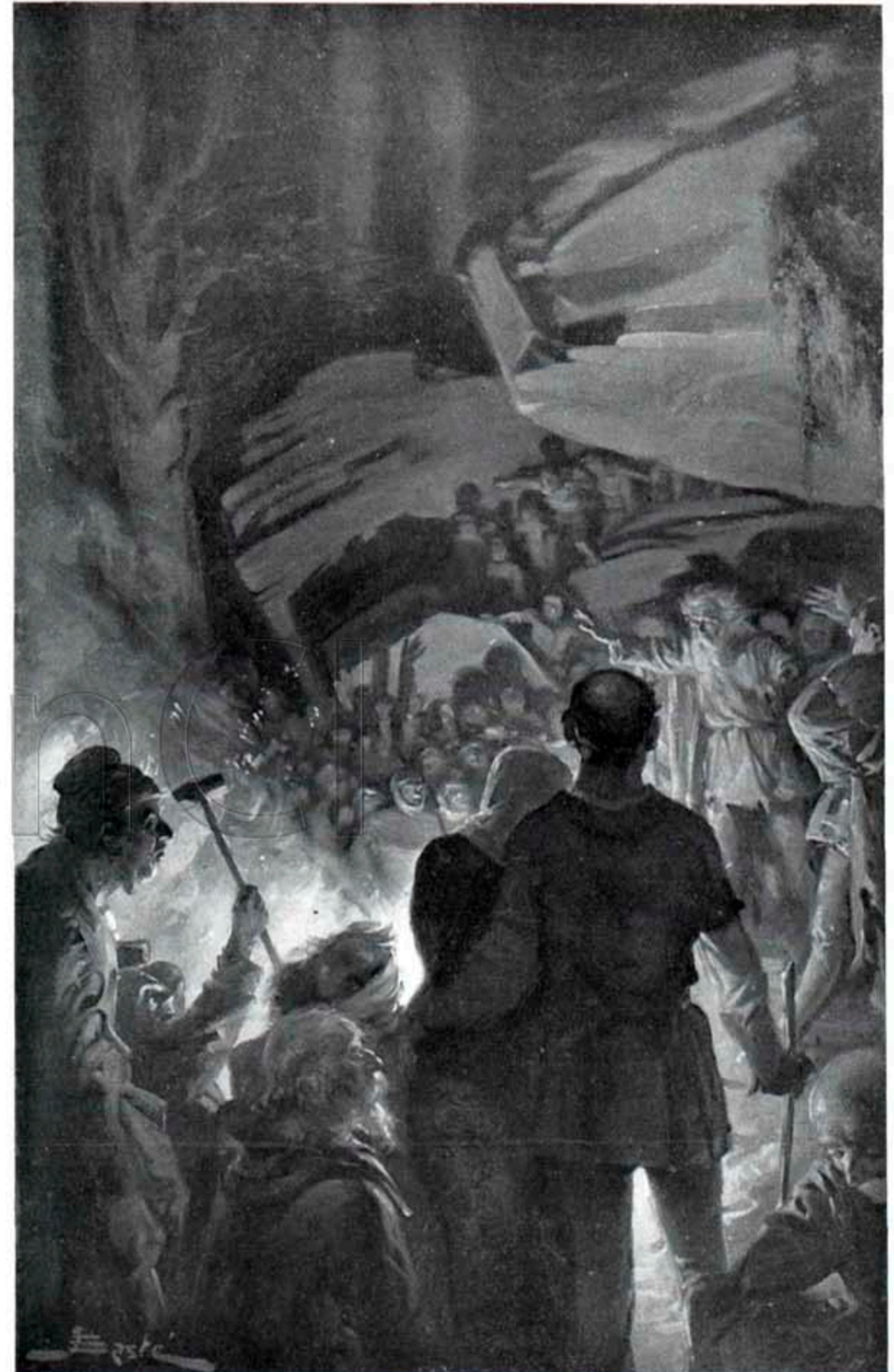
— ¡ Pues ay de él si me estropea á un alano! Con mi propio hierro le pasaré de parte á parte.

— No haréis tal, Señor; porque la noble espada de los Hompaneras quedaría para siempre manchada de la inmundicia de la gáiedad. Los alanos lo harán todo, y no habrán menester de ayuda.

Oyéronse entonces desesperadas voces, á las que se mezclaban quejidos espantables, y se pudo oír que el desventurado decía:

— ¡ Señor, Señor!... ¡ Compadeceos de mí! ¡ Mandad que llamen á la jauría, que me está destrozando!... ¡ Pobre de mí!... ¡ Por San Lázaro, mi patrón, que van á matarme!

Pero el alto y poderoso Señor de la Hom-



— Escuchadme... Arma los de cruzos, hachas, picos, piedras, iremos todos al Castillo...

panera, sin ocuparse de la horrenda y desigual lucha que estremecía los matorrales, picó espuela y se alejó seguido del Capellán...

Luego, el leñador dejó de gritar, disminuyeron los ladridos, y se extinguieron los últimos ruidos de la refriega. Fueron saliendo al claro los perros, uno á uno, y poco más tarde en tropel, los que quedaban. Sonó á lo lejos el cuerno del montero, y la reala se alejó á todo correr tras el rastro de los caballos.

Vino la noche fría, estrellada. La luna, en su menguante, iluminaba débilmente las lejanas lomas. Palpitaba la sombra de los encinares con las ráfagas del viento Norte, y de cuando en cuando rompían el medroso silencio los ecos vagos del bosque dormido, graznidos de aves, baladros de fieras, zumbidos de insectos voladores.

De pronto, surgió de la negrura del bosque el chispear de una hoguera. Delgadas y sibilantes llamas escalaban el cielo, y á su resplandor temblaban las sombras de los árboles y de los peñascos. En torno de la hoguera agitábase grupos de hombres y mujeres, que gritaban con ásperas y roncadas voces.

— ¡ Le han matado los perros del Señor!... ¡ El pidió amparo!... ¡ El Señor no quiso apiadarse de él!... ¡ Pobre Raco!

— Peleó hasta morir. Un can negro le metió la primer tarascada. Yo lo ví desde el roble en que me había subido, al sentir que llegaba la jauría.

— ¡ Venganza, muerte!

— ¡ Muerte, venganza!

— No tenemos quien nos ampare. El dolor nos martiriza, la enfermedad nos va quitando la carne pedazo á pedazo, el sueño huye de nuestras noches. Somos la maldición del género humano; muertos que andan, á los que sólo queda del vivir la facultad del sufrimiento.

Seguían llegando hombres, mujeres, niños, como si el resplandor de la hoguera les llamara; y cuando habían llegado interrogaban ansiosos. Si, se reunía á todos, para resolver lo que debía de hacerse.

La aldea, ó mejor aduar, de los leprosos, conocida en todo el país con el nombre de La Gafera de la Infantina, componiase de más de cien chozas, desparramadas en una extensión de un par de leguas. Cada familia ocupaba una choza, y éstas aumentaban sin cesar, porque la leprosería era fecunda, y de los amores de aquellos estropeados surgía la vida, dolorosa, incompleta, mutilada, que

parecía exaltarse en su trágica lucha con la muerte. La singularidad espantable de aquella ralea lazarina, es que la infancia y la mocedad no presentaban señal alguna del albarazo. Traidramente, dormía el germen destructor en la sangre joven, como si esperara que el ser se completase, se robusteciera y se embelleciese, para entonces aparecer poderoso, invencible. De ahí, el contraste horrendo que podía observarse en aquella junta trágica de los gafos. Había niños encantadores, de rubias guedejas y sonrosadas mejillas; robustos mancebos y hermosísimas muchachas; y á su lado estaban los padres, los abuelos, los hermanos mayores, y los otros vecinos de la aldea, en los que se mostraban las manchas farináceas, la repugnante pelagra, las mordeduras del lupo devorador que les iba royendo sin cesar la piel, tegumentos, músculos, huesos. El más viejo, Santullano, el patriarca de la Gafera, sólo tenía un brazo; el otro había sido cercenado por la lepra. Gruesos tumores en las mejillas y en el cuello daban á su cabeza un aspecto absurdo. La piel del párpado derecho había sido corrida por la pestilencia, y el globo del ojo aparecía temblón, tumefacto, enrojecido; y era horrible cosa ver aquella pupila inverosímil, que se movía en inquietud constante, chispeando el odio y la fiera. Era una llaga que veía!

— Es mejor que todos muramos. Es mejor que acaben de una vez nuestros dolores y los de nuestros hijos. Es mejor que suprimamos para siempre el triste vivir de una raza, para la que no hay piedad en la tierra... ¡ O el dominio ó la muerte! Escuchadme... Armados de chuzos, hachas, picos, piedras, iremos todos al Castillo. Y allí pediremos que nos entreguen al Señor, para ahorcarle en castigo de la muerte de Raco. Nuestro atrevimiento les causará risa. Los grandes se ríen siempre de los pequeños, cuando éstos piden justicia. Nos contestarán con desprecio, nos saltarán los perros, nos acribillarán á ballestazos. Moriremos peleando... Pero cuando hayamos muerto, entonces comenzará nuestra venganza, porque nuestros cuerpos insepultos envenenarán los aires y las aguas. Toda la tierra quedará infestada. Nadie se atreverá á acercarse á nuestras carroñas, corrompidas antes de que la muerte las hiera; ni las hambrientas fieras del bosque, que en cuanto nos olfatean huyen; ni las aves de picos y garras corvos, porque el instinto les advierte que quien nos toca perece.

— ¡ Vamos, vamos! — grito en coro toda la gafería.

Y el espantable batallón se puso en mar-

cha, á través de las hondonadas y los oteros, lanzando de rato en rato terribles voces:

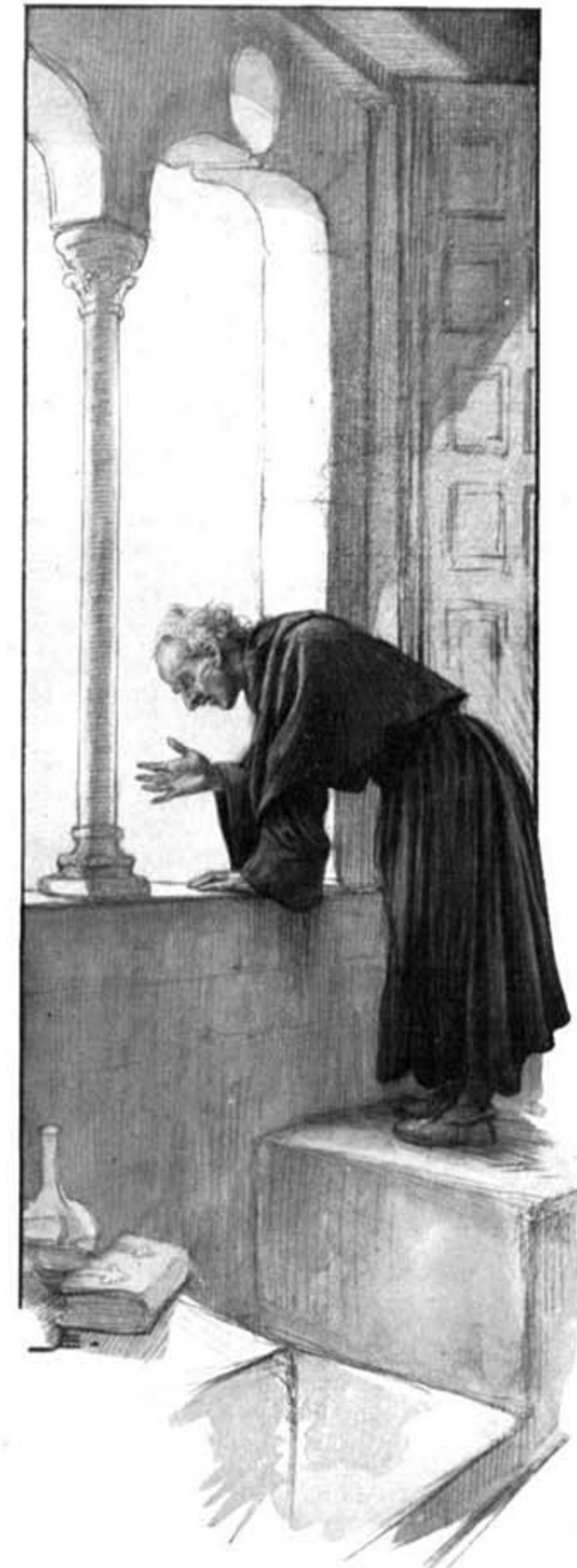
— ¡ Muera el Señor! ¡ Mueran los hombres sanos! ¡ Viva la lepra! ¡ San Lázaro y exterminio!

En aquella tropa veíanse todas las deformidades que á sus víctimas impone la gafeidad con sus crueles caprichos, rebelde á las clasificaciones de la ciencia. Un hombre de atlética talla tenía localizada la enfermedad en la nariz y en los labios, de donde arrancaba una masa de carne roja que parecía la trompa de un tapir. Una vieja cubierta de vendas sucias, apoyando en dos muletas su cojera, avanzaba á saltos como monstruosa araña. Cinco ó seis ancianos ciegos iban cogidos de las manos, sosteniéndose unos á otros cuando caían, al tropezar en las piedras y desigualdades del terreno. Fieramente, alzaba á los cielos sus brazos sin manos un horrible monstruo, cuya cabeza era amorfa masa de carne, llagas y cabellos... Y delante iban los niños, cándidos, bellos, cantando con voces argentinas el himno de la muerte que, al salir de sus gargantas frescas, en agudas notas, vibrantes como campanillas de plata, adquiría mayor vehemencia trágica.

« Huyamos juntos de la vida, que es ignominia y es dolor; corramos juntos á la muerte que es nuestra sola redención; con nuestro aliento envenenado va nuestro anhelo de morir, y de que mueran los verdugos que nos condenan á sufrir. Llegue hasta el cielo la venganza de nuestra injusta postración, y que los ángeles, leprosos, muestren sus llagas ante Dios
Dolor y muerte,
muerte y dolor;
en el rostro el espanto,
en el alma el horror.»

La canción vengadora de los niños malditos se dilataba en el ambiente, apenas iluminado por los primeros albores de un día de niebla, despertando los ecos de la montaña, que repetían confusamente los vocablos en que los cantores ponían la más enérgica vibración de sus voces angélicas: « ¡ Muerte! ¡ Dolor! » Presto se unieron al coro infantil las voces de hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, roncadas unas, chillonas otras, formando un inarmónico y lúgubre conjunto que llenaba de medrosas resonancias los valles de la Huesosa.

Cuando la hueste lazarina llegó á los alto-



— *Vuestra osadía merece ejemplar castigo.*

zanos de Embaire, salía el sol tras la mole ingente del Catillo de la Oscurada. En las torres del Degollado y en la del Dragón, que defienden los extremos del ciclópeo fuerte, los centinelas dieron la voz de alerta. Pronto vieron las almenas coronadas de hombres de armas.

Los fierros de las picas y los ajustes de cobre de las ballestas relucían al reflejo de la luz matutina. La puente levadiza fué alzada entre fragor de cadenas y crujir de cabrestantes.

Santullano se adelantó hasta el borde del foso, en cuyas profundas honduras crecía denso el matorral de zarzas, cabra-higos y jaramagos, y levantando su disforme cabeza, gritó:

— ¡ Ah, del Castillo ! ¡ Queremos hablar con el Señor !

El Capellán, advertido de la extraña e inverosímil novedad que ocurría, y que había producido entre los moradores de la fortaleza tanta sorpresa como curiosidad se asomó á una ventana que había sobre la puerta principal, y dijo:

— Vuestra osadía merece ejemplar castigo. ¿ Cómo os atrevéis á venir en asonada y dando voces, y cómo tenéis la avilantez de pedir que Su Grandeza comparezca ? Sois la más ruin canalla de sus Estados ; ni condición humana se os otorga, pues Dios Nuestro Señor os ha castigado poniéndoos marca de fuego en los rostros. Marchad, antes que la cólera de Su Grandeza despierte, que será como si el león saliera de su sueño ; el primer rayo de su mirada será la señal de vuestra muerte... Id, os digo, volved á vuestras guaridas, antes de que se dé suelta á la jauría.

— No hemos venido para irnos — contestó con voz recia y reposada Santullano — y no nos marcharemos sin cumplir el propósito que nos ha traído.

— ¿ Y cuál puede ser vuestro propósito — repuso el Padre, riendo con burla — ni cómo levantáis los rostros del polvo ante la insignia de este pendón que aquí ondea, representando la autoridad, jamás desacatada, del Señor de la Hompanera ?

La muchedumbre gafa prorrumpió en un alarido formidable, gritando:

— ¡ Venganza ! ¡ Justicia ! ¡ Muerte ! ¡ Muerte al Señor !

Si el cielo se hubiera desgarrado, mostrando los esplendores de la gloria eterna, no hubiera sido mayor el asombro del Capellán de la Huesosa que al oír aquellas imprecaciones. La rebeldía, la amenaza, mostrábase allí donde el poder señorial no fué

nunca hasta entonces contrariado, y los rebeldes eran los más viles, los más débiles, los más obligados á la servidumbre por su bajeza y por su endebles. El vocerío discorde y ensordecedor de los sublevados confundíase en la trágica tonalidad del himno, cantado ahora con los puños coléricos en alto, y las rústicas armas agitadas sobre las cabezas:

« Llegue hasta el cielo la venganza
de nuestra injusta postración.
En el rostro el espanto,
en el alma el horror. »

acabando con nuevas imprecaciones de:

« ¡ Venganza á Raco ! ¡ Vida por vida !
¡ Muera el Señor ! »

Espantado, corrió el clérigo al patio de armas. No podía explicarse el caso sino por la intervención de Satanás. Sólo al ángel del orgullo y la rebeldía era dable convertir las tiñosas ovejas en fieros tigres.

— ¡ Señor, Señor ! — exclamó el Preste, viendo á Gracián que salía de la Capilla, con el rostro congestionado y el andar trémulo.

¡ Prodigio, milagro, ó infernal sortilegio !
¡ Los gafos rebelados !... ¡ Los gafos cantando
el *Dies Irae* ! ¡ La pestilencia en armas !

— ¡ Mi caballo, mis hombres !... ¡ Pronto ! —
gritó Gracián de la Hompanera. — Abran
las poternas que dan á los barrancos. Por allí
saldremos. Traedme á mi hijo. Montadle en
la mula roja... ¡ Huyamos !

— ¿ Cómo huir ? — interrogó el Padre.

— Sí — afirmó Gracián. — Yo también he visto al fantasma de luz que habló á mi abuelo. Yo también he oído sus palabras. ¡ Huir ! ¡ Huir !... ¿ Será aún tiempo ?... ¡ El gafe ensangrentado... los perros mordiéndole... la gafe pidiendo mi cabeza !... ¡ El fin de mi vida !... ¡ El fin de mi raza !... ¿ En sueño ? ¿ Realidad ?... La imagen del San Lázaro de mi Capilla ha levantado al cielo sus manos de piedra, y luego ha hablado diciéndome : « ¡ Mis hijos te arrojarán de tu Castillo ! ¡ Mis hijos castigarán tus crímenes ! ¡ Plaza á los leprosos ! ¡ Plaza á los miserables !... » ¿ No les oyes ?... ¡ Piden mi cabeza, quieren que muera !... ¡ No hay sino la muerte ó la fuga ! ¡ Huyamos !

— Reflexionad Señor — dijo el clérigo — que todo eso que habéis visto, ó creído ver, no será sino vapores y vértigos, pesadillas y perturbaciones del sueño. Mandad que suelten los perros. Destacad, si no, á unos cuantos hombres de vuestra guardia, y, apenas aparezcan por la puente con las lanzas

bajas, veréis correr y desbandarse á la chusma enloquecida, que ya tiembla, sin duda, de su propio atrevimiento.

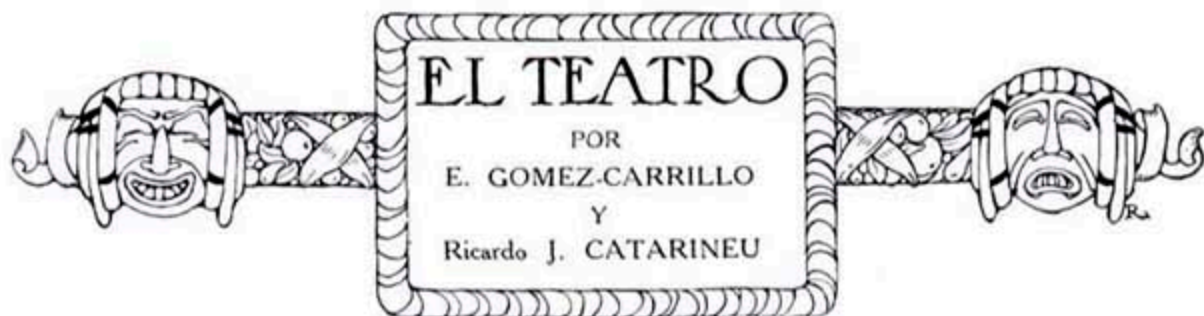
— No, no. Las lanzas se quebrarían al tocar los cuerpos hediondos de los leprosos. Los canes no les acometerían... Son intangibles... Las llagas les santifican, les hacen invulnerables. Dios les ha vestido de basura, como á otros de oro. Son los hijos de la muerte ; desde que nacen, la fea dueña de la calavera blanca les acuna, les mece, y cada una de las manchas que cubren sus rostros son la señal de un beso de la fiera nodriza... porque hay besos que dejan cicatriz... Son el ejército de la muerte, que se forma con todos aquellos á quienes injustamente ofendemos, perseguimos y martirizamos. Nuestro odio y nuestro desprecio les abanderiza en las legiones de la venganza... Cuando esas legiones se le-

vantan enfurecidas, nada ni nadie puede detenerlas... Es la inundación de la ira, mucho más espantosa que la de las aguas del Diluvio... Al sonar la hora de la justicia, tiemblan los poderosos de la tierra, como las hojas de los árboles al soplar los huracanes de Adviento... ¡ Huyamos, huyamos ahora de ellos... luego, de nosotros mismos, de la iniquidad que nos rodea, de la injusticia que nos guía, de la soberbia que nos hace crueles !...

Mientras entre nubes de polvo galopaba por los prados de Pilorio el Grande y Poderoso Señor de la Hompanera, seguido de sus mesnadas y de sus jaurías, los gafos entraban en el Castillo de la Oscurada, entonando el treno de la blasfemia :

« Llegue hasta el cielo la venganza
de nuestra injusta postración... »





EL TEATRO EN PARIS, por E. GOMEZ-CARRILLO.

Una temporada sin suerte. — Las tristes predicciones de Mme. de Thèbes. — No debemos esperar sino fracasos. — Predicciones confirmadas. — « Les Anges Gardiens », de MARCEL PRÉVOST. — « Le Phalène », de HENRI BATAILLE. — « Institut de Beauté », de CAPUS.

POR primera vez, puede decirse que una predicción de la famosa y engañosa Madame de Thèbes ha resultado cierta. Me refiero á la que en su último Almanaque anuncia para este año más fracasos que triunfos teatrales. He aquí las propias palabras de la sibila :

« Au théâtre, n'attendons rien d'extraordinaire avec 1914. Le théâtre va être, une fois de plus, une industrie bien réglée, exploitée par des spécialistes prenant le vent, faisant des pièces sur commande, au goût du jour et pour un jour. Mais une réaction se prépare en province, et trouvera de simples tréteaux où la foule viendra voir renaître et se continuer le théâtre qui est vraiment fait d'art et de liberté. »

Esta reacción salvadora, aún no hemos podido verla. Pero, en cambio, ya estamos asistiendo á los fracasos que la industria teatral, por bien organizada que esté, tiene forzosamente que provocar. Y no creáis que han sido autores de segundo ó de tercer orden, los que en este principio de temporada han tenido lo que se llama, en términos corteses, « un éxito apenas relativo ». No. Han sido los Bataille, los Marcel Prévost, los Capus.

Y la sorpresa debe de haber sido para ellos bastante grande, puesto que han demostrado en alta voz su disgusto y su indignación. Bataille amenaza á los críticos con no volverles á invitar á sus estrenos, y Capus acusa de malevolencia á los que han hablado con franqueza de su obra. Sólo Marcel Prévost sabe callar.

En *Les Anges Gardiens*, nos encontramos ante cuatro tipos de institutrices que representan el cosmopolitismo del gremio. Una de ellas es alemana, rubia, gorda: alemana de teatro, en fin; otra es italiana, muy italiana, con ojos negros y fogosos, con labios rojos, con movimientos bruscos: italiana de opereta; la tercera es luxemburguesa, insignificante; la cuarta es inglesa, con todos los signos típicos de su raza fría, egoísta y altiva. Cada una de estas muchachas sirve en una casa francesa, y todas se ven, se visitan y se confían sus proyectos. El fondo del alma de las cuatro es tan vil, que desde luego re-



Mlle. Génia, Mr. Arquillère y Mr. Harry Baur, en « Les Anges Gardiens ».

pugna. En una escena importante las vemos bebiéndose el vino de sus amos, hablando de ellos con odio. Pero esto no es nada. Desde Molière hasta Courteline, los dramaturgos han tenido siempre la costumbre de encarnar en los lacayos y en las sirvientas los más malos instintos de envidia, de rencor y de odio. Para encontrar seres de esa naturaleza, á decir verdad, no hay necesidad de recurrir, cuando se vive en París, á personajes extranjeros. Ayer mismo, en el proceso Peakes, vimos el torrente de hiel que las criadas de la infeliz acusada derramaban contra ella. Mas de lo que se trata es de demostrar, que todo el mundo de fuera tiene por fuerza que ser malo, y M. Marcel Prévost tiene necesidad de

buscar con sus cuatro institutrices los defectos de cada país.

Así, por ejemplo ¿ qué creéis que hace la institutriz alemana? Pues nada menos que robarse los planes de la movilización del ejército francés, para entregarlos á una agencia de espías á la cual pertenece. Me diréis que es extraño que una institutriz tenga al alcance de su mano documentos de esa naturaleza. En la vida, sí. En las comedias nacionalistas, no. La alemana sirve en casa del ministro de la guerra; el ministro de la guerra tiene en su alcoba los documentos secretos más importantes; la institutriz entra en la alcoba del ministro de la guerra, y se lleva los documentos.

La inglesa, por su parte, no es espía. Egoístamente, piensa más en sí misma que en su patria, y poco á poco se adueña de tal manera de la voluntad de su discípula, que al cabo de algunos años la hace abandonar á sus padres, y marcharse á vivir sola con su inmensa fortuna. Que la institutriz será la verdadera propietaria de esa fortuna, se adivina.

¿Y la italiana? Esta es con su belleza, con la que logra la ruina de la familia en cuyo seno vive. El hijo de la casa se enamora locamente de ella, y quiere hacerla su esposa. La madre del niño, como es natural, se opone á tal alianza, y despide á la intrigante. Antes de marcharse, ésta provoca la ruina de la familia, revelando los secretos que ha sorprendido en las cartas que tenía encargo de poner en el correo.

La luxemburguesa, en fin, dulce, pasiva y perezosa, conquista el corazón de su amo, y se escapa con él camino de Buenos Aires.

Yo me pregunto, después de evocar estas cuatro aventuras de una tan inocente y tan simplista xenofobia, si el nacionalismo no comienza ya á ser para la literatura francesa un veneno mortal. Porque, verdaderamente, viendo hasta donde llega la pasión no patriótica sino patrioter, la que halaga bajamente los más bajos odios, teme uno el día en que, siguiendo las huellas de los Marcel Prévost, de los Henri Lavedan y de los Gaston Lerroux, todos los grandes dramaturgos se conviertan en rivales de Deroulède y de León Daudet.

Henri Bataille no ha explotado aún el filón patriótico. Lo que le atrae, es la psicología en lo que tiene de más especial y de más monstruoso. Sus personajes no son nunca vulgares. ¡ Ah, no! Desde la época ya lejana en que iba á buscar, en el fondo del alma legendaria, los sentimientos que animaron sus primeras creaciones, hasta estos últimos años en que la psicopatía parece ser el terreno de sus experimentos, nunca ha dejado de adorar los más extraños casos y las cosas más singulares. La heroína del « Phalène » es una muchacha enferma, enferma del cuerpo y enferma del espíritu. Los críticos quieren reconocer en ella á María Bartkirscheff, la linda niña rusa glorificada por Maurice Barrés, con el nombre de Nuestra Señora del Sleeping-Car. Pero, en realidad, esta semejanza no reside sino en los detalles

exteriores. El interior es, en la heroína de Bataille, del todo original, y hasta puede decirse del todo inventado. En pocas palabras, he aquí la aventura. La Phalène, rica, joven, bella, tiene dos grandes amores: el de su arte, y el de su novio. Sus amigas la envidian, porque parece muy feliz. Sólo que ¡ ay! una terrible inquietud la angustia: « ¿ Estoy física? », se pregunta. Un día, al fin, un médico le contesta: « Sí ». Y agrega: « Tiene V. para cuatro años de vida, ni uno más. » Ahora bien, como cuatro años es un plazo demasiado breve para realizar su ensueño de artista, renuncia á la escultura. También renuncia á casarse. ¿ Para qué hacer desgraciado á un hombre que la adora? Con una violencia inverosímil se precipita en la vida de bohemia, rodeada de escultores cínicos y de poetas melencólicos. Mas por mucho que hace, ni logra olvidar á su novio, ni logra que él la olvide. Se aman. Y después de un breve idilio, no pudiendo ni siquiera esperar el plazo marcado por la ciencia, ella se mata.

Las reflexiones que una obra cual ésta puede sugerir á los críticos, se adivinan fácilmente. Todas las filosofías de la desesperanza y de la fatalidad están ahí comprendidas. Mas sea por pereza de espíritu, sea por cansancio, lo cierto es que los llamados á juzgar el « Phalène », no han querido ver en él sino una comedia desagradable, en la cual no se reconoce ni la gran habilidad ni el gran genio poético del autor. « Ce n'est pas du bon Bataille », dicen todos. Y sólo Bataille, encariñado con su creación, jura, invocando el nombre de los dioses, que jamás ha hecho nada más bello, y que si los críticos, unánimes, le condenan, es, á no dudarlo, porque se han vuelto ciegos.

Capus, más optimista, se consuela de las agrias censuras de la prensa con los elogios de los amigos. « Los que me atacan — dice en un artículo del Figaro — son los representantes del espíritu judío, tan enemigo del genio francés ». Esta es una copla muy socorrida en nuestra época de nacionalismo exasperado y exasperante. « ¿ A V. le gustan las obras de Bernstein?... Es porque no comprende V. el genio nacional... porque está V. dominado por el espíritu judío... ¿ A V. no le gustan las novelas de Monsieur Henri Bordeaux?... Es porque no puede V. sentir las

nobles cualidades de la raza... porque tiene V. el gusto corrompido por los judíos ». Por ahora, aún hay una vasta élite « que se ríe » de esta odiosa mentalidad creada por los Drumont, los Maurras y los Daudet. Pero, poco á poco, las nuevas generaciones van cayendo, ó bien en un sectarismo radical y laico que niega la belleza de todo aquello que entraña fé é ideal, ó bien en ese nacionalismo antisemita que por todas partes ve la sombra amenazadora del judío.

Para ser justos hay que confesar, que á Capus no son sólo los judíos los que le critican esta vez agriamente. Los cristianos también. He aquí, justamente, al muy grave crítico del muy anciano *Journal des Débats*, el cual dice cosas que ni á traducir me atrevo, y que son, á saber:

« Il y a dans la comédie de M. Capus des répliques charmantes, des maximes d'une vérité plaisante, des dialogues ingénieux: il n'y a point de pièce.

« J'ai supprimé soigneusement tout ce qui pouvait ressembler à du théâtre », dit Mme Lagraine qui vient de composer un drame: M. Capus a fait comme elle.

« On aurait donc le plus grand tort de reprocher à M. Capus d'avoir brodé sa comédie sur une trame légère. Ce n'est pas de la trame qu'il faut se plaindre, mais de la broderie, qui est un peu pauvre. M. Capus n'a pas mis d'intrigue dans sa pièce: c'est son droit. Seulement il n'a rien mis d'autre, ou presque rien.

« Il aime le vide: quand il a réussi à supprimer les caractères et les événements, il se sent à l'aise; et il écrit alors un dialogue délié, où il n'y a ni passions, ni intérêt, mais

parfois de fines remarques. On écoute sans ennui, et même avec plaisir. On n'est pas touché, et comment le serait-on? Les personnages eux-mêmes vont et viennent sans émotion. On les laisse faire; on les regarde, ou on regarde la salle. Quelquefois, un mot étincelant et léger s'envole de la scène; on applaudit.

« Cet art de la pièce inutile est devenu propre à M. Capus. Je ne sais pourquoi. Les meilleurs de ses ouvrages sont ceux où il y a quelque chose:

les Maris de Léontine sont un « vaudeville » à caractères, et tout à fait délicieux; *Monsieur Piégis* est le plus pittoresque des portraits. Cependant, on peut reconnaître, disséminée à travers sa carrière, une suite de pièces où il n'y a rien. Il serait peut-être temps que cette série fût close. »

Todo esto es de una severidad grande; pero todo es grandemente cierto. El buen Capus que un día tuvo un acierto gentil con *La Veine*, sigue viviendo de aquel éxito. Lo demás de su teatro es, como lo dice el crítico de los *Débats*, vacío, y no sólo vacío de asunto, sino también vacío de gracia, vacío de encanto, vacío, vacío en fin. El deseo de que esa serie termine, es, pues, muy legítimo, y no se necesita ser judío para expresarlo.



Mlle. Yvonne de Bray en « Le Phalène ».

E Gomez Carrillo

(Dibujos de Yves Marévéry.)

EL TEATRO EN ESPAÑA, por Ricardo J. CATARINEU.

Los pastores. — *Nuestro enemigo.* — *Mirandolina.* — *La toma de la Bastilla.* — *Hablando se entiende la gente.* — *Celia en los infiernos,* de PEREZ GALDOS. — *El lobo,* de DICENTA. — *El amor bandolero,* de LOS ALVAREZ QUINTERO. — Otros estrenos menos importantes.

Los pastores son una linda comedia en dos actos, con qué Gregorio Martínez Sierra ha enriquecido su repertorio hace pocas noches en el Teatro Lara. Ha obtenido éxito excelente, pero no clamoroso. Los aplausos eran espontáneos, pero tímidos. Sin embargo, el agrado parecía general y, al salir al vestíbulo á conversar los espectadores, ninguno de éstos recataba su opinión enteramente favorable al dramaturgo. ¿Por qué, pues, no se sentía en la sala una corriente eléctrica de entusiasmo, como otras veces, como en *Canción de cuna*, por ejemplo? Las razones habrá que buscarlas en el ambiente triste de toda la obra, en su tonalidad gris, en lo doloroso y pesimista del desenlace; quizás también en las languideces añadidas por los intérpretes.

Para mí, hay varios méritos en *Los pastores* que hacen de esta producción una bellísima obra de arte. Por lo pronto, los caracteres, aun siendo de un candor primitivo, según á un medio campesino corresponde, están firmemente delineados. Hay tipos episódicos hechos de mano maestra; tales un infeliz capellán de monjas (que efímeramente cruza la escena, sólo para traer una mala noticia) y el nuevo pastor de almas del pueblo, sacerdote almibarado y, con *altrezzo*, moldeado á la moderna, y donosamente envuelto por el autor en leves ironías.

Estamos en la paz de un pueblecillo rústico. Llevan allí treinta años de vegetar, mejor que de vivir, el viejo párroco interino — con una interinidad indefinida, caso en España bien frecuente — y el anciano médico titular. Son respectivamente el pastor de las almas y el de los cuerpos. Con su ingenua mediocridad, ayudada en el uno por la dócil ignorancia de sus feligreses, y en el otro por las buenas condiciones higiénicas

del lugar, acertaron siempre á tener á sus sendos rebaños en la mejor salud espiritual y física. Mas he aquí que, de pronto, un nuevo obispo decide someter á examen á cuantos sacerdotes vienen regentando algún cargo provisionalmente, para confirmárselo en posesión definitiva, ó privarles de una vez de él, según demuestren aptitud ó ineptitud al ser examinados. Y nuestro buen D. Antonio, un ángel con sotana, en el cual la ciencia no corresponde á la bondad de corazón, se encuentra bruscamente desposeído de su curato. No es la única víctima; también el Ayuntamiento ha acordado por unanimidad substituir al médico envejecido por otro doctor joven, que reemplazara, en casos de enfermedad de garganta, las tradicionales pinceladas de limón con las inyecciones de última moda. No pueden ser censurados ni el Obispo ni el Municipio; tanto la resolución del uno como la del otro están fundadas en evidentes motivos de utilidad pública. Si el autor satiriza con dejo elegantemente irónico á los nuevos pastores de almas y cuerpos en el pueblecillo, sólo ha de atribuirse á que se ha encariñado excesivamente con sus personajes. Mas, no por razonada, la desventura de D. Antonio y de D. José María es menos dolorosa. Cuando el uno, con su honrada resignación atea, y el otro, con su ideal de fé inextinguible, lamentan juntos su vejez desvalida, sus lamentos nos invaden de viva emoción. La figura del anciano y desairado sacerdote, deshecho en lágrimas de amargura, y abrazado siempre, con el alma en los brazos, á su idolatrada Imagen de la Virgen María, está aureolada de una dulce y mayestática serenidad. Este enaltecimiento del creyente invencible hace honor á la imparcialidad del dramaturgo, el cual acaba de insinuarnos bien claramente en otra

escena anterior su propio descreimiento.

La repetición del tema da á la nueva comedia cierta monotonía, y el relampagueo de algún personaje episódico gracioso no basta á iluminar este cuadro tan triste. De ahí, que sólo nos deje impresión de piedad, de zozobra y de angustia. Pero está escrita *Los pastores* con arte supremo, es rica de ingenio, y habilísima de composición. Por esto, el espectador, sin llegar á los entusiasmos de aquel soberbio primer acto de *Canción de cuna*, tan amplio y luminoso, va sintiendo acrecentarse gradualmente su interés, convierte su simpatía por los personajes en noble compasión, y admira el talento del comediógrafo, que nuevamente ha dado una nota personal de originalidad, y una gallarda muestra de dominar plenamente la técnica de su arte.

Catalina Bárcena, la joven y bella actriz, á quien el público de Lara adora ya lo suficiente para exagerar sus aciertos y disculparla en sus errores, ha acertado esta vez en gran manera durante toda una escena del primer acto. Representa á una muchacha seducida por un señorito, el cual acaba por casarse con ella, gracias á las exhortaciones, primero, y á la energía, después, del santo cura D. Antonio.

Leocadia Alba, en su parte de hermana del sacerdote jubilado, y Joaquina Pino, en sus graciosas altiveces de orgullosa alcaldesa, estuvieron cercanas á la perfección.

De los actores, sobresalió un joven desconocido, el Sr. Collado, muy aplaudido en breve papel episódico.

Ramón Peña, tan celebrado hace un año en Eslava, por su creación del protagonista de *Petit Café*, no ha encajado plenamente en Lara hasta ahora.

La interpretación del D. Antonio de *Los pastores* ha sido una derrota para él. Su mala dicción le perjudica, aparte de lo



Mlle. Marthe Régnier y Mr. Brasseur en "L'Institut de Beauté".
(Página 246.)

incolore y desmayado que ha creado el personaje.

José López Pinillos, el cronista *Parmeno*, es actualmente una interesante figura de nuestro arte escénico. López Pinillos es tal vez un naturalista rezagado y exagerado. Quizás se recrea en mostrarnos cacerías y horrores, en pintar lo innoble y lo desagradable. Así, en *El pantano* como en *La casta*, el drama es vivo, intenso, real, pero excesivamente recargado de notas repugnantes. Mas esta misma tosquedad selvática, esta despreocupación de convencionalismos, este arrojo para lanzarse á lo más escabroso y menos

dulce, hace del naciente repertorio de López Pinillos un poderoso tónico de nuestra dramaturgia. Ve'l la causa de que, en el mundo de los intelectuales, principalmente, sus estrenos despierten tanto interés.

En *Nuestro enemigo*, drama representado por primera vez en Price, López Pinillos se ha desviado de su habitual camino. Esta desviación no ha sido involuntaria, sino preconcebida; ha querido escribir una tragedia popular para Enrique Borrás expresamente. Se ha inclinado del lado del romanticismo, aunque sin renunciar enteramente á sus antecedentes naturalistas. Pero la discutida personalidad literaria de López Pinillos es tan vigorosa, que, aun contra el propio intento, en *Nuestro enemigo* advierte al más lego las mismas bellezas y los mismos defectos de *La casta*, *El pantano*, y *Hacia la dicha*: bellezas de honrada sinceridad artística, defectos debidos á un mal gusto literario, que le hace al autor, si ve un charco en un sitio y en otro una floresta, tirar por la vereda que le lleva al charco. Las tosquedades y durezas de López Pinillos, más que en los actos de sus personajes, están en cómo hablan éstos, y qué violentas palabras se dicen.

Nuestro enemigo ha conseguido un triunfo aceptable. Pese á algunos recursos melodramáticos y á cierto artificio de toda la trama general, el drama tiene siempre estos dos viejos é inagotables resortes para imponerse á las muchedumbres: pasión é interés. No faltan además escenas aisladas de sobriedad admirable; es una de ellas la última del acto primero, y es otra con la que finalizan el tercero y la obra.

Estamos ante un caso pasional, como queda dicho. Es en un pueblo andaluz y entre gentes místicas. Antolín, casado, ha seducido á Juana, soltera. Cándido, el padre ultrajado, exige vanamente la reparación. Bastián, aun advertido de la deshonra de la hermosa, cree que no fué lance de amores, sino delito de un facineroso en el monte, y en esta creencia hace á Juana su esposa. Pero, en el acto segundo, el regreso de Antolín y la repulsión de su antigua amante hacen que el drama estalle con todo vigor, y que los dos hombres se pongan frente á frente. Después, cuando ya estaba próximo á lógica solución pacífica el grave conflicto, Antolín, por un brusco movimiento impulsivo del momento, matando sin querer matar, hunde su cuchillo en el corazón del rival triunfante.

Lo malo de este drama está en los pegotes melodramáticos de los episódicos. Lo más hermoso y fundamental de *Nuestro enemigo*

(nuestro enemigo es el corazón, que nos maneja arbitrariamente con sus instintos y arrebatos) está en que la catástrofe no se produce por voluntad de los personajes, sino por ley de la fatalidad, que gravita sobre ellos.

Enrique Borrás, en *Antolín*, se ha mostrado admirable, en la composición del personaje principalmente. La Sra. Adamuz ha deslucido su importante papel, por tomar el mismo tono alto del final desde las primeras escenas.

En general, la interpretación es deficiente. La compañía de Borrás, como casi todas las compañías españolas de hoy, ofrece un lamentable conjunto. Es Borrás la unidad seguida de ceros.

No es posible hablar de malas compañías sin recordar la de Rosario Pino. Esta insigne actriz ha dado treinta funciones en el Teatro de la Princesa. La última de ellas ha sido su despedida solemne del público de Madrid. Benavente, Martínez Sierra, Linares Rivas, Dicenta, Ramos Carrión, leyeron trabajos encomiásticos de la artista. Muchos y muy valiosos admiradores de ésta obsequiaronla con un álbum, donde van sus firmas al pie de un adiós afectuoso.

La actual campaña de Rosario Pino ¿será, en efecto, la postrera? ¿Se arrepentirá, por el contrario, de su cruel decisión, y nos dará nuevas ocasiones de aplaudirla? Ojalá sea esto último, y bien venida sea... si viene sola. ¡ Porque son de ver los actores que ahora nos ha traído! Estos sí que deberían retirarse definitivamente, y no Rosario Pino, la intérprete española sin rival de las comedias psicológicas modernas, la actriz toda sencillez y naturalidad y feminidad y buen gusto.

Rosario Pino nos ha brindado, por única novedad en sus programas, una traducción de *La locandiera*. Titúlase la versión castellana *Mirandolina*, y el traductor es Cristóbal de Castro, con nombrar al cual ya queda elogiado su trabajo, siempre florido y elegante.

En la interpretación de *Mirandolina* estuvo felicísima la Sra. Pino, y cuenta que en nuestra memoria flotaba aún el recuerdo de Tina di Lorenzo, de Lyda Borelli y de la propia colosal Eleonora Duse, en el mismo papel.

La prise de Berg-op-Zoom ha fracasado en el Teatro de la Comedia, resueltamente. No he visto caso tal de inhabilidad

como el del Sr. Cadenas, para la elección de teatros donde colocar sus traducciones. El año pasado llevó á Eslava *L'habit vert*, y, naturalmente, no pasó la obra de la primera noche; en la Comedia es probable que hubiera gustado. Ahora, por el contrario, para un *vaudeville* muy subido de color, ha elegido el Teatro de la Comedia, donde el público se asusta de todo, y la caída ha sido irremediable; quizás en Eslava no hubiera sucedido lo mismo.

Además, el Sr. Cadenas traduce mucho y muy aprisa, con lo cual no es preciso añadir que traduce mal. No busca nunca una equivalencia ingeniosa, sino siempre la frase literaria, que á veces en francés tiene gracia y en castellano no. Los autores franceses hacen un mal negocio vendiendo sus obras á un tanto alzado, y á quien dé más por ellas. Seguramente, á la larga, ganarían cuarenta veces más dinero, si se reservaran un tanto por ciento (para que no adquirieran las comedias los empresarios, sino los escritores) y exigieran garantía literaria á los *traduttori*, que en España son *traditori*, generalmente.

Hablando se entiende la gente, es el título de un nuevo entremés de los ilustres hermanos Alvarez Quintero, en el pequeño y bonito teatro que lleva por nombre, en la fachada principal, los apellidos de estos autores en letras de oro.

El asunto de *Hablando se entiende la gente*,

es el mismo de casi todos los entremeses debidos á los dos saineteros sevillanos, ó sea la primera conversación entre una muchacha y un muchacho, á los cuales les basta con hablarse esta vez para quedar enamorados definitivamente.

El nuevo entremés ha obtenido un gran éxito de risa.

He retrasado el envío de esta crónica de arte dramático á *Mundial*, para alcanzar algunos estrenos de importancia. Tales, el

de *Celia en los infiernos*, de D. Benito Pérez Galdós, y el de *El lobo*, de D. Joaquín Dicenta. Este último drama fué estrenado anoche. Ni el tiempo, que me falta (porque los revisores teatrales hemos trabajado fieramente desde hace quince días, no quedándonos bastantes momentos libres ni para

reseñar siquiera lo que veíamos) ni el limitado espacio de que dispongo, me permiten abarcar también en este artículo el relato y juicio de *La malquerida*, de Benavente, que se estrenará hoy. Aplacemos, cuando menos, esta novedad para el número próximo. Ahora tenemos ya sobrada tarea.

La comedia de Pérez Galdós, *Celia en los infiernos*, responde plenamente al inmenso prestigio de su autor. Es una admirable mezcla de ensueño y realidad, de ternura y gracia. Un crítico insigne, D. Manuel Bueno, ha dicho que Galdós ha querido esta vez llevarnos al planeta Utopía. Es

cierto, pero añadamos que sin alejarnos por ello de la Tierra. Estamos ante el anhelo generoso de un gran artista, mas también al propio tiempo ante el cuadro verídico de un fiel observador.

Las producciones dramáticas de Galdós sobresalieron siempre por la abundancia de



Mlle. Mistinguett y Mr. Guy, en "L'Institut de Beauté" (página 246).

ideas y verdad de los caracteres. Pero su merito no se reduce á estas dos condiciones, ya de tanto fuste. Tiene además Galdós un españolismo irreductible y una originalidad prodigiosa. Hasta sus defectos son tan suyos, que en ningún otro escritor sería fácil encontrarlos. Su infantilismo, por ejemplo, es personalísimo. Aún cabe agregar, que este infantilismo da á su obra nuevo encanto. Asistimos á las obsesionantes inquietudes de un alto pensador, y á la vez se dijera que experimentábamos la sensación de escuchar un cuento para niños. Este doble aspecto del dramaturgo transparentase en *Celia en los infiernos* con tanta luminosidad, como en ninguna de sus comedias anteriores.

Celia es una joven marquesita huérfana, á la cual pone, en las primeras escenas, su tío y tutor D. Alejandro en posesión de su enorme caudal, ascendiente á varios millones de duros. Teniendo la muchacha no pocos pretendientes, ricos, elegantes, deslumbradores, decide casarse, sin embargo, con un mozo inteligente y modesto. La elección recae en Germán, humilde empleado de la casa, con sueldo de 50 duros mensuales, y en concepto de secretario ó algo así. Pero he aquí que Germán ha seducido y deshonrado á Ester, la hermana de leche de Celia. No se trata de una criada vulgar. Se ha educado Ester como una señorita, porque su ama la distinguió siempre con fraternal afecto. La niña millonaria y voluntariosa arroja de su palacio á los amantes, que ruedan á la miseria y á la infamia. Mas luego, movida siempre por impulsos del corazón, tiene el raro capricho de buscar á Germán en las ínfimas capas sociales, y bajar á contemplar por sus propios ojos los infortunios de los desheredados y miserables. Celia



(Cl. Alfonso.)

El Sr. Peña y la Sra. Bárcena, en una escena de la comedia "Los Pastores", original de Don Gregorio Martínez Sierra, y estrenada con mediano éxito en el Teatro Lara de Madrid.

y su anciano maestro D. José Pastor disfrázanse con trajes rústicos, y descienden del cielo de los poderosos al infierno de los desvalidos. La marquesita derrama consoladoramente su dinero, encuentra á Germán, unido siempre con Ester, en una fábrica de trapos, compra la trapería, hace que los amantes se casen, y aléjase, en fin, á llorar su soledad y su amor contrariado. ¿No es verdad que todo esto tiene el aire de un cuento infantil?

Pero los hechos dramáticos son lo de menos en *Celia en los infiernos*, como en todas las creaciones galdosianas. Lo importante está en el noble anhelo reformador, en la pintoresca y diversa exhibición de ambientes, en el hondo estudio de las almas, en la trascendencia del pensamiento culminante, en las ideas que sugiere la obra. Lo íntimo vale más que lo externo. La verdad del cuadro se sobrepone al interés de la acción. Si Celia baja á los infiernos, no es únicamente por un fútil capricho, sino para demostrarnos cómo, aunque los ricos supieran de veras y trataran de mitigar con su dinero el padecer de los pobres, nunca bastaría la caridad para remediar el presente desequilibrio social. Más que la caridad, los postergados demandan y necesitan la justicia. El ejemplo de Celia, por otra parte, es el caso aislado: en el sacrificio siempre está la excepción. La marquesita de Montemontoro, sentenciada al destino de procurar la felicidad de los demás sin ser feliz ella, representa algo así como un condenado en el cielo. Por el contrario, en el infierno hay santos. Galdós nos pone en directa comunicación con dos de ellos: son el obrero socialista Leoncio y el memorialista nigromántico D. Pedro Infinito. ¡Oh, D. Pedro



Enrique Borrás, en una escena de "Nuestro enemigo", drama del Sr. López Pinillos estrenado en el Teatro de Price, de Madrid, y en cuya interpretación obtuvo Borrás un triunfo exclusivamente personal.

Infinito, cuán singular é interesante personaje! Es una mezcla de soñador y pícaro, como tantos otros héroes galdosianos. En él ha recogido D. Benito los dos más gloriosos antecedentes de la literatura española: el culto de lo sobrenatural y la simpatía por lo picaresco. D. Pedro Infinito consuela á los pobres con el tesoro de la fé, que á él le falta. Y á la vez les explota cobrándoles el módico estipendio correspondiente á sus supercherías. Así, mantiene á los menesterosos en cierta dicha relativa, con su confianza en las estrellas y su ceguera en el engaño.

Ester y Germán sirven para probarnos que no hay desventura sin remedio, ni baja-jeza sin redención. De obreros modestos, serán felices. Su rehabilitación se ha conseguido mediante el esfuerzo de la voluntad. Gracias á la paz espiritual que da el trabajo, quedan rehabilitados, tal como los despojos arrojados á la basura saldrán de la fábrica de trapos convertidos en nuevas y bellas fuentes de riqueza.

Es *Celia en los infiernos* algo muy pueril y, á la vez, muy serio. Su autor ha triunfado por estas dos insignes cualidades, propias de los grandes dramaturgos; el símbolo está diluido en palpitaciones de vida, y los personajes son representativos, pero también humanos.

Los actores del Teatro Español — con la

excepción del Sr. Santiago (D. Pedro Infinito) en todo su papel, y de la Srta. Palou (Ester) en una escena del primer acto — no han sabido mostrarse á la altura de la obra. Han conseguido sostenerse á veces, y no ha sido poco, dentro de lo discreto, pero sin llegar nunca á lo notable.

D. José Millán Astray, actual jefe de la policía de Barcelona, es hombre de corazón, de bravura, y de muy pintoresca é ingeniosa charla. Fué director de varios presidios, y en todos ellos supo hacerse respetar y querer simultáneamente. De su vida oficial, cuéntanse, y él mismo refiere, peregrinos lances. Una de estas anécdotas ha servido ahora á Joaquín Dicenta para base de su nuevo drama.

Cierto que *El lobo* no hubiera obtenido jamás en Price el gran éxito de anoche, si no hubiera tenido otro interés que el de su argumento. Con el suceso puesto en circulación por Millán Astray, apenas había para un acto. Ya los señores Jackson Veyán y Francos Rodríguez lo utilizaron en una zarzuela de cortas dimensiones. Hasta

en películas cinematográficas hemos visto reproducido é idealizado el hecho. El mérito principal de Dicenta estriba en haber sacado tanto partido de él, prolongando, hasta llenar tres actos, lo que apenas brindaba materia para uno, y el milagro se ha hecho por la habilidad técnica, por el ímpetu y brillantez del diálogo, por la verdad del ambiente y por la pujanza pasional de los personajes, singularmente del protagonista.

Pertenece *El lobo*, sin duda, al teatro efectista y romántico. Las figuras del drama son caracteres *rectilíneos*, como suele decirse. Claro es que Dicenta sabe hacer obras de mayor enjundia, y no pocas veces lo demostró. No es necesario remontarnos á su acierto supremo de *Juan José*. Recordemos nada más el ejemplo de *Sobrevivirse*. Ahora se trata únicamente de un drama á la medida, con un tipo de encargo para Enrique Borrás, gran actor popular, y escrito expresamente para el Teatro de Price, eminentemente popular también. Nadie tan indicado como Joaquín Dicenta, poeta cantor del pueblo, para llenar holgadamente estas dos condiciones. Pero téngase en cuenta, que no ha escrito un drama de gente baja por haberlo sentido y por espontáneo gusto de escribirlo nada más, sino con el deliberado propósito de complacer á un auditorio de aficiones especiales, concretamente determinadas. Por esto ha sacrificado á veces la verdad al efecto, y ha dado más importancia á la acción externa que á la psicología de los personajes. El triunfo ha sido, pues, hábil, y justo es consignar que ha sido también enorme, clamoroso. Al terminar el tercer acto, se vió llamado á escena Joaquín Dicenta doce ó catorce veces.

El drama es un monólogo coreado, según ya he dicho. El protagonista predomina constantemente sobre todo lo demás de la obra: pensamiento, intriga y personajes. Borrás ha representado este tipo de viejo presidiario de dura corteza y noble corazón muy acertadamente. Cuando el niño nació, su madre le echó al monte. Allí le recogieron abandonado los pastores y fueron tan duros para él, que, al tocar en la adolescencia, vióse obligado á dar muerte á uno de ellos. Huyó por la sierra para salvarse; fué bandolero terrible y temido; sus hazañas difundieron su nombre; la Guardia Civil no se daba reposo para alcanzarle; y, en fin, tras de uno de sus crímenes, cayó *el Lobo* en poder de la justicia, rodando de penal en penal, y haciéndose en todos éstos el amo desde el primer día. En este aspecto, ya blancos los cabellos, pero siempre vigorosos los puños, nos lo pre-

senta en el patio de un presidio Joaquín Dicenta.

Hesco, rudo, envenenado, jamás recibió *el Lobo* caricias de nadie. De pronto, la hija del Director de la Cárcel, niña de pocos años, se acerca á él, le entretiene con el vivo charloteo de su media lengua encantadora, le pasa los brazos en torno del cuello y, finalmente, le besa en las mejillas. Este beso despierta el corazón dormido del presidiario. No cesa de pensar en la chiquilla, desde entonces; por verla dichosa, diera su propia sangre.

En tales circunstancias, y acaudillada por el *Pajarito*, estalla en el penal una sublevación. *El Lobo*, de un ágil salto, se interpone entre los amotinados y el Director del Penal, á quien aquéllos tratan de herir. Resguarda al funcionario con su cuerpo, y es él propio quien recibe el navajazo del *Pajarito*, dando así tiempo al director para avisar y defenderse. Cierzo que el crimen del *Pajarito* no queda impune, porque el *Lobo* en sus brazos le tritura.

El protagonista muere en el acto último; hacia falta *matarle*, para que tuviera una nueva escena de lucimiento Enrique Borrás. La ovación ha sido delirante, en efecto, cuando *el Lobo* ha rodado muerto por tierra, y la hija del Director se ha aproximado á besarle en la frente.

¿Estarán, efectivamente, escondidos en los presidios los grandes corazones? La lógica — confesémoslo con toda lealtad — nos inclina á sospechar que no.

Por el nombre prestigioso de sus autores, ya que no por el mérito intrínseco de la obra, debemos registrar especial mención en estas columnas de *El amor bandolero*, zarzuela muy aplaudida por los incondicionales de los Sres. Alvarez Quintero, si bien desdeñada por el público, que ha desertado del teatro donde se representa.

D. José y su hija Florecia se han disfrazado de aldeanos, y se han refugiado en un cortijo andaluz. Ha sido el único recurso que el buen padre ha encontrado, para librarse de las incesantes persecuciones del novio de su hija. Me concederéis que el caso es bastante más excepcional que el de los disfraces de Celia y D. José Pastor, en la última comedia galdosiana.

Chicho Fantasia es un mocetón de tanto miedo como fanfarria. Corteja ahora á Florecia, y seguramente se apresurará á dejar libre el puesto en cuanto el novio se presen-



(Cl. Alameda)

Una escena de "Mirandolina" versión castellana de "La locandiera", hecha por el distinguido colaborador de "Mundo" Cristóbal de Castro, y estrenada por Rosario Pino en el Teatro de la Princesa de Madrid.

tara. Así ocurre, al final. Lo curioso es el truco ideado por los autores para el momento de la presentación.

Toda la comarca está aterrorizada bajo la amenazadora proximidad de un bandolero célebre, á quien se conoce por el nombre de *Alarde*. Llega éste al cortijo donde se oculta D. José, obliga á que le franqueen la puerta, siembra un terror pánico por doquiera, y entra al fin... La jaula está vacía. Florecia y su padre han huido ya. *Alarde* lánzase en su persecución, llega á una venta, allí sorprende á Florecia, y huye con ella para hacerla su esposa. El supuesto *Alarde* no era otro sino Carlos, el novio de la moza.

Los Sres. Alvarez Quintero se han limitado á interesarnos con este embrollo, que tira algo á melodramático, y á divertirnos con algunos chistes, no siempre oportunos, y con la eterna situación cómica del miedo, personificada esta vez en *Chicho Fantasia*.

La música pudo haber dado amparo á la letra, pero no ha sido así. Los Sres. Alvarez Quintero se han procurado, para *El amor bandolero*, la colaboración de dos compositores inexpertos, los Sres. Bravo y

Torres, que no han tenido la buena suerte de acertar. Casi todos los números musicales fueron siseados; repetido, ninguno. Creo, por mi parte, que el público se mostró severo excesivamente. Mal se compagina esta severidad excepcional, con otras generosas indulgencias de todos los días.

El retablo de Agrellano, del poeta Marquina, se estrenó en el Teatro de la Princesa y no gustó. Tiene bellísimos fragmentos de verso, y escenas que enaltecen el talento de su autor. Si no le dedico mayor atención, no es por falta de mérito suyo, sino por escasez de tiempo mío. Las dos graves faltas de *El retablo de Agrellano*, son la confusión y la languidez. El asunto es una nueva versión de la leyenda de la venta de un alma al Diablo (el poema del monje Teófilo, el de Fausto, el de *El jardín engañoso* y otras versiones legendarias inmortalizaron este símbolo poético) pero en la producción de

Marquina está el sentido de la leyenda un poco alterado, y estas modificaciones se entienden mal. Tal vez leída la obra, tenga mayores alicientes que representada.

Apolo nos ha ofrecido la zarzuela ; *Si yo fuera Rey!* con libro un poco vulgar é incoherente del Sr. López Monis, y música admirable del maestro D. José Serrano. Sin embargo, la partitura, con ser muy bella, cansa por su abundancia. Es larga, fatigosa, y apenas deja espacio para la indispensable conversación de los personajes. La trama se reduce, á que un anciano rey abandona el trono, á cambio de recobrar la juventud en una fuente de milagrosas aguas, mientras cierto impostor hace suya la corona, amparándose con la posesión engañosa de los regios vestidos y atributos. Una revolución popular derriba al usurpador, hundiéndole para siempre en la desventura. En tanto, el monarca electivo no sueña en recobrar el poder, por el cual volvería á la desgracia. Es enteramente feliz ahora, porque se ha hecho dueño de los dos tesoros incomparables : el amor y la juventud.

El público de Apolo ha recibido esta zarzuela con aplauso benévolo, sin ningún entusiasmo.

Aún quedan dos óbritas que merecen ser recordadas : la discretísima comedia *D. Juan de Carillana*, original del joven escritor D. Jacinto Grau, de quien podemos esperar mucho, si hemos de juzgar por esta linda muestra, y *A la orilla del Ebro*, del ilustre pintor catalán Apeles Mestres, versión castellana de Pablo Parellada. Es *A la orilla del Ebro* un ingenioso capricho, en que van dulce y hábilmente entreverados lo risueño y lo sentimental.

Del teatro extranjero, han traducido el Sr. Gutiérrez Más *La demoiselle du magasin*, el Sr. Aragón *Le secret*, el Sr. Asensio Más *Le Million*, y el Sr. Alberti *La rue du Sentier*, transformada en *La morera de plata*. Todas estas producciones se han estrenado ya, y, aunque aplaudidas, ninguna de ellas ha logrado gran fortuna en la escena española.

De prueba ha sido este mes para los revisores teatrales. Aún me he dejado en el tintero, como suele decirse, ocho ó diez comedias. ¡ Dios nos socorra !

Ricardo Hatarey

CEDI



Almas Luminosas

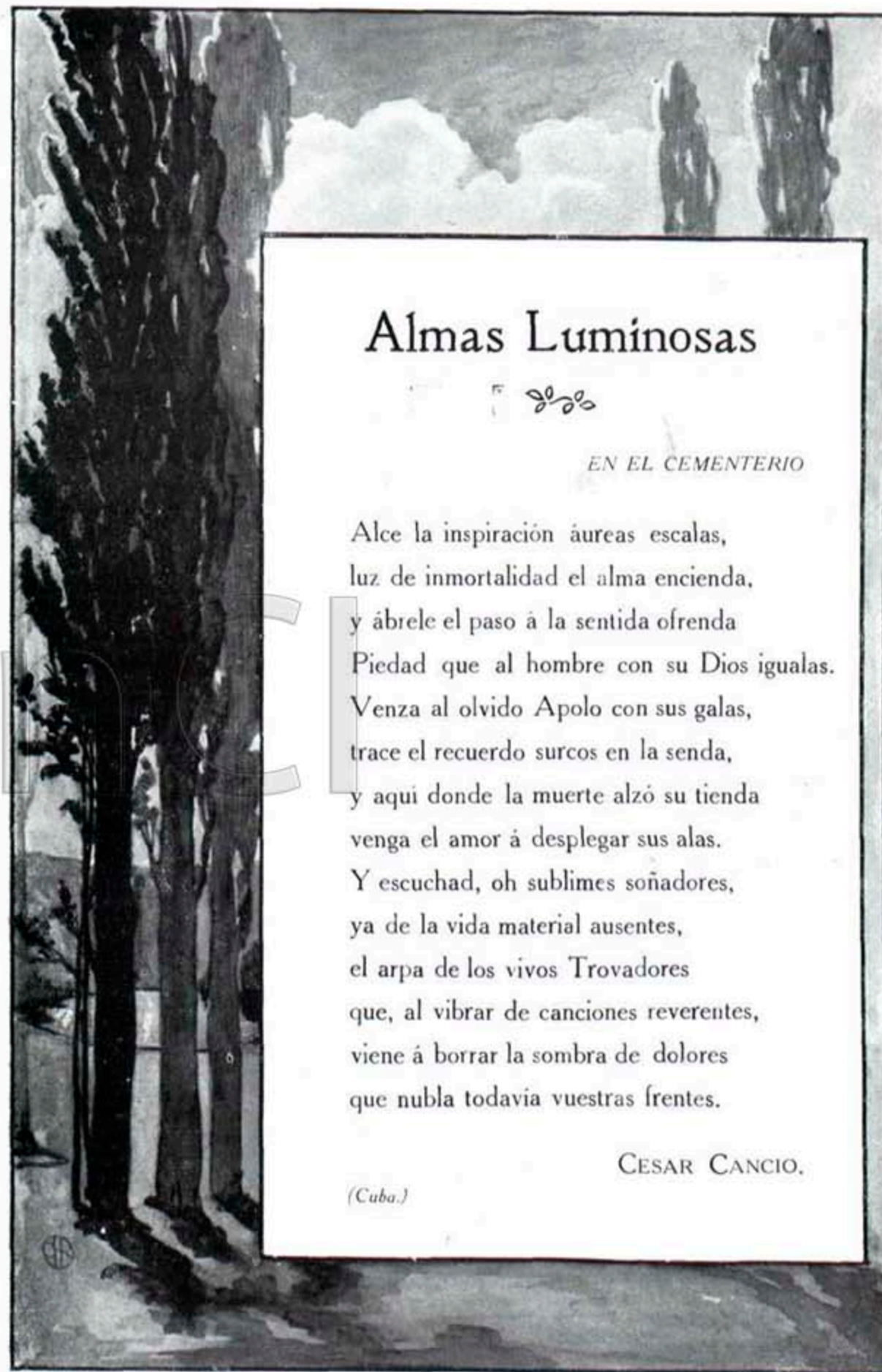


EN EL CEMENTERIO

Alce la inspiración áureas escalas,
 luz de inmortalidad el alma encienda,
 y ábrele el paso á la sentida ofrenda
 Piedad que al hombre con su Dios igualas.
 Venza al olvido Apolo con sus galas,
 trace el recuerdo surcos en la senda,
 y aqui donde la muerte alzó su tienda
 venga el amor á desplegar sus alas.
 Y escuchad, oh sublimes soñadores,
 ya de la vida material ausentes,
 el arpa de los vivos Trovadores
 que, al vibrar de canciones reverentes,
 viene á borrar la sombra de dolores
 que nubla todavía vuestras frentes.

CESAR CANCIO.

(Cuba.)





¿IRA DE DIOS?

Por Eduardo L. del PALACIO

Mención especial de nuestro Concurso de Cuentos.



Se hacia ya preciso encauzar la discusión, mejor aún fallar el pleito que, sin darse á partido, venían sosteniendo durante toda la velada los sedicentes conspicuos de la localidad, en aquel salón húme-

do y deslustrado en que se congregaba ociosa la flor de los poblereños. Así lo comprendió sin duda el digno juez del partido, quien, como resumiendo los pareceres emitidos por los que habíanse jactado de espíritus fuertes, dijo á tal sazón, pausado y sentencioso :

— Sí, los más de los hechos tenidos por el vulgo en olor de sobrenaturales, no necesitan para su explicación el *Deus ex machina* de lo suprasensible, pues obedecen á leyes físicas que escapan á la percepción de los ineducados ó los vesánicos. Y voy á referir á Uds. en corroboración de mi aserto un sucedido, en el que tuve ocasión de intervenir recientemente por imperativos de mi profesión :

« El tío Antucho, anciano y honrado colono de una haza de sembradura, en la here-

dad que el Marqués titular de esta villa dedica en su mayor parte á coto de caza, después de haber logrado ir sacando penosamente de la vida á su agotada consorte, con el concurso de la cual trabajaba la tierra, y á un mocetón que ya empezaba á ayudarle con su jornal de bracero, vió sucesiva, casi simultáneamente, marchar á su hijo con el chopo, llamado al servicio militar, y morir á su mujer, víctima á un tiempo de la depauperación orgánica y de la conmoción sentimental.

« Antucho, encallecido el corazón tras de tan repetidos golpes, concentró todos sus amores, sus esperanzas, sus pensamientos y sus bríos, en el lote de terreno que llevaba en arriendo, con ese egoísmo avaro del labriego viejo, que seca las fuentes del sentimiento al subrepticio fuego de un sórdido interés. ¡ Y gracias á que la tierra, como reconociendo el cariño del rústico, cariño traducido en el constante esfuerzo con que consagraba toda su seca robustez á cultivarla, mostrábase ostensiblemente agradecida á tal desvelo, presentándole en esperanza una cosecha como jamás obtuvo, cuando eran dos á procurarla! La tierra, sí, la tierra á quien, en la alucinación de sus quererres, concedía una personalidad sensitiva y volitiva, una perfecta adaptación de hembra enamorada á sus gustos, designios y pasiones. ¡ La tierra, que no

Dios, al que no conoció sino como verdugo de su ventura, y del que no esperaba más que reincidencia en la persecución que sin duda le tenía decretada, y que ahora habría de hacer presa en él, único entre los suyos á quien aún no abatiera la fatal racha de calamidades !

« Pero por esta vez confiaba en burlar esa animadversión, arrancando sus pródigos frutos á la fecunda y sumisa compañera, y aun extrayendo de su seno la salud y la fuerza, puesto que, nuevo Anteo, á su contacto parecía recobrar por momentos los antiguos arresos y un resurgimiento de su perdida juventud. Así, ya calculaba por rudimentarios modos el rendimiento que la cosecha pudiera darle, y la utilidad — ¡ ay, bien exigua, aun en el caso más favorable ! — que le dejarían el fisco, el arriendo, la nueva sementera, las voraces entrañas de la usura, á la que de recurrir hubo en pasados años malos, y el sin fin de gabelas que, cual otros tantos vam-

piros, consumen al labrador hasta dejarle exangüe.

« Terminada ya la labor del día — día de junio, pesado y bochornoso, en que más de una vez sintió el rentero barruntos de tormenta — recogióse á la astrosa barraca donde, tras frugal condumio, y musitando, á modo de oración á la inversa, extraños conjuros y abrenuncios contra el espíritu adverso, á su sentir encarnizado en daño suyo, se extendió sobre el angosto jergón que por todo lecho poseía ; encandilóse aún, en la semi-inconsciencia que precede al sueño, con la perspectiva de sus doradas mieses, doblegándose al peso de las espigas henchidas de promesas, y, dormido por fin, reventaron aquéllas en desbordante profusión de granos, muy luego trocados en áureas pelucnas, con que abarrotó el durmiente un arcón que á su fascinada vista ofreció la fantasía...

« Su sueño, sin embargo, era ligero y pronto á la alarma, como el del celoso que, cauta-



Tremulo se abanzó á la puerta, y á duras penas la pudo impulsar contra el azote de un viento huracanado...

mente, durmiendo con sólo un ojo, guarda el objeto de sus ansias de las asechanzas de un arriscado rival; por eso despertó sobresaltado á la repercusión de un trueno que, rodando de cresta en cresta, parecióle agorero de ruina y heraldo de muerte. Trémulo se abalanzó á la puerta, y á duras penas la pudo impulsar contra el azote de un viento huracanado, que soplaba en cálidas é intermitentes vaharadas. En su recelo, aspiraba Antucho con el aire fuertemente ozonizado un como aliento de tragedia, cuando, precedido del sordo redoblar de épica carga que se acercaba en avance tumultuoso, rompió sobre los campos el granizo, primero disgregado y fino, después compacto, denso, atropellado más tarde en catarata de gruesas piedras albas y bruñidas que, al tomar tierra, formaban un espeso tapiz reverberante, al fulgor de ya más distanciados lampos.

« Antucho, destocado y casi en carnes, fué materialmente lapidado. Junto á su mezquino albergue, paralizóle el angustioso presentimiento de su total ruina, é insensible al dolor físico, hosco, petrificado también él, sin advertir que sus rales y blancos cabellos teñíanse á trechos en la sangre que manaba su occipucio por diversas descabraduras, miraba sin ver, en las tinieblas, no rasgadas ya por el vacilante resplandor de los relámpagos. Pasmado, anonadado, allí le sorprendió el amanecer, espléndido y radioso, con la diafanidad de la atmósfera purificada. Sólo al deslumbrarle los rayos de un sol recién carenado, afloró á sus ojos el espíritu, y tornó á la percepción de las realidades; y entonces, con una exaltación rayana en el delirio, recorrió el pegujal horas antes tan próspero, convertido ya en gándara fangosa y en árido pedroche, según que la arroyada hubiera acá hacinado los guijos de acarreo, ó arrasado allá las mieses sumiéndolas en cieno, y arrancándolas con las motas desarraigadas por la erosión.

« ¡Por todas partes devastación y estrago, en lugar de la soñada guilla! En el trigal, borrados los surcos; y la miés, no ya erguida ó en ondulantes marejadas, ni tendida como parva pletórica de grano, sino apilada en hacinas areniscas, de espigas desflecadas, trucas y exhaustas. En el bancal hortelano, legumbres aguanosas, de hojas acribilladas; tubérculos descuajados, al aire la fina nervazón de sus raíces; vainas abiertas; simientes trituradas, discurriendo al azar de los regatos. En los recuestos, profundos cauces excavados por las aguas en su fuga impetuosa. En el pomar, inextricable enredijo de tronchadas ramas y frutos desgajados. Y dominando aquel cuadro de desolación,

cercado de cascote y con los pegollos semi-hundidos en espesa funda de pedrisco, conglomerado, el hórreo, casi á teja vana, cual atalaya desmantelada é inútil que con befa oteara los dispersos despojos del acervo que ya no había de guardar.

« Uno por uno fué haciendo Antucho, en voz balbuciente por la cólera, el recuento de los daños, hasta que, jadeante y rechinando los dientes, se encaró, retador, con el sereno cielo, y como avizorando en él á un enemigo que tras de la cerúlea cortina se celase, alzó el rugoso puño amenazante y rugió más que dijo: « O pierdo el nombre que tengo, ó te lo voy á hacer perder á ti. » Y, al parecer, aplacado por haber exhalado su rencor en aquel impío reto, se clausuró en su hogar.

« Largo rato ambuló como un autómatas entre los cuatro muros de la zahurda; parecía poseído de una idea fija; sin duda maduraba un plan. Al cabo, cayó en un extraño sopor que le arrancaba gritos inarticulados, frases truncadas en que se delataba la febril obsesión de sus ensueños de venganza. Súbito, despertó. Por su espalda reptaba el calofrío del crimen; lucían sus ojos con lumbreres de insania; un rictus malvado contorsionaba su boca, y su corazón se crispaba próximo á desfallecer á impulsos de un gozo feroz. Con aire decidido abrió la puerta violentamente, sin cuidarse de cerrarla tras de sí, y á la luz de un sol occiduo que circundaban cortados cúmulos caliginosos, tomó á grandes pasos el camino de la villa.

« Cuando volvió, cerraba la noche; y las nubes, pesadas, ventrudas, ingentes, confluían lentas, desde todos los puntos, del horizonte, al cenit, donde algunas estrellas titilaban con luz pálida. Llegado á la casuca encendió un candil, é impaciente desató un largo envoltorio que con cautela trajo de su excursión, cedido, según se supo luego, por un su amigo alojado en granja no distante. Era una vieja escopeta de pistón, pesada y herrumbrosa. Examinó prolijamente el arma, y con malsana complacencia hizola funcionar reiteradamente; se aseguró del juego de la llave; la desmontó; comprobó el estado del cañón; limpió con esmero la chimenea; la repasó con aceite y la cargó con bala; y en el quicio de la puerta se puso al acecho.

« Anhelaba agónico el candil, y á sus inciertas y oscilantes soflamas veíase un momento surgir de la penumbra el ruin mobiliario del zaquizami: el jergón destripado y escuálido, la gastada esterilla de esparto, la pililla de loza desportillada que, aún pendiente del muro, atestiguaba la sencilla pie-



Una sierpe de fuego, hirviente, cegalora, desgarró el cielo, y se precipitó aterraida por la enhiesta punta de metal.

dad de la difunta, el último retrato del hijo ausente que le enviara de la ciudad, un meneguado hatillo al pie del lecho, dos sillas de anea desfondadas y, en un rincón, revueltos y oxidados, los útiles del trabajo: pico, azada, guadaña, podadora, dos hcces melladas, una esteva inservible, todo un montón de inválidos, no tanto por su edad casi decrepita como por su ineficacia, desde que no quedaba labor en qué emplearlos. El humo nauseabundo brotado del candil se deshila, y atenuaba en las paredes las sombras trementes de los modestos enseres domésticos.

« El hastial, con el oído abierto al menor ruido, ansioso y palpitante, esperaba. No esperó mucho. De improviso, se incendió el firmamento con deslumbrante llamarada, y á poco rasgó los aires el clangor de un trueno, primero agudo y crepitante, luego bronco, rodado, clamoroso, perdiéndose muy lento, como si lamentara el alejarse. A su

(Ilustraciones de Fa'gás.)

estampido, tuvo el viejo un violento sobresalto, no de temor, sino de salvaje alegría, á juzgar por la mueca que plegó sus labios parodiando una sonrisa, y por la expresión con que gruñó entre dientes: « ¡ahora yo! » Pausado, salió; se afianzó sobre las piernas; alzó el arma; la respaldó en el hombro; apuntó á lo alto parsimonioso; llevó el índice artero al disparador... pero no salió el tiro. Una sierpe de fuego, hirviente, cegadora, desgarró el cielo, y se precipitó atraída por la enhiesta punta de metal. El tío Antucho se desplomó sin un ¡ ay ! La exhalación debió de truncar su último amargo pensamiento: el de su rota definitiva y el triunfo fulminante del implacable adversario. Una nueva centella fulguró sobre el occiso; el trueno subsiguió, cóncavo y retumbante. La nube, descargada, se alejaba ya, impedida por un viento sutil, rezongando en su marcha con sordos baladros... »

LOBOS

I
Lobos en acecho en su madriguera,
Lobos en manadas, los hay donde quiera.
Lobos sanguinarios, lobos iracundos
Que surcan los mares y pueblan los mundos ;
Con el fuerte, mansos, con el débil, fieros ;
Lobos sin entrañas, lobos traicioneros,
Baldón de la vida, de la raza mengua,
Con nieve en el alma, veneno en la lengua
Y en la sangre estigmas de espasmos y arrobos
De padres que fueron lobos, lobos, lobos.
¡ Glorias que imprimieron luminosas huellas !
Las muerden aullando, babea sobre ellas,
Y allá van revueltos con odios distintos,
Con viles pasiones, con bajos instintos.
Que en este hondo valle donde se halla escrita
Con llanto amoroso y sangre bendita,
La génesis santa de cristiana era,
Lobos, lobos, lobos, los hay donde quiera.

II

Donde está el ganado están los pastores,
De montes y sierras Reyes y Señores ;
Señores y Reyes de un reino baldío ;
Heroicos mastines rinden señorío,
Y águilas y cuervos su pleito homenaje
En cada picacho y en cada boscaje.
Allí no va el mundo de virtudes falto,
No toma la senda que lleva á tan alto,

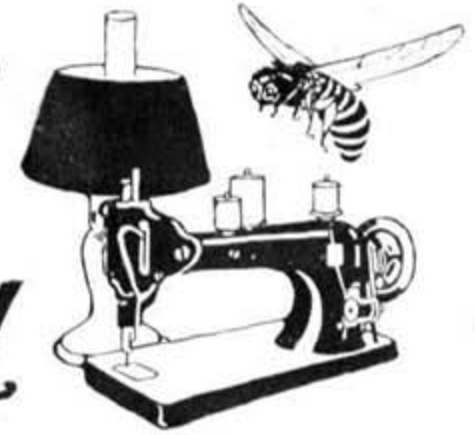
Acaso no sabe que habitan pastores
Entre cielo y tierra como los condores ;
Hombres primitivos y de vida incierta,
La honda á la mano y en continuo alerta,
Vestidos de pieles y con lengua extraña
De cartaginenses llegados á España.
Fuera del pecado, lejos del bullicio,
De ambición ayunos, ajenos al vicio ;
Allá en las alturas sufren grandes daños :
Lobos, lobos, lobos, merman sus rebaños.

III

Por mar de esmeralda tranquila y suave,
Se desliza, vuela, la ligera nave,
Pedazo de un pueblo con glorioso nombre
Que impulsa y dirige la mano del hombre.
En gallardo mástil ondea, palpita,
La gloria que llama, el deber que grita,
La fé que sonríe radiosa y triunfante,
El hogar querido, la patria distante.
Se desliza, vuela en su rumbo incierto,
Acaso soñando con llegar á puerto.
De pronto, la nave siente cañonazos
Y ve su cubierta deshecha en pedazos.
Se defiende, lucha bajo su bandera,
Mira al horizonte y muriendo espera.
Mas ¡ ay ! que de lobos está rodeada,
Lobos en trailla, lobos en manada,
Lobos que cometen crímenes y robos
En mar, tierra y aire : ¡ lobos, lobos, lobos !

CARLOS CIANO.

Las Abejas de Francia



¡ Abejas de Francia !... ¡ Gentiles abejas de esta gran colmena susurrante y misteriosa !... ¡ Sin vosotras, mujeres francesas, Francia, en lugar de ser la gran nación, perla de Europa, sería el último y el más olvidado de los pueblos !... »

¡ Abejas de Francia !... ¡ qué mal psicólogo ha de ser quien pretenda denigraros, y qué poco ha de entender de humanas disquisiciones, al ignorarlo todo del gran libro complejo y emotivo que es vuestra alma !
Peregrino del mundo y de la vida, que en jornada de ilusión llega á París, ha de perder en breve, siendo cuerdo, aquella ilusión que le trajo, si ella fué de amable pecado y de donosa fiesta...

Como buena hostelería — cuya escarcela se llena con oro de trajinantes — París tiene dos rostros, dos expresiones y dos vidas : para sí propia y para los suyos, guarda la Villa-Luz su carácter laborioso, su ánimo ordenado, su espíritu calculador ; para extrañas gentes venidas de allende las fronteras en busca de bienandanza, reserva la gran ciudad su forzada sonrisa, su estudiado cumplimento, y esa loca alegría de cortesana que no es sino el olvido — por imposible sólo aparente — de cien inmensas y perdurables tristezas.

Peregrinos del mundo y de la vida, no bus-

quéis á la verdadera mujer de París en las encrucijadas de Montmartre ni sobre las aceras del Boulevard, buscadla en los talleres ó en los almacenes, inclinada sobre la labor, sobre el libro de cuentas, ó afanada en torno de los « rayons »... Estas son las abejas que en la inmensa colmena francesa labran el áureo panal de la riqueza, de esa riqueza que enorgullece — con vanidad inconsciente y pueril — á los hombres, que cuanto son y cuanto tienen lo deben á sus mujeres, á sus inteligentes, obstinadas y prodigiosas mujeres...

Atended á un hecho que en su trivialidad es, sin embargo, cifra y suma de esta doble psicología femenina, que en París da lugar á tantas y tan injustas equivocaciones :

En un tarde, en plena « Mi-Carême », el cronista, acogido á una terraza del Boulevard, contempla el cuadro del Carnaval parisiense... Frente á la terraza, las escaramuzas de « confetti » se truecan pronto en batalla continua y encarnizada... La

hueste de galanes ha puesto estrecho cerco á una moza, garrida y bella cual ninguna... La moza ríe ; la moza se chancea ; la moza acepta todos los extremos de sus sitiadores, y no protesta sino muy débilmente al sufrir de ellos excesivas audacias... Alguien exclama, junto al cronista :



¡ Abejas de Francia, gentiles abejas de esta colmena susurrante y misteriosa !... »

— ¡ Cuán alegres y placenteras, las mozas de París!...

No obstante, el cronista duda, y como duda inquiere... Pronto halla la solución... La moza alegre y placentera por demás, es hija del vendedor de « confetti » instalado sobre la acera, á dos pasos... La moza es pues el « boniment », el cebo, y gracias á ese cebo puede el viejo ladino agotar su mercancía... La moza ríe sin gana alguna de reír... pero ríe tan bien que, riendo así, encamina el caudal de los francos hacia la escarcela familiar...

Al correr del día de Santa Catalina — fiesta predilecta de las « midinettes » pa-



Es la hora meridiana. Los grandes talleres de la Rue de la Paix abren sus puertas, y las abejas laboriosas aprovechan de esta tregua para restaurar sus fuerzas y para esparcir su ánimo jovial y resignado...

risienses — podréis verlas ostentando la gentil cofia emblema de soltería, y por tanto símbolo de libertad; y así tocadas, ir al través de las calles y de las plazas, cantando y riendo, con esa alegría sana, luminosa y expansiva, que dicen pecado y dicen inmoralidad en los tristes países oprimidos bajo esa losa de los sueños, que es la trágica leyenda milenaria del « más allá ».

Y viéndolas de tal suerte, y no conociendo de ellas sino esta engañosa apariencia, habréis de colegir: — Son felices y su vida, gobernada en absoluto por el propio albedrío, es una grata vida...

¡ No lo es siempre!... Pensad en que estas mujercitas laboriosas trabajan en el día y en la noche, y con tan inclemente labor mantienen á los padres viejos y á los hermanos chiquititos... Pensad en que, si esto no ocurre, y ellas son dueñas de su salario, de

este salario, la mayor parte ingresará en la Caja de Ahorros, en previsión del incierto porvenir, ó en prenda de una felicidad matrimonial que en Francia, por ser escasa, cuesta cara, ya que una mujer sin dote, por bella y buena que sea, no podrá encontrar marido si no es merced á un milagro, y hoy por hoy el dinero es el único profeta capaz de milagrear... Pensad también en que estas muchachas — en su mayoría jóvenes y bellas — pasan la

vida preparando las galas que han de vestir las oiras, las audaces andariegas que, sin más industria que la explotación de su propia hermosura, viven la dorada existencia

de las « saisons », al azar de la moda y de los encuentros.

Y en tanto, al correr de sus agujas sobre gasas y brocados, coligen más de una vez las humanas abejas que, para trocarse de siervas que son en dueñas que pudieran ser, bastaría tan sólo el quererlo, imponiendo silencio á su corazón.

Pero es demasiado sencillo este corazón para no ser bueno, y la « midinette » que otorga el tesoro de su gracia al amante que, en pago de ella, sólo puede ofrecerle un beso, niega en cambio ese mismo tesoro al mercader, aunque le ofrezca un imperio.

Al entrar en los talleres, las muy gentiles disponen de medio franco para hacer las dos comidas del día; pero de tan escaso caudal, gastarán sin duelo veinte céntimos en comprar la letra y la música de la canción de moda, y así, mientras los violines de los



Un puñado de « sous » no es gran fortuna, y á veces no basta para costear un mediano almuerzo en un mediano restaurant... Por fortuna, los vendedores ambulantes y las cocinas económicas brindan á las « midinettes », por muy poco dinero, los platos que alegremente se comen después, en un rinçón del taller ó sobre un velador del próximo « square ».

copleros ambulantes desgranar en la calle el canturreo sentimental de la tonada en boga, ellas, inclinándose sobre el trabajo, sin dar tregua á las manos, pero concediéndosela al espíritu, dirán á coro el retornelo preferido:

Je sais que vous
[êtes jolie,
Que vos grands
[yeux pleins de
[douceur
Ont charmé tout
[mon cœur...

A sí mismas se confiesan la dulce verdad: la verdad de su belleza y de su encanto, y sonríen al pensar en que más tarde, á la hora nupcial de la dicha, brindarán ese bien al amante que sólo ha de pagarles con sus besos...

Lejanos son ya los tiempos de aquellas amorosas por quienes suspiraban todos los claustros: de aquellas amorosas cuyo dulce reino se extendía en torno de la Montagne-Sainte - Geneviève. Pero si es cierto que las siluetas cambiaron al correr de los años, no lo es menos que los caracteres y las costumbres siguen siendo iguales. Ved lo que de aquellas « abejas » de su tiempo nos dice Alfredo de Musset:

« Todas se divierten: todas tienen amoríos; en los domingos, todas se esparcen por los alrededores de París, como bandadas de gorriones. Si llueve, se refugian en los teatros en que se representan melodramas, y en tanto que se dice la farsa, ellas comen naranjas al mismo tiempo que lloran, porque el comer mucho y el llorar fácilmente, son cualidades de su condición y pruebas de la bondad de su carácter. »



A veces, « Mimi-Pinson » emerge de la gran estación del Metropolitano, y va por las calles de París apresurada y sola...



Pero en general, nunca falta un galán que la acompaña: este galán varía con frecuencia, pero el amor de « Mimi-Pinson » es siempre el mismo: alegre, inconstante y, pese á todo, sentimental...

« Mimi Pinson », la encantadora, está retratada entera, en cuerpo y alma, en los deliciosos « couplets » que en tiempo de nuestros padres todo el mundo sabía de memoria:

Mimi Pinson est
[une blonde,
Une blonde que
[l'on connaît.
Elle n'a qu'une
robe au monde,
Landerirette!
Et qu'un bon-
[net.

Mimi Pinson porte
[une rose,
Une rose blanche
[au côté.
Cette fleur dans
[son cœur éclosé,
Landerirette!
C'est la gaité...

Es la alegría, ciertamente, la más bella cualidad de estas muchachas, cuya vida no es, sin embargo, una perpetua diversión: muy al contrario, no son pocas ni escasas sus privaciones y sus penas, pero contra ellas lucha « Mimi Pinson » valientemente; lucha con todas las fuerzas de su corazón y de su cuerpo, todo bondad y belleza, y ocultos las pudo en justicia decir Musset:

C'est Pétau d'une perle fine,
La robe de Mimi Pinson.

Antonio G. de Linares

LA HERENCIA DE



DON FERMIN

Por ENZO ALOISI BARONTI

UNOS peones que llegaban esa mañana del poblado, traían la noticia de que el viejo Fermín había sido « afusilao no más », unas dos horas antes, á la madrugada.

Para la Mecha, el saberlo, fué un recrudecer de llantos y de quejidos que daba lástima. Se revolcaba sobre el jergón donde había caído desfallecida, en una desesperación que ponía en su garganta, roncás, entrecortadas, incoherentes, palabras de dolor y de ira. Era inútil cuanto hacían para calmarla; pasaba, de una honda amargura de llanto, á esos accesos de rabia en que maldecía las cosas y los hombres.

Goyo iba de un lado al otro como asonzado, con esa turbación grave é inconsciente de los niños ante lo ruidoso de la desesperación de los grandes, que no alcanzan á comprender completamente. Como de todas partes le sacaban los vecinos que habían acudido á comedirse para unas y otras cosas, acabó por guarecerse afuera, bajo el alero, donde estaban los alelies de la Mecha y unas lonjas que no había acabado de trenzar el viejo. De ahí también le habían sacado al rato, mandándole que ensillara el petizo. Pobre Moro, hecho una lástima, chorretoso y

sucio, como que había estado en el corral desde el día antes, y caía pareja y penetradora una garúa espesa que todo lo envolvía de gris á lo lejos.

Para que no se le mojaran las caronas, puso al Moro bajo la enramada, y allí se estuvo esperando todavía mucho rato; que recién cuando llegó Don Calixto, el puestero de « Los Cardos », se fué la Mecha con él al pueblo.

Goyo se quedó solo. Los demás, al irse, no parecían haberse fijado en él, y aunque tuvo al principio un poco de miedo, porque por esos días habían pasado en su casa « muchas cosas raras », acabó por tranquilizarse, aunque por esa mañana había quedado sin ganas de las sólitas travesuras, de sus juegos, de sus cacerías de chingolos, y rapiñas de nidos en los talas cercanos.

Pero ya á la tardecita cayeron unos chicos compañeros suyos, y se había ido con ellos á ver si cazaban perdices en el cardal.

Al anochecer, no había vuelto todavía la Mecha, y como tuviese hambre, fué Goyo á buscar huevos en un nidal que tenían las gallinas en el fondo de una barrica desvencijada.

Allí se encontró el cuchillo de Don Fermín.

Era el mismo que el viejo empleaba para lonjear, afilado y bravo, puntiagudo y reluciente. El chico lo miró un rato largo, sintiendo, á pesar suyo, una emoción respetuosa y honda, ante esa arma que « había sido » del viejo. Goyo se decía á sí mismo « había sido », con el presentimiento turbador de que Tata no iba á volver, acaso como la Mecha.

Y como se sentía muy solito, le daba no sabía qué secretos ánimos la posesión del recio cuchillo, que escondió cuidadosamente, así no más, sucio, con su pátina parduzca y terrosa, que parecía ser de sangre coagulada.

Sólo algunos años más tarde fué haciéndose precisa, para la lógica de Goyo, la esencia de esos recuerdos borrosos, y deshilados, que tantas veces en las horas propicias de la noche vaga de misterio, ó en las soledades de la siesta, ó en la punzante melancolía de los crepúsculos, habían cruzado su cabeza de niño con una ráfaga de pavor.

Supo muchas cosas que le permitieron ir llenando claros. Y bajo la persecución obstinada de ese recuerdo, fué él mismo haciendo á un lado pedazos de misterio, para colocar en un indubitable término de verdad los hechos que iban siguiéndole al través de su vida, entre las vaguedades de la memoria y las alteraciones de chismes y cuentos.

Ni la Mecha ni él eran hijos del viejo. Esto lo supo Goyo muy pronto, cuando á la Mecha se la llevaron del pago, y fué él á boycotear en la estancia de « Los Cardos », en el puesto, con Don Calixto y Doña Pepa, que él siempre había querido mucho, porque sabían regalarle pasteles y tortas fritas.

Don Fermín la había recogido y criado á la Mecha, desde el tiempo en que vivía aún la finada Florinda, su pobrecita mujer. Y era ya moza la Mecha cuando á Goyo se le murió la madre, una hermana de Don Fermín, y el viejo se lo había llevado también, « guacho » todavía y llorón como había sido en sus primeros años.

Por ese entonces, cayó al pago con tropas federales un cierto comandante Patiño, bravucón y cruel, despótico como todos los de su laya, y malo y entremetido tanto, que á poco estar le odiaban hasta los perros en veinte leguas á la redonda.

La Mecha, fresca y linda, recatada y buena, á modo de esas flores de humildad que brotan belleza en el rancho más pobre, al calor de los afectos de familia, encendió la sangre salvaje del mandón. Como alardeaba de Tenorio, le enardecía el despecho de las repulzas con que la muchacha respondió á sus pretensiones, y no cejó Patiño en su empeño por muchas que recibiera.

Ya en los últimos tiempos, un presagio de tragedia cernía el anuncio de su sombra sobre el rancho tranquilo de D. Fermín, y estaba éste en preparativos para llevarse lejos la muchacha, cuando, aprovechando Patiño de una corta ausencia del viejo, se produjo la salvajada infame y cobarde. Era la misma que, repitiéndose con la violencia brutal y la cobardía por característica, así en los campos que en la metrópoli, bajo el alero del rancho que en los salones del palacio, da perfiles inconfundibles á una época sombría y amarga, á una larga época de la historia de estas tierras.

Así supo Goyo que el viejo Fermín, hombre honrado á hechura de los de antaño, vengando la ominosa afrenta, había muerto á Patiño como á un perro, y pagado con la vida su gesto de altivez: la gaucha altivez de los hombres de su raza y de su tiempo.

Goyo se sintió solo desde entonces, y á solas frente á la Naturaleza se crió, forjándose de sí mismo, afianzando así la misantropía de su temperamento triston y huraño, propenso al aislamiento y á la soledad. Al morir el viejo, sus seis años no fueron obstáculo para que se le impusieran obligaciones. De su canastro le sacaba muy al alba la voz del capataz, y bien pronto la fuerza de la costumbre. Encendía fuego. Traía agua del jaguel. Y cuando ya aclaraba francamente, enhorquetado en un desastre de petizo que le usaba consideraciones de camarada, sacaba la tropilla del corral, para llevarla lejos, á pastar en unos gramillales olorosos y tiernos que tajaba como una cinta de plata un arroyo fresco, limpio, serpenteante en curvas antojadizas y agudas, espejo á trechos del azul del cielo, del verde del bosque á trechos.

Días había en que Goyo se dejaba estar mojarreando en los remansos del arroyo, donde hacían sombra los sauces, ó donde se espesaba el cañaveral; pero las más de las veces, en cambio, sabía que le esperaban en la estancia los mandados, y entonces ni pesca de mojarras, ni rebusca de nidos por las ramas agresivas del talar, ni cacería de lagartos ligeros como chispas de oro y verde, sobre el verde del pastizal y bajo el oro del Sol.

Había que ir al pueblo por *vicios*. Y eran leguas y leguas á caballo, en unos matungos grandotes que para enhorquetarlos le eran escasas sus piernecitas, y había de encaramarse á lo largo de las patas, como en « palo enjabonao », para trepar hasta el lomo donde oficiaba de silla una carona.

Sabía darse maña para que le pillara la siesta junto á las isletas umbrosas, y en sus frescas malezas reparaba un poco los estra-



El chico lo miró un rato largo, sintiendo, á pesar suyo, una emoción respetuosa y honda, ante esa arma que « había sido » del viejo.

gos de los madrugones; aunque al anoecer, en cuanto dejaba la tropilla en el corral y terminaba de ayudar un poco aquí otro poco allá, se escurría á dormir, huyendo del corro que formaban los peones y que prolongaba la velada junto al fogón característico, amenizada de cuentos y relatos, ó de cantos y de payadas.

Eligiendo los quehaceres que más le aislaban, rehuía las probables compañías de otros chiquillos que había en la estancia. Para evitarse el fastidio de hablar y de oír que le hablaban, fué siempre sumiso y obediente. Y dió instintivamente — acaso por su natural bondad y mansedumbre — tal carácter de discreción sumisa y blanda á su retraimiento, que se captó de todos la simpatía.

En su aislamiento, vivía la vida de sus pocos recuerdos. La Mecha, que había sido tan buena con él, y que no había vuelto á ver, veníasele algunas veces á la mente. Pero de lo que poblaba siempre sus soledades era de la memoria del viejo, que se materializaba á sus ojos en unas como visiones, tan nítidas, tan palpables, tan fuertes de realidad que, de haber sido Goyo menos inconsciente y niño, habríanle causado pavor.

Lo mismo que en sus sueños de la noche, solía ver al viejo á pleno día, cruzar por entre las majadas, ó sentarse á su lado en la playa bajo los sauces, ó á su lado galopar sobre el tubiano favorito. Y su figura no perdía ni se debilitaba en detalles, por más que hubiese pasado el tiempo. Sus actitudes eran las mismas, su gesto siempre reposado y noble, y siempre raras y tristes sus sonrisas.

Hubo veces en que Goyo se sorprendió del eco de su propia voz, hablando alto con el viejo.

Y en estas mágicas reencarnaciones animadas y vivientes se renovaban palabras, consejos, escenas que, alcanzando ahora un sentido que antes escapaba á su escasa comprensión de niño, iban llevando á su espíritu nociones, sentimientos é ideas nuevas, de las que á menudo ni presentimiento tuviera.

Familiarizado con esas visiones, que lejos de atemorizarle daban un singular encanto á su vida soledosa y extraña, se rió una vez de buenas ganas — tenía entonces ya como catorce años — al ver á los peones palidecer y hacerse cruces, porque un mozo venido de lejos con un arreo había relatado cierto cuento de aparecidos, espíritus y almas en pena.

— ¡Bah! Como si le tuviese yo miedo al viejo — había pensado, y recordó que, por el contrario, habíale sido en una ocasión consejera de serenidad la oportuna y alen-

tadora presencia de la visión querida.

Una tarde, en el monte, habían llegado á su oído, lastimeros y agudos, unos gemidos que nada tenían de común con los familiares ruidos del bosque. Fué una de las pocas veces en sus soledades, siempre propicias al miedo, que una angustia indecible y honda le conmovió. Pero le *vió* allí á su lado, al viejo. Como en cierta ocasión que siendo muy chico tuviese miedo de una vibora. Don Fermín, luego de haberle enseñado á matar la alimaña con un palito, habíale aconsejado á nunca tener miedo, y decíale ahora:

— No se asuste, amigo: el hombre tiene un arma contra los animales y contra las cosas, que le hace mucho más fuerte que ellos. La razón.

Y con la serenidad que le infundiera *la compañía y la voz de su visión*, fué Goyo internándose en el monte, hacia donde sonaban todavía los quejidos. Junto á unas matas que se empenachaban de las algodonosas guedejas del tasi, encontró á Amelia, la hijita de *Monsiú* el francés, carpintero de la estancia. Estaba lastimada. Se había extraviado yendo con las mujeres que lavaban en el arroyo, y Goyo se la llevó á la estancia, luego de haberle vendado los rasguños que tanto espantaban á la chiquilla.

Se hizo hombre, Goyo. Solicitado por las urgencias de la vida, ya no era con ella tan esquivo, y en buena camaradería con sus compañeros de trabajo se daba á los entretenimientos y pasatiempos de la juventud, habiéndose así captado, por su valor y destreza, fama de bravo, tanto en las rudas tareas de la estancia como en las peleas á que obligaban los ataques de las indias.

Se relataban, como un elogio, las incidencias de cierto malón llevado por los ranqueles contra una caravana de carretas en la que iba Goyo, de cuyo arrojo y sangre fría había dependido el rechazo del ataque y la salvación de muchas vidas, entre las que había peligrado, muy especialmente, la de un hijo del dueño de la estancia.

Tenía Goyo fama de buen cantor, y de ello y de sus muchas prendas de hombre honrado, trabajador y formal hacían méritos las muchachas del pago, para estimar en mucho la preferencia de Goyo, que, por otra parte, no se dió pronto á conocer.

De su antiguo retraimiento quedábale una afición á vagar por las noches, ó en las horas propicias á las remembranzas y á la cavilación, en el campo que ofrece á los espíritus fatigados la urna maravillosa de sus silencios.

Porque Goyo no era como sus compañeros un gaucho rudo é ignorante.

Su sensibilidad excesiva, casi morbosa, su natural capacidad de corazón y de mente, le llamaban á una existencia más elevada de aquélla á que parecía destinado el boyerito, que en la estancia llamaran, con más cariño que sorna, «El Arisco». Y la amistad de un hombre muy superior al ambiente en que el mozo iba formándose, había propiciado esa cultura que distinguía ahora á Goyo de entre las peonadas de esos pagos.

Era éste el padre de Amelia, el carpintero que en la estancia llamaban *Monsiú*, espíritu fatigado por la desgracia que habiendo vivido más altos destinos, había aceptado éste, pobre y obscuro, como un refugio, como una promesa de tranquilidad.



Sobre el umbral de la puerta del cuarto, donde, desprevénida, reposaba la ama, alcanzó Goyo la sombra que se desfilaba...

Un movimiento de gratitud de su excelente corazón le hizo mirar con simpatía al boyerito escurridizo y silencioso, que con tanta delicadeza había puesto una venda sobre los rasguños de la manita de su hija. Y cuando, poco á poco, logró penetrar la buena almita huraña de Goyo, llegando hasta sus más delicados é íntimos matices de dulzura y de extravagancia, se sintió en el deber de llenar con su afecto la soledad de esa existencia, y de atecionar para la vida, con su experiencia, el espíritu de Goyo que despertaba.

De todas las cosas que Goyo, dócil é inteligente, aferró en la comunicación espiritual

con Don Fernando, una, impresionándole agudamente, constituyó el motivo de sus más hondas cavilaciones.

Su maestro — que así le llamaba — se había empeñado en destruir el concepto de sobrenatural y misterioso, en que había tenido la materialización á que llegaban ciertos recuerdos suyos, en la extremada excitabilidad de su sensorio.

Vencido á veces por la pertinacia del razonamiento, se recogía en la adoración ritual que le inspiraba por sí mismo el recuerdo del viejo Fermín, para seguir creyendo en la transcendencia de las visiones que solían renovársele, si bien ya no con la frecuencia de antes, ni con aquella intensidad de alucinación que las caracterizaba. Y así seguía viendo y oyendo al viejo, como si *aquello* fuese á la vez, y sin embargo, esencia de su ser y cosa remota, lejana, casi sobrenatural.

De su amistad con Don Fernando, venía que hubiese alimentado Goyo un entrañable afecto por Amelia. Y así como en la chiquilla fué desdoblándose la mujer, y su adorable juventud puso de relieve un desbordamiento de bellezas inefables, fué haciéndosele á Goyo cariño el afecto, y luego amor el cariño: profundo amor, amor de alma y de pasión.

El viejo Fermín sonreíale complacido, y le alentaba, diciéndole ahora de Amelia como antes solía decirle de la Mecha:

— Quiérala, m'hijo, quiérala mucho, por que es muy buena.

Por complacer á Amelia, por halagarla, fué que aprendió Goyo la guitarra. Le cantaba con su voz varonil, que era bella porque vibraba de amor, décimas y endechas, que iban de una á la otra alma como ofrenda y como caricia.

Y ella le pagaba con la maravilla de su sonrisa, con el elocuente rubor de sus mejillas, con el misterio azul de sus ojos, y con los nardos y los claveles que cuidaban sus manos.

Un mal día, supo Goyo que el mozo Ramón, el hijo del patrón, el mismo que él había sacado con vida de entre las manos de los indios, la cortejaba á Amelia, á su Amelia, aun sabiendo que era ya su novia, aun comprendiendo la infamia de ingratitud que le significaban á él esas pretensiones.

Y pronto la insistencia, el descaro que subía de tono, la indiferencia del pretendiente ante el desdén de la pretendida, diéronle con exactitud la medida de ese deseo infame, que parecía dispuesto á atravesarse turbador en el sosiego de su vida.

Una noche en que velaba Goyo — porque voces amigas le habían prevenido de posibles

audaces desmanes de parte de Ramón — sintió á su lado la presencia del viejo.

Acaso nunca como en ese instante había asumido tan milagrosa realidad la visión. Lo comprendió Goyo, y hubo de serle anuncio de la solemnidad del instante. El viejo estaba grave y ceñudo. En su frente, que apretaba la vincha dejando sobre las sienes con algo de aureola asomar las blancas gudejas, una arruga profunda seguía el arco de las cejas, contraído y espeso, bajo el que fulguraban con iras bravias los ojos vivaces.

Por primera vez, desde que así había aprendido á verle, le oyó Goyo al viejo palabras que nunca dijera antes de entonces.

Habló así la visión, y su voz pareció á Goyo la anunciación de una tremenda desventura dicha por la palabra ineludible del Destino:

— Cuidado, m'hijo. La vibora que mordió mi felicidad, está por morder la tuya. Si has de ser desgraciado, que lo seas al menos con toda tu honra, que lo es también la de la mujer á quien amas. ¡Cuidado m'hijo!

En las sombras de la noche, de profundidad intangible, se movieron formas más negras que la negrura ambiente: un rumor muy tenue las había delatado al oído atento que velaba.

El presentimiento de que la hora había llegado, hizo volver á Goyo con la interrogante de su desesperación y de su rabia, puesta en los ojos como una súplica, hacia donde seguía en actitud de admonición la sombra del viejo Fermín.

Resuelto, enérgico, imperioso como un ademán de lo Ignoto, apuntó el viejo la mano hacia el sitio donde estaba guardado, cual una reliquia, el cuchillo que había sido suyo:

— Tómalo, y cumple con tu destino...

Sobre el umbral de la puerta del cuarto, donde, desprevenida, reposaba la amada, alcanzó Goyo la sombra que se deslizaba, con la cautela con que va el Mal hacia lo prohibido. En sus manos de hierro, el cuchillo del viejo Fermín no temblaba. El cuchillo del viejo Fermín parecía recordar el sabor que tiene para el acero de la Justicia la carne de los malvados.

Hubo en el silencio muy pocas palabras, una breve lucha, sorda, y el cuchillo del viejo Fermín se hundió á partir un corazón...

Cumplido el mandato fatídico, siempre obediente, siempre sumiso, siguiendo la ruta que le marcaba el destino, se fué Goyo bajo las sombras que le prestaban su manto de misterio, para salvar, de entre el derrumbe de su felicidad, la última luz de esperanza.

La Isla Dorada

MALLORCA

¡ La isla de los pintores ! También los poetas van á Mallorca. Y los novelistas. Y los músicos... Recordemos á Chopin invernando en la Cartuja de Valldemosa con Jorge Sand. Y también los turistas ingleses van á Mallorca, y trepan en asnos hasta las alturas del Lluch Mayor, y pasan valerosamente una jornada de « carretón » para abismarse en las grutas de Artá, entre las estalactitas y estalagmitas que, al unirse, por obra de los milenarios, forman columnas gigantescas y extrañas. También los industriales van y vienen por la Isla de Oro, la Isla Afortunada de los antiguos, y el jardín de las Hesperides de los modernos... ¡ Las naranjas del valle de Sóller ! Los mercaderes trafican además con el olivo y el almendro, con los cereales y las legumbres, con todos los productos de una de las tierras más feraces del globo. Pero la isla pertenece á los pintores, no por pintoresca sino por pictórica... Lo pintoresco envuelve la idea de diversión, de ligereza, de sonrisa, de telas chillonas, de cantos y ritmos entre jocosos y alegres. Lo pictórico es... más grave y más hondo. Andalucía, la Andalucía ciudadana y no la montaraz, es pintoresca. Mallorca, en mayor grado que las tierras de Levante, sus vecinas, es pictórica. El paisaje es violento y ardoroso; la vegetación briosa, robusta; el paisaje y la vegetación de una comarca del mediodía, caliente, luminosa y de origen volcánico. Todo el mar que la circunda, el Mediterráneo, con sus añiles disueltos, no consigue refrescar á Mallorca. Mallorca es de oro, es de llama. De sus entrañas ígneas, han surgido las montañas abruptas que, del lado del mar, forman los acantilados pavorosos, y esa flora indescriptible, ebria de savia y de color. Y los pintores modernos, los pintores de la luz, han sentido el des-

lumbramiento y la seducción de Mallorca, y han encontrado en ella un paraíso.

Diríase más bien que Mallorca es la tierra de promisión de los pintores. El mar es de indigo, y es violeta en los crepúsculos. Los montes son cárdenos y, como el mar, violetas á la luz vespertina. Los cielos, sobre estos montes y sobre este mar, conocen todos los misterios y prodigios de la luz. Los tonos más calientes — púrpura, amaranto, ámbar vivo, malva intenso — libran inefables contiendas antes de armonizarse en el azul blanquecino de las tardes serenas, ó de diluirse entre las sombras de la noche.

Cada color recorre su escala, desenvuelve su sinfonía luminosa. Todo contraste, por inaudito que parezca, puede esperarse de este paisaje febril, que un pintor sintético y audaz podría interpretar con tintas planas. Una franja de mar azul, de un azul de lapislázuli, y una peña color ocre; un laurel-rosa salpicado de flores sangrientas junto á una enredadera de campanillas azules; unos pinos negros recortándose en silueta sobre un cielo anaranjado de atardecer; una carretera blanca de sal que atraviesa terrenos rojizos, donde florecen los almendros y pastan unos carneros de vellones de cobre... Todo esto existe, todo esto se ofrece á la retina del espectador en Mallorca.

Pero no es sólo el color; no es sólo la luz. Es también la forma, y son también las proporciones. Los arbustos de las tierras del Norte son árboles en Mallorca. Los árboles de las tierras templadas son colosos en la isla. El laurel-rosa que vive lánguidamente en el centro de Europa, sorprende por su tamaño y por su floración lujuriente. La higuera adquiere dimensiones monstruosas. La hiedra abandona su simbólica melancolía, para dar á sus tallos consistencia y

bravura de reptiles del trópico, que trepan por las rocas ingentes, apretándolas, mordiéndolas... Los pinos en las crestas de los montes; los algarrobos; las encinas; los nogales y los alamos del valle; las espesas viñas; los limoneros y naranjos de los huertos; los mirtos de los páramos; las pitas y las chumberas que pululan por toda la isla, son en su inmensa variedad igualmente vigorosos, excesivamente vigorosos, podría decirse hipertrofiados. Unas granadas rojas, como ampollas de sangre fresca, se desgajan de la rama; un naranjo se doblega bajo su carga de oro; la fecundidad de las viñas es enorme, y hace pensar en vendimias dionisiacas; un rosal ó un geranio aparecen como asfixiados por el fuego de sus flores bermejas. Es la naturaleza que se ha excedido, aceptando las pasiones del sol... Es la tierra apasionada, fácil y hospitalaria á todos los gémenes. Se diría que Ceres, en Mallorca, tiene liviandades venísticas. Todo germina, todo crece como á la aventura, como á su sabor, sin que la mano del hombre consiga — ¿sabemos si lo intenta? — contener y depurar este desbordamiento. Pero el encanto de Mallorca reside en la ruda vehemencia de su

paisaje. Las gentes del Norte llegan á la Isla Dorada, para sufrir el contagio de su fiebre de luz.

He aquí el árbol que compendia los extravíos y los impetus de esta tierra de fuego; el olivo. De Palma á Valldemosa, al través de la montaña, por el oeste de la isla, en marcha hacia la Cartuja, que el amor profano de Chopin y de la fogosa autora de *Spiritism* ha convertido en centro de peregrinaciones literarias, ó bien por las alturas de Mallorca, desde Inca á Pollensa, ó desde la clásica Pollensa á los acantilados cóncavos de la *Cala de San Vicente*, he aquí el olivo que surge, que brota de la tierra seca, y se prepara á seguir al viajero como un ejército en marcha, como una teoría de formas fantásticas, como una carrera mortal de lapitas y centauros combatientes, petrificados en el momento álgido de la disputa heroica.

Los olivos de Mallorca, los olivos caducos, varias veces centenarios, arrastran á la ima-



Torrente de Pareys.

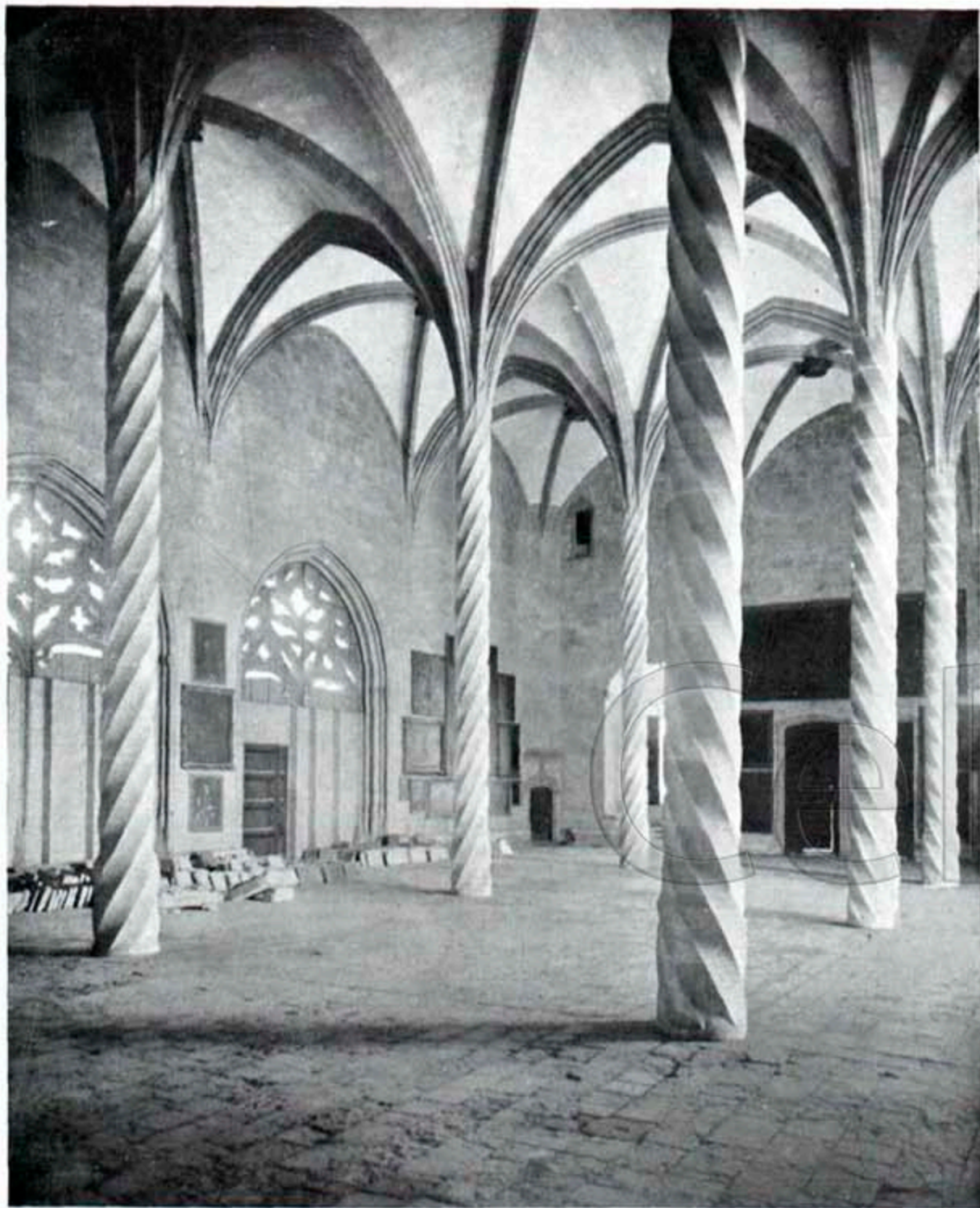


La Foradada. Miramar.

ginación á metáforas mauditas. Ninguna fantasía de escritor irá tan lejos como la naturaleza misma. Los olivos retorcidos, convulsos, descoyuntados, trastornan el lenguaje íntimo del espectador. ¡No hay palabras propias para expresar el martirio del árbol! Es preciso que deje de ser árbol, que deje de ser materia insensible para recibir los epítetos que acompañan á las ideas de dolor, de tortura, de angustia, de desgarramiento de la carne. El árbol vive, siente y sangra. Entonces, cuando el espectador ha subvertido las leyes biológicas, cuando el olivo es un ser animado, las comparaciones desbordan de los labios. De la visión abracadabrante de estos seres disformes y monstruosos, se destacan los más insólitos y terroríficos. Hay olivos que se arrastran como cíclopes luchando con serpientes. Otros hay con semejanzas femeninas, con curvas y redondeces, donde se mezclan la voluptuosidad y el espanto. Algunos, con los rugosos troncos desgarrados y abiertos, son como guerreros de Oriente que se vacían las entrañas. Otros aun semejan tigres agazapados, kanguros emprendiendo el salto, girafas con el cuello erguido hacia las ramas. Raramente, la impresión de horror se cambia en impresión de belleza. Alguna

vez, en el hueco de un tronco se guarece una oveja blanca. Entonces, el olivo se hace maternal, y el viajero sonríe enternecido. Pero las formas recuperan en seguida sus crispaciones, sus fealdades sublimes. Todo es deforme. Es como una negación y una maldición de la forma. Y es imponente. Y es como una cristalización de la vida humana: cada pasión, cada vicio, cada ansiedad tiene su representación en los olivos. Uno se arrastra con bajezas de adulador. Otro se hincha con impudicias de glotón. Otro se llena de excrecencias de alcohólico ó de leproso. Una rama parece un brazo ó un arma homicidas. Un tronco doble se hunde en el suelo, roto, como un vencido que se rompe las piernas en la retirada.

El aspecto fantasmagórico de la Isla Dorada no concluye con los olivos. Continúa en las grutas. En las de Artá, las estalactitas y estalagmitas soldadas son como tallos de grandes palmeras ó fustes de columnas góticas. En las cuevas del Drach y del Pirata, cerca de Manacor, las cristalizaciones de la



Un detalle de La Lonja.

roca son menos grandiosas y más pintorescas. A la luz del carburo, el viajero cree visitar las entrañas del planeta. La impresión es primero de asombro, de un asombro infantil. Y luego, de pesadumbre y de tristeza; de la tristeza fatídica de los pueblos sepultados, donde todo es esterilidad y reposo. Los lagos en las grutas llegan al grado sumo de la inmovilidad y la transparencia. Parecen no

existir, y como si fueran la continuación del vacío, la hondura del abismo. Las raras filtraciones de la roca sobre los lagos advierten la presencia del agua. La llama de magnesio, que el guía enciende en los parajes de mayor misterio, colora las aguas aletargadas de un tono verde-azul fosforescente. Las aguas parecen venenosas y hacen pensar, angustiosamente, en traiciones y maleficios

de náyades y ondinas legendarias. No sorprendería ver flotar en estas aguas metálicas, en estas aguas lívidas, el cadáver de Ofelia. Dante Gabriel Rossetti habría sido el pintor de estos lagos subterráneos, que nunca han recibido la visita del sol.



No. Los olivos crispados, las cuevas de monstruosa arquitectura espontánea, no son la belleza de Mallorca, ó son su belleza trágica. Volvamos la vista á las playas, á los bosques, á los valles. Marchemos al través de Palma, la ciudad de los grandes aleros, de la catedral gótica edificada junto al mar, de la Lonja armoniosa y los molinos románticos. Palma es cálida y vivaz, como Valencia. Sus propios misterios son luminosos: aquel claustro ojival de San Francisco, como incendiado por el sol y la púrpura de los geranios, y la basilica con los rosetones tapiados por la parte del mar... ¡ Oh, el viento y el sol! Y la catedral medio ciega, con las pupilas policromas que lucen todavía, es brillante y esplendorosa.

Palma, Porto-Pi, con el viejo yate del

viejo archiduque de Austria — el gran enamorado de Mallorca — en su ensenada azul; el castillo de Bellver... Esto descubre y admira el viajero, antes de emprender las clásicas excursiones por la isla. Un coche le llevará de Palma á Sóller, la ciudad áurea — por el valle de naranjos que la envuelve y por el oro de sus habitantes enriquecidos — haciendo un alto en Valldemosa, para buscar inútilmente en la Cartuja las huellas del músico polaco y de la novelista francesa. Entre montañas, y bordeando precipicios, ganará la segunda etapa del viaje: Miramar, la posesión del Archiduque, donde le aguardan las más bellas perspectivas marítimas del mundo. Desde las alturas de la posesión, á vista de pájaro, por encima del bosque de pinos que se precipita contra el Mediterráneo, es el mar inmenso, inmóvil, de laca azul, y son las peñas rojizas y los acantilados que parecen de cobre. Luego, los almendros y los naranjos seguirán hasta Sóller los zigzags de la ruta.

Después, Felanitx, árido como un pueblo de Castilla, con sus alfares primitivos; Manacor, con sus molinos; Inca, con pretensiones de ciudad moderna, con toldos en las calles, y bazares de artículos de París; la Puebla, la comarca-emporio, rica en todo



El Molinar.



Carretera de Deya a Soller.

género de frutos del país y en rebaños; las montañas del Lluch, con un santuario y hospital de peregrinos en las cumbres; y, por último, lo más bravo de la Isla: Pollensa, que conserva todo el carácter autóctono, y la romana Alcudia, con su inmensa bahía y sus lagunas contagiosas.

¡Un libro sobre Mallorca! Los paisajistas pintan por todos los aucones y picachos de la isla. He aquí, en el abrupto é imponente Torrente de Pareys, la choza donde uno guarda sus telas y colores... He aquí, en la Cala de San Vicente, bajo un rancho de ramas de pino, la hamaca, el caballete con el boceto húmedo, y las botellas de agua mineral de otro pintor afortunado... Ved aún entre Vall-demosà y Miramar los jardines interiores de tonos violentos — y no obstante armo-

niosos — que antes os parecieron soñados por Santiago Rusiñol... ¡ Pintores, pintores por todas partes!

Y Mallorca necesita un pintor sin pinceles, un escrutador del paisaje. Más aún. Mallorca, como Toledo, como Granada, como todas las tierras solares, necesita un pensador genial de los países de bruma que, por contraste, por deslumbramiento y por sorpresa, se apodere, para bien del arte, de su belleza impalpable: de su luz.

ALBERTO INSUA.



La Paz La Guerra

Por José M. MATHEU



I

Una heterogénea muchedumbre, compuesta de gentes de todas castas, obreros, empleados, trabajadores, caballeros de americana, señoras de vistoso sombrero y mujeres del pueblo, veíase esparcida en infinitos grupos por todo el Salón del Prado, delante del Museo, del Jardín Botánico y en los alrededores de la Estación del Mediodía. Curioso y novelero como pocos, nuestro pueblo congregábase á aquella hora, en una placida tarde de Septiembre, para ver el desfile de los regimientos destinados á la guerra, tal vez inevitable, que debía sostenerse en Africa con los rifeños. Habíase cometido un verdadero desafuero contra la madre patria, y era natural que fuese el ejército, ya preparado, el que les castigase con mano dura. Lisfrutábamos de cuatro ó cinco años de regalada paz. Indudablemente, era ya excesiva paz para esta noble tierra, para esta extraña Península, convertida en verdadero campo de batalla, en la universal Historia, de todas las razas conocidas del Continente, y aun de algunas de Africa.

Ello es que aquella tarde, ante el desfile de los soldados, que cruzaban gallardos y serenos á los acordes de la música que les precedía, la multitud se sentía algo emocionada. Por más de algún semblante pasaba una sombría ráfaga de tristeza. Muchas madres, recordando lo pasado, llevaban los pañuelos á sus ojos. Cierto, que se tenía una gran confianza en la bravura y disciplina de nuestro ejército. El jefe, que debía dirigirlo á la vic-

toria, era un experto general. No se trataba de conquistar el imperio. Pero aquello despertaba, al fin, la visión de la guerra desoladora, con sus crueldades y sus víctimas. Se preveía la sangre derramada por aquellos pobres mozos, varoniles y recios, que iban á cumplir un sagrado deber. ¡ Pero cuántos de ellos quedarían insepultos y olvidados en tierra extraña, y cuántos tornarían inútiles para la lucha diaria de la vida! Entre los diversos grupos de curiosos había también niños; algunos palmoteaban de alegría; otros querían llevar el comjás de la música resonante, y marchaban marcialmente de un lado á otro. A cierta distancia, entre la masa gris y oscura, salpicadas de algunas notas claras y de algunos colores vivos, que se apiñaban á un lado y otro del pasco, se veían avanzar las compañías con el capitán á la cabeza, como una ancha sierpe azulada que siguiera recta y callada su camino. Al descender á la Estación, la columna de los soldados detenía un poco el paso, se ajustaban las filas, y aparecía más compacto aquel conjunto uniforme y movable de masa humana, que representaba la fuerza y la juventud. Entonces, en aquel instante, un obrero de edad, pero todavía fuerte y vigoroso, de rostro arrebolado y cabellos crespos que cubría una pobre boina, levantó la mano y gritó con recia voz:

— ¡ Vivan los soldados, viva España!

Algunos de los jefes volvieron la cabeza; los soldados le miraron sonriendo, y aún más, cuando al eco de esta robusta voz respondieron otras muchas, vibrantes y cla-

morosas. Aquel público curioso y pasivo, algo alejado de estos densos núcleos de gente que se empuja, se apiña y se inmoviliza como una muralla de carne, sintió á su vez un súbito movimiento de expectación y de simpatía. Volvieron á agitarse los pañuelos blancos, como en señal de cariñosa y elusiva despedida, y corrió de nuevo entre la muchedumbre, el estremecimiento y la emoción que sólo pueden inspirar á los más fervientes estas nobles ideas de patria y de sacrificio. A esta hora, el último resplandor del poniente, purpúreo y dorado, venía á prestar cierta apariencia de tristeza y melancólico duelo al amplio edificio de la Estación, y á la alta y rica ornamentación del nuevo Ministerio de Fomento, á las verdes arboledas, matizadas del oro otoñal, del jardín Botánico, y aun á las lejanías ya difusas de la Ronda de Atocha.

II

Unas horas antes, en un modesto cuarto de la calle de la Cruzada entraba apresuradamente un oficial de infantería, llamando por sus nombres á la dueña: — Felisa, Felisa... doña Dolores. — Ambas mujeres, que se hallaban en alguna labor, acudieron á la salita, por donde hubo de meterse el recién venido. — ¡Ah, es usted!... De marcha ya ¿no es eso? — insinuó la señora de la casa al encontrarse en su presencia. Luego vino la damita joven, una linda trigueña de ojos pardos, dorada cabellera y menudo andar, que se acercó á estrechar la mano del caballero oficial, no sin un ligero estremecimiento:

— ¿Decididamente, esta misma tarde?...

— Dentro de tres horas ya estaremos en marcha. Qué quieres, nos ha venido la mala. No hay más remedio que bajar la cabeza... la ordenanza manda. Vamos con algún entusiasmo, pero no sé lo que nos espera por allá.

La mamá, que todavía se conservaba fresca y apetitosa, en medio de esas suaves redondeces que suelen anticipar los años á las que caminan para obesas, fingió una pena que no sentía, al exclamar lacrimosamente: — ¡Válgame el señor! hacía muchos años que teníamos paz, y no podía durar. Pero ¡cómo ha de ser! esto tampoco será cosa larga. ¿No lo cree usted así?

— Dios te oiga, mamá — suspiró la muchacha contemplando la varonil apostura del oficial, que se había levantado de la buta-

ca y se arreglaba la espada, preparándose para la despedida.

— Es de esperar, señora. No creo yo que sobrevengan complicaciones, aunque me temo que tampoco se reduzca todo á un simple paseo militar, como anunciaron otros.

— ¿Tan pronto ya, Luciano?...

— Sí que vais á estar de palique tres cuartos de hora, como de costumbre.

— Tengo el tiempo preciso, querida Felisa. ¡Con cuánto gusto aquí me pasaba media hora!... pero otra vez será.

— Con tal que no tardes en volver...

— Sí, mujer — repuso la implacable mamá. — La semana que viene lo tienes aquí.

— Ah, señora, no caerá esa breva — contestó el oficial sonriéndose, aunque no de buena gana, por la penita grande que atosigaba en aquel momento su corazón. — Que si por mí fuera...

— Adiós, Luciano, escríbeme pronto, lo más pronto que puedas, si es que te acuerdas de mí.

— ¡Si me acuerdo!... ¿Por qué se te ocurrirán estas cosas y en estos momentos, cuando sabes... lo que sabes?

— No le haga usted caso, Luciano. Estas chiquillas son así.

Pasó la madre la primera pasillo adelante, y el joven oficial aprovechó este momento para estrechar entre sus brazos á aquella mujercita de ambarino color, pardos ojos de dulce mirar, que al cuerpo esbelto y bonito unía el calor de la pasión y el atractivo particular de algunas de estas hijas del mediodía, que recibieron al nacer en sus frentes el beso de un sol de fuego.

Corriendo luego unos cuantos días, recibió con singular alegría la siguiente carta: Queridísima Felisa: No pude escribirte desde Cádiz, porque llegamos atropelladamente y nos embarcamos al punto, sin esperar más órdenes, ni tener el descanso de las doce horas, como yo presumía. En Melilla me esperaba el general, y allí quedó mi regimiento por ahora, después de la revista que se hizo á las tropas expedicionarias. Aquí mismo, me han contado los compañeros el incidente que vino á perturbar la tregua de paz que había entre moros y cristianos. Parece ser que los ingenieros trabajan en las construcciones de trincheras, y para detenderles de cualquier ataque, como medida de prevención, protegíales una compañía de infantería. Entre Cabrerizas Altas y Bajas, mirando á Río de Oro, frente al Valle de Benisicar, se levanta



...Ante el desfile de los soldados, que cruzaban gallardos y serenos á los acordes de la música que les precedía...

taba una trinchera, donde debía colocarse una batería de montaña. Mandaba la fuerza protectora un capitán joven y valeroso, que al igual de todos los oficiales se hallaba en una tensión de ánimo muy peligrosa, por aquella imprudente política de conferencias, aplazamientos, de tira y afloja. Como de costumbre, en los alrededores había grupos de moros. Estaban armados, observando los trabajos empezados, entre recelosos y dispuestos á todo evento. Como los grupos iban en aumento, el capitán envió al fuerte de Cabrerizas un recado, preguntando á su jefe: «Por aquí se ven moros en actitud hostil, que se van acercando ¿que hago?» Se le contestó en seguida: «Reconozca usted el campo. Haga lo que las circunstancias y la prudencia le aconsejen». Los ciento cincuenta hombres se pusieron en marcha, para verificar el preciso reconocimiento. Cerca del Valle de Benisicar hicieron alto, y el capitán preguntó á los soldados: «Muchachos ¿quién entiende ó habla el moro?» Un cabo que pertenecía al disciplinario contestó que él lo chapurreaba. «Pues díles á esos de la chilaba, que cesen de pasar y repasar por delante de la trinchera». El cabo les hizo la intimación. Los moros no parecían dis-

puestos á moverse. Algunos empezaron á tirar piedras. Cuando el cabo volvió á acercarse con la última advertencia que el capitán les dirigía, le soltaron un tiro. Visto esto por el capitán, mandó hacer fuego. Y resonó una descarga; en seguida la segunda. Los moros, que sin duda se hallaban preparados, acudieron de todos los puntos del valle, lanzando gritos y acometiendo furiosamente á nuestros soldados. Como aumentaban de tal modo y en tan crecido número, la compañía tuvo que replegarse y acogerse al fuerte de Cabrerizas Altas. Así empezaron á excitarse los ánimos, y á verse en la necesidad de tomar las autoridades una seria determinación. ¿Cómo acabará esto? Aquí no se sabe seguramente si correrá mucha sangre, ó entrará en juego la diplomacia, como en otras ocasiones. Conque ya estás enterada, querida Felisa, de cuanto aquí ha ocurrido. Sólo pensando en tí, desearía que todo este belén terminara lo antes posible, brutal ó pacíficamente: á elegir. Escríbeme sin tardanza y cuéntame tus penitas, si es que las tienes como yo. Dentro de la carta te envío las señas. Con recuerdos para mamá Dolores, recibe los inolvidables y muy cariñosos de tu apasionado, Luciano.

III

Algunos días después, Felisa recibió la segunda y última carta, á la que ella contestó muy complacida, aunque algo apenada, por el sesgo que iba tomando la guerra. Corrió luego una semana y otra, y hasta el mes entero, sin tener noticias. Con esto nacieron las dudas y la angustia y la desesperación de la muchacha, que sólo veía en un tan largo silencio el completo olvido, ó algún nuevo compromiso, ó la muerte. Aunque leía ávidamente el periódico que traía noticias detalladas de la guerra, no halló nunca el nombre de Luciano Monforte; temíase mucho este inesperado desenlace.

Pero era debido, en parte, á los augurios de su madre.

Vino por aquel tiempo de un país un tal don Rafael Mairena, que conocía de antiguo á la familia, y subió á visitarlas de parte de los parientes de doña Dolores. Al tal don Rafael, que era un caballero de alguna edad, ya próximo á los cuarenta, le encantó extremadamente la juventud, donosura y atractivo de Felisa. Luego, en sesiones extra-parlamentarias, digámoslo así le explicó á la madre la felicísima impresión que hubo de producirle su hija. El hombre, que no carecía de labia ni de finura ni de trasteo, empezó por conquistar á la mamá. Por las noches después, las acompañaba al teatro. El buen don Rafaelito, como solían llamarle, por ser menudo, delgadillo y esbelto como una damisela, se deshacía en halagos y obsequios ante las dos mujeres, que le recibían con particular agrado sobre todo doña Dolores. Era de su propia tierra, conocía á los suyos, y sabía deslizarse alguna que otra chirigota en el gracioso dialecto de aquella hermosa región.

Llegó á tanto la simpatía, que hasta la misma Felisa le escuchaba, como encantada, las diversas y ocurrentes noticias que de su país traía. Claro está que, para sus planes, le estaba á don Rafaelito el recuerdo del gallardo oficial, que en ingrata tierra arriesgaba su vida por la patria. Así es que doña Dolores, con gran cautela, en las conversaciones habidas, ni por casualidad mentaba el nombre de Luciano para nada. Alguna vez recordábalo Felisa: — ¡Pero cómo me extraña, mamá, que Luciano no escriba! ¿Qué habrá ocurrido?

La madre, toda dolorida, contestaba meneando la cabeza: — Pues figúrate, hija mía, lo peor. ¿Qué quieres que pase en una guerra como esa? Los periódicos no dicen nunca la verdad; alguno tal vez traerá las malas noticias, pero no vamos á leerlos todos.

Esta hora fatal de tristeza y de desaliento sentíala la muchacha durante el día. Al llegar la noche, acostumbraba á subir á la casa don Rafaelito, que unas veces se quedaba en su amable compañía, y otras las invitaba á pasar la velada en la Comedia, ó en Lara, ó en algún café del centro, ó en alguna pastelería de moda, donde pudieran tomarse á última hora unos dulces finos ó chocolate selecto, ó cosa por el estilo. Los tres eran golosos, y tratándose de dar este gusto al paladar pronto se avenían. Tras los dulces y las cositas buenas vino su declaración á Felisa, que le escuchó algo turbada. Sentía en efecto la muchacha cierto agradecimiento y simpatía por aquel caballero tan fino, tan generoso, tan ocurrente y bien hablado; pero aún conservaba en el fondo de su corazón cierta esperanza, al pensar en aquel gallardo oficial que había jurado no olvidarla nunca, jamás, mientras él viviera. Su madre le recordaba á su vez que eso se dice pronto, y que todos los hombres prometen lo mismo á sus novias. Luego aquellos cinco meses tan largos, sin tener una noticia, ni una carta, ni un simple recuerdo...

En estas vacilaciones intervenía doña Dolores, que la consolaba con el risueño porvenir que le ofrecía el afecto profundo de una persona rica, bien educada y finísima como el que más. ¿No era así don Rafaelito Mairena? Felisa no podía negarlo. Pues, entonces... Preparada de tal modo, una tarde de primavera, en el risueño mes de Abril, entró don Rafael en la sala, donde le esperaban Felisa y su madre, contentísimo, repitiendo esta frase:

— Ya tocan á gloria, ya tocan á gloria ¿no oyen ustedes?

— ¿Qué es eso? ¿por qué lo dice usted?

— Don Rafaelito viene á darnos un poco de *coba*.

— ¡Ah, señora, nada de eso! Esas campanitas que tocan á gloria, las oigo en mi corazón. ¿Sabe usted por qué? Porque me dijo una gitana, bien enterada, que Felisita me quiere, pero de *verdad*. Yo le dije á la *cañi*: «¿Pero eso es guasa, ó es para que te convide á confitura y te regale encima cinco blancas?» Y ella me juró que sí, por la *santísima* de su mare, que la cosa era muy seria.

Contemplábase Felisa muy contenta, y risueña y casi conmovida; y la madre aprovechando este feliz momento levantóse del silloncito se colocó entre los dos y con la mano alzada para bendecirles les dijo con toda gravedad:

— Hijos míos, aquí no hace falta más

IV

A los dos ó tres meses tuvo don Rafael que volver á su tierra, por motivo de unos parientes suyos que vendían una gran finca, unos terrenos abandonados tiempo hacía, y esto era un buen negocio que no debía desaprovecharse. Por tal razón, y durante la ausencia de su esposo, tornó Felisa á vivir, en compañía de su madre, á la calle de la Cruzada. Ignoraban todavía si lo del negocio sería cuestión de un mes, ó de mucho más tiempo.

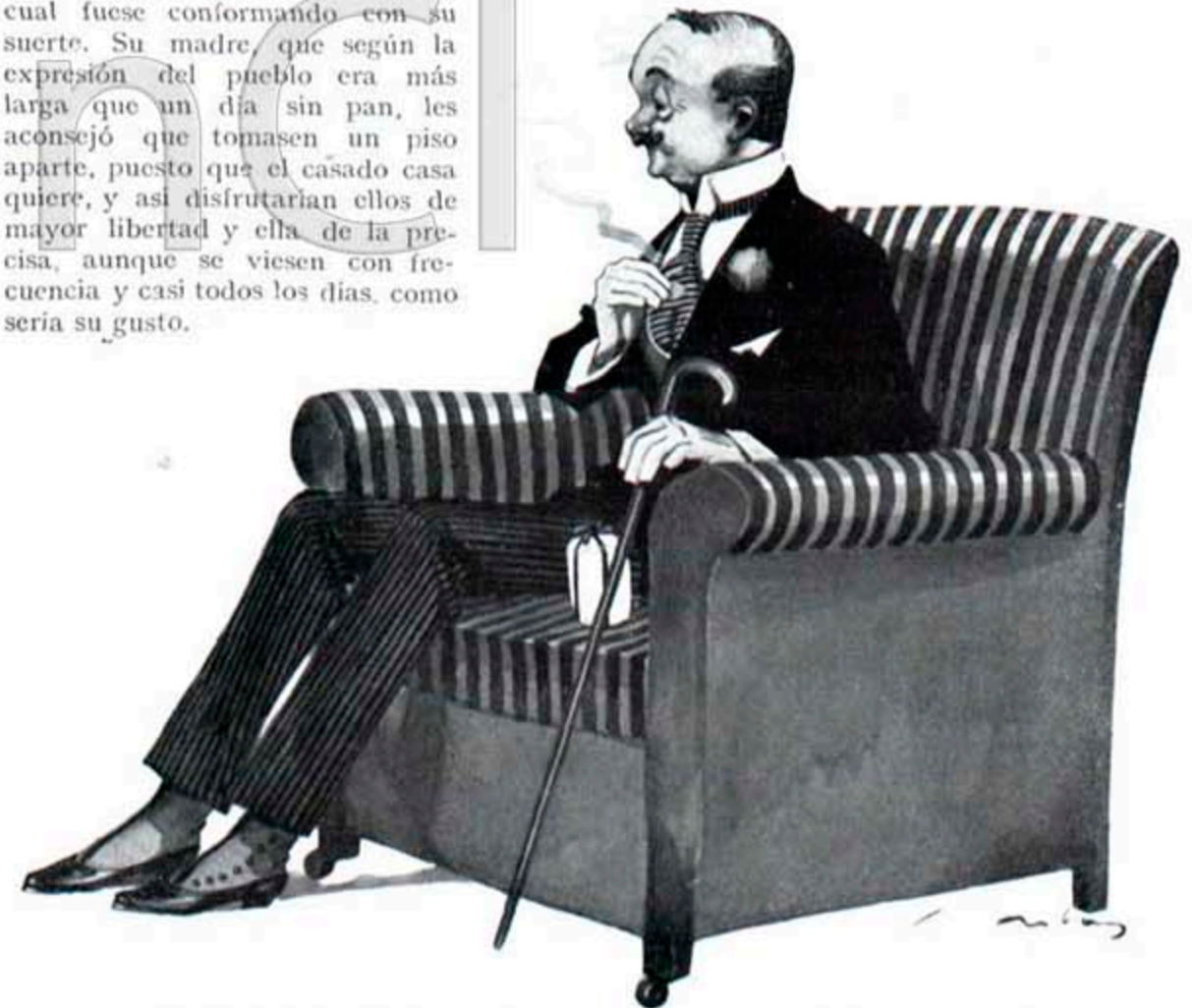
Una mañana llamaron como con urgencia, y la sirvienta recibió á un señor militar que le preguntó por su señorita. Al dar una vez, ya tan conocida, salió la propia Felisa, quedándose al pronto turbada y pálida, sin saber qué hacer ni qué contestar al cariñoso apretón de manos de su antiguo y olvidado novio. Ni aún ella misma podía imaginárselo teniendo delante, en medio de su inquietud, velados sus pardos ojos por la sombra de una inesperada y profunda tristeza.

que el cura que os bendiga, como yo os bendigo.

Más alegre que unas castañuelas, don Rafaelito contestó al punto:

— ¡Amén amén! Y bendita sea esa cristiana y graciosísima boca que tal dice!

Ri ronse grandemente hija y madre, oyendo tales alabanzas y ponderaciones; y desde este instante, el tal don Rafaelito se creyó ya novio, hecho y derecho, y á la casa vino diariamente, sin apartarse un ápice de su Felisa más que en las horas pasadas en su actual hospedaje, hasta que amaneció el día de su solemnidad. Convencida al fin por su madre, que era maestra en mundología, la muchacha fué cediendo un milímetro cada día, y en su consecuencia, como no podía ser menos, llegó aquí tan suspirado en que debía ser declarada esposa legítima de don Rafael Mairena. Al pronto, no se daba ella cuenta exacta de cómo pudo ocurrir este tan tremendo suceso, cuando tantos motivos tenía para no ceder... pero por sí ó por no hubo de ceder, y las cosas no se remediaban con lamentaciones, por lo cual fuese conformando con su suerte. Su madre, que según la expresión del pueblo era más larga que un día sin pan, le aconsejó que tomasen un piso aparte, puesto que el casado casa quiere, y así disfrutarían ellos de mayor libertad y ella, de la precisa, aunque se viesen con frecuencia y casi todos los días, como sería su gusto.



Al tal Don Rafael, que era un caballero de alguna edad, ya próximo á los cuarenta...

— Pero ¿qué es esto? ¿no me dices nada, ni me preguntas nada? ¿Y tu madre? ¿Pero no sabías aún que venía á Madrid? ¿no has recibido mis cartas, una, dos, tres, cuatro, mil? creo que pasan de cuatro mil, las que te habré escrito. Y tú sin contestar.

— ¿Tú me has escrito tantas cartas?

— Vaya una pregunta. ¿Pues no te lo digo? Pero eso no te excusa el contestar á la mía. ¿Estuviste enferma? ¿qué pudo motivar esa determinación tuya? Para no contestar, hubo de ocurrir algo grave...

Desde este momento, Felisa, sin levantar la vista del suelo, intensamente pálida, revolvía en su imaginación los mil incidentes ocurridos, las largas conversaciones con su madre, y veía con inmenso dolor de su alma, de qué modo aquella pobre ilusa de su madre la había arrastrado, engañado, haciéndole creer en lo que no existía, hasta el terrible y doloroso desenlace de su matrimonio.

— Créeme, Luciano, no quisiera contestar, no quisiera que tú supieras todo lo que... ¡Dios mío!

— La salida es ocurente, mujer. Vengo aquí contento y satisfecho por haber cumplido mi deber, con mi gradito de capitán bien ganado, á saber lo que ha ocurrido en tu casa, á enterarme de lo que más me interesa, y ahora salimos con que no querías que lo supiera. ¡Pues buen viaje hemos echado!

— Perdóneme, Luciano... yo...

— ¿Perdón de qué?

— Te juro por la Virgen santa, que yo no he recibido esas cartas que dices. Mi madre tuvo, sin duda, un interés especial en que no llegaran á mis manos. Ahora, en este instante, comprendo... Ya me ves, con una pena que me ahoga, comprendo lo que ha pasado en esta casa.

— Pero tu madre no tenía derecho alguno para interponerse entre nuestra felicidad, y privarte de mis cartas. ¿Qué interés ocultaba tu madre? Algún interés muy grande debía tener. Confíesamelo, sé franca, dímelo todo, porque me temo...

— Sí, Luciano, todo se ha perdido para nosotros. Estaba ella en el empeño de que te olvidase, de que cediera á sus consejos, de que me casara con un amigo de la familia.

— ¡Y tú cediste!... ¡Dios de Dios! ¿Por qué habrá sido tu madre la autora de esa infamia? ¿Por qué no había yo de encontrar

aquí un hombre hecho y derecho, para que pudiera hacerlo pedazos?

— Por Dios, Luciano, cálmate. Mi madre está en su cuarto, habrá oído tu voz y no se atrevió á salir...

— Llámala, que venga. Con alguno se ha de desahogar mi bilis.

— No, Luciano, ten compasión de estas dos pobres mujeres.

— ¡Compasión...! ¿La tuvo ella de nosotros? ¿Qué daño le hice yo á esa fiera, para que me arrebatara el cariño de su hija? Llámala.

— Luciano ¡por la Virgen santa!

— Entonces, iré yo.

Y salió de la salita como una tromba, en dirección al cuarto donde debía de estar doña Dolores. Pero ésta se había encerrado con llave y cerrojo, y cuando se acercaron á la puerta el capitán y Felisa, no se oía por dentro ni el zumbido de una mosca. Conteniendo hasta la respiración, toda atemorizada, la infeliz señora debía temblar en aquel momento como la hoja en el árbol. Esto no obstante, con voz de trueno para que lo oyera bien claro, el ofendido capitán le gritó, acercando los labios á la cerradura:

— Señora, en vez de corazón debe usted tener una bolsa de mugre, ó de lo que más asco y repugnancia inspire á las gentes. No espere usted por esto que su hija pueda ya nunca quererla. Verá en usted á la fiera, porque es una felonía lo que usted ha hecho con nosotros. Y eso debe pagarse. No crea usted tampoco que la perdonaremos. ¡Perdonar! Tentaciones me dan de echar la puerta abajo, y entrar á retorcerle el cuello. Pero otra vez será. Mala madre... mala víbora.

Luego, Felisa, con lágrimas en los ojos, repetía á Luciano la idea que le suscitaban sus más amargos recuerdos:

— La guerra, la maldita guerra tiene la culpa de esto que nos pasa. Si tú no te hubieras marchado allá, tan lejos, tan lejos...

— ¡Ah, Felisa mía... si tú supieras bien lo que es la guerra!

Y uno y otro quedáronse mudos, doloridos, bajo el peso de esa trágica y sombría desesperación que nos deja inermes, en un áspero y completo desaliento.

Por una coincidencia extraña ó natural, según las circunstancias, pocos momentos después, al cruzar el autor de este boceto por delante del Congreso, oyó á dos personajes que de allí salían el siguiente comentario:

— Ya habrá usted leído en la prensa que,



— Créeme, Luciano, no quisiera contestar, no quisiera que tú supieras todo lo que...

ante el anuncio de nuevos armamentos y la excitación actual de las potencias, surge con mayor fuerza la protesta de todos los socialistas de Europa. Los de Rusia se dirigen á los franceses, y éstos envían un comisionado especial á los españoles, que firman una fuerte alianza. Las mujeres, los intelectuales, votan igualmente porque la paz universal sea un hecho en el mundo civilizado. ¿Qué opina usted, maestro, de esta nueva cruzada que preparan tantos nobles espíritus?

— No nos forjemos ilusiones, amigo. Eso es un ideal al que aspiran, como usted dice bien, muchos nobles corazones. ¿Pero cuántos años, ó mejor dicho, cuántos siglos verá transcurrir esta vieja Europa, y aquella joven y vígorosa América, en expectativa de esa gloriosa Pascua, de ese universal ubileo de la Paz en que florezcan para siempre las palmas y las ramas de olivo, en que los

grandes pensadores y las más altas inteligencias sean los buenos pastores que conduzcan y dirijan á los pueblos?

— ¿Y usted cree firmemente que no ha de llegar?...

— Firmemente he creído, como en la luz del día, en la realidad de tantas hermosas ideas que, á pesar de su virtualidad, no llegaron á ser carne de nuestra carne social, ni pan de nuestro espíritu, ni ley reguladora de la vida, que acaso no lleguen nunca...

— Esa palabra es una horrible decepción.

— Tómela usted en sentido de duda, como un interrogante, para no verse cruelmente desilusionado, para no tener que renegar algún día de nuestro progreso, de nuestra ciencia, de toda civilización, y aun de aquel puro y noble ideal por el que tantas veces hemos luchado.



(Ilustraciones de Ribas.)



TRAS los árboles corpulentos y centenarios, el palacio ducal descansa en la mañana helada. Sobre el cornisamento, en los altos muros, los rancios blasones de Berwick, Lirias y Albas, asiluetan en el cielo el macizo dibujo de su labra en piedra. En la fachada, de tres cuerpos, los huecos severos, elegantes, ponen de manifiesto una grata armonía de líneas y proporciones. La sabia mano de Ventura Rodríguez marcó la huella majestuosa y reposada del arte en esta construcción señorial, y el tiempo, en su transcurso, aumentó las bellezas de la obra humana, dejando señal de su paso, en un ambiente de apacible melancolía que rodea la prósper mansión.

Una verja pesada, recia y severa, de hieráticos y espaciados barrotes, cierra el paso al jardín, y separa el palacio de los Alba de la calle de la Princesa. El buen pueblo madrileño, tan crédulo y dado á juegos de fantasía, ha forjado en su imaginación una leyenda, que hace referencia á la tal verja: «ella es recuerdo — dicen — de la que en tiempos pasados gustó colgar en torno de su regia morada á uno de los anteriores Duques.» Igual en proporciones, aún más extensa que la actual, macizado en plata sus barrotes, aquel símbolo ostentoso de una grandeza efectiva rodeó en días ya lejanos el palacio del primer noble de Castilla. Leyenda ó certidumbre realidad, esta relación, quién sabe si verosímil, acrecida por la fantasía del pueblo, muestra el poder de estos grandes señores que honraron los blasones añejos de la Casa de Alba.

En la mañana gris, mañana invernal y triste, he atravesado la umbría solitaria que extiende su verdosa fronda por delante

de la ducal mansión. Las veredas del parque, separando las aterciopeladas praderías del jardín, muestran un matizado de hojas muertas, y un viento encalmado juega con ellas y las levanta en andariegos espirales, sobre la arenisca de playa que cubre el suelo de los anchurosos y severos paseos.

En el zaguán palaciego, amplio, que da acceso á la escalera de honor, entrego mi tarjeta á un servidor de la casa. Los momentos de espera son muy breves. Por las tres grandes puertas se admira la visión del parque, cortado por el verde oscuro de los árboles; la luz cenicienta del día se filtra al través de las ramas, y llega hasta allí con suavidad, casi diluida entre la niebla mañanera.

A la izquierda, una pequeña puerta se abre, y soy invitado á pasar.

Relampagueante por la imaginación, y sin que pueda explicar la extraña asociación de ideas, pasa entonces el simpático recuerdo de aquel cande de Lemus, que prestara protección al más grande y peregrino ingenio de las letras, que se llamó Miguel de Cervantes Saavedra. Ya dentro, la voz varonil, noble y de reposada inflexión, del actual Duque de Alba, corta el hilo de un recuerdo que hacía referencia á los días más gloriosos de España.

Es D. Jacobo Stuart Fitz — James — Falco — Duque de Alba de Tormes, de Berwick, de Liria, de Olivares, de Peñaranda y de Huéscar; Marqués de La Algaba de Barracota, del Carpio, de Coria de Eliche, de La Mota, de San Leonardo, de Sarria, de Tarazona, de Valderrában, de Villanueva del Fresno, de Villanueva del Río; Conde de Andrade, de Ayala, de Casarrubios del Monte, de Fuentidueña, de Gelves, de Lemus, de Fuentes, de Lerin, de Miranda del Casta-



Foto Garrido.

Fachada del palacio ducal de Alba, en Madrid.

ñar, de Monterey, de Montijo, de Villalba, y señor de múltiples baronías y señoríos, el aristócrata español que ocupa el rango más elevado y el puesto primero en el Gotha castellano.

Tiene la elegante distinción y noble cortejanía de los antiguos hidalgos castellanos. Alto de cuerpo, de complexión recia, pregona su continente una educación que ha fortalecido el espíritu en el cultivo del sport disciplinando férreamente la voluntad. El bigote de un rubio bermejo, llévalo recortado á usanza austriaca. Correctas las facciones del rostro, acentuadas y varoniles, destacan en el rubio encendido de la piel, que ha sido curtida por los climas más contrarios: el sol abrasador de los desiertos africanos, y los fríos glaciales de las estepas árticas. De haber nacido en tiempos ya lejanos, alguno de los maestros flamencos como Rubens ó Van Dick, pintores de cámara de los más poderosos señores, hubiera legado á la posteridad el retrato del actual Duque de Alba, envuelto en el manto de los templarios, bajo cuyos pliegues destácase la púrpura de un jubón acuchillado.

Tras la amplia mesa de trabajo, el Señor de Berwick y de Liria escucha el objeto de mi visita: *Mundial* solicita del Duque de Alba un relato de sus últimas cacerías en territorio africano. Una relación de las penu-

rias y sufrimientos que, mezclados á grandes emociones, se suceden siempre en estas excursiones, que tienen como escenario las tierras inclementes del Congo y del Sudán, ó los desiertos arenales del Sahara.

Media la mañana. El Sol, que ha roto la malla de niebla, luce brillante en el cielo, de muy intenso azul. Un sol de fines de otoño, cuyos rayos blancos, pasando por entrelazados de ramas que forman los árboles del parque, salvan los huecos de la elegante verja que guarnece la ventana, y proyectan su luz en el tapiz del severo despacho ducal.

— ¿Recuerdos de cacerías? ¡Son tan diversos y sobre todo son tantos! Debo hacer á Ud. la advertencia, de ser la caza mi deporte favorito. Muy joven, cuando me educaba en Inglaterra, maté el primer venado. Fué en una cacería real que presidía el difunto Eduardo VII. ¡Ya verá Ud. la cabeza del animal, que conservo como uno de los trofeos más estimados! Después, infinidad de cacerías. En los Alpes, en los Kárpats, también en el Cáucaso, acompañado de S. A. I., el Gran Duque Nicolás Nicolawit. Mas no llegaban nunca á satisfacer mis deseos semejantes *records* de caza, en los que no escaseaban las comodidades; y las emociones, con ser muy intensas, no conformaban mi carácter, que buscaba algo más. Matando tigres en la India, asegurando el tiro contra

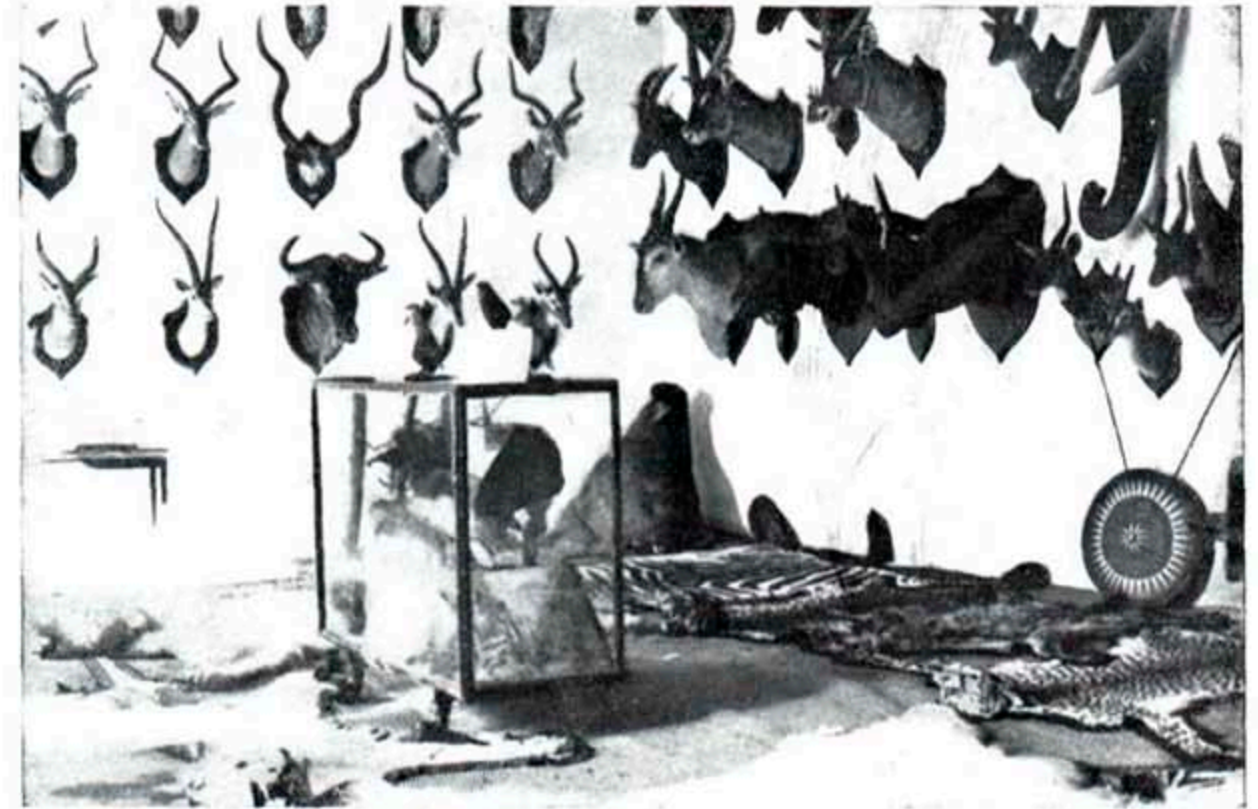


Foto Garrido.

Palacio de Alba. — Sala de trofeos de caza.

los magníficos osos blancos de las regiones polares, y sobre todo, viendo como á veinte ó treinta metros se alza ante uno la masa imponente de un elefante dispuesto al ataque, bramando de cólera y amenazando con sus defensas, es como puede comprenderse bien el interés extraordinario que encierran estas batidas de caza, donde á menudo hay víctimas, y en las que es preciso hacer un gasto grande de energía muscular. Tienen más atractivos estas cacerías en Africa ó en Asia, y hay que demostrar superior fuerza de espíritu para sobrellevar las penalidades y sufrimientos. En ocasiones, en los campamentos que separan cientos de kilómetros del centro de provisiones, escasean los alimentos, y como la caza aprovechable no abunda, hay que hacer verdaderos milagros para no sentir el zarpazo del hambre. Pero todo puede darse por bien empleado. Las emociones experimentadas son nuevas. Nueva es también la impresión que en el ánimo deja grabada el paisaje, de una grandiosidad incomparable. ¡La belleza de las noches del Sud! ¡Estas noches quietas, en completo reposo, con una luna inmensa que ciega con su claridad, alumbrando en el cielo de un azul muy oscuro, reflejando sus rayos de plata en las aguas del Bahr-el-Abiad (El Nilo Blanco) que destaca su corriente sobre el arenal sin límites del desierto!

El Duque de Alba interrumpe su relato,

como poseído por el recuerdo. Un recuerdo seguramente agradable al pensamiento. Y estos momentos precisos, los cupo yo en hacer memorias del paisaje del Africa central, descrito por Reclus: « El sendero trazado en la soledad inmensa por los camellos de las caravanas, se pierde entre las arenas movidas por el simún, y los viajeros, para no extraviarse, tienen que consultar la brújula, interrogar el horizonte ó guiarse por las estrellas, cuando no se ven obligados á seguir las osamentas de anteriores perdidas caravanas, no encontrando más animales que los escorpiones, ya que las moscas y las pulgas, compañeras del viajero los días primeros, mueren por el calor, sin que puedan aventurarse jamás en estos espacios tan temibles ».

— Mis referencias del viaje venatorio al *Zakrur*, ó Sudán, aun cuando sin interés — dice con modestia extremada el Duque de Alba — puede que satisfagan sus deseos de Ud., en la información que de mi solicita *Mundial*.

Asiento reconocido, y el noble señor, que me dispensa el honor de comunicarme sus impresiones de caza para que sean conocidas del público hispano-americano, hace sonar uno de los timbres que descansan en la mesa de trabajo.

— Fernando — dice á su secretario particular que se presenta — tenga Ud. la ama-



El Duque de Alba, y sus compañeros los Sres. Santos, Suárez y Huerta.

bilidad de traerme mi diario del Sudán, y las fotografías allí obtenidas.

El diario de la excursión al Sudán son páginas muy curiosas de la vida de un cazador. El Duque de Alba, con extremada concisión, anota en ellas las acontecimientos más salientes. A través de los renglones, en estilo sencillo, sin refinamientos literarios, de lo que se escribe para la propia intimidad, se admira la personalidad de un carácter atrevido y emprendedor, que gusta sin embargo de la particular observación.

Tienen forzosamente que dejar fuerte huella e impresión duradera en el espíritu, todas las vicisitudes y la serie no interrumpida de accidentes y contrariedades, que son inseparables compañeros en estas expediciones, por tierras tan alejadas del trato con civilizaciones. Insinúa la pregunta, que prontamente es contestada:

— Ciertamente, bien puede Ud. creer que no se reflexiona en los peligros; esos peligros que, por no ser esperados, causan más impresión cuando se ven próximos. Después, cuando ya todo ha pasado y la frialdad de la reflexión llega hasta uno,

podríase aún creer bajo el poder de un hechizo, o esclavizada por intensa pesadilla. Y es que, cuando frente al cañón del rifle, se tiene un centenar de animales en actitud de ataque, toda meditación huye del pensamiento, y, solamente echando mano de la energía disponible, es como se logra hacer frente y tener á raya al enemigo, que es verdaderamente temible. ¡Sólo tal vez un segundo, pero un segundo en los que se viven muchos años! Repase Ud. esas notas de viaje, que algo encontrará de lo que digo.

Muy amablemente, el Duque de Alba me entrega un libro pequeño

de azuladas hojas, en cuya primera página, unas ordenadas titulares rezan la siguiente dedicatoria: «Mis cacerías del Sudán. Febrero-Marzo 1913». Y en los renglones correspondientes al 11 de Marzo, yo leo, escrito de puño y letra del noble cazador:

Marzo 11.

«Ayer, ya acostados, me despertó el Sheik, diciendo había una piara de elefantes cerca de nosotros, á unas dos horas río abajo, y en una ghizerch



El Duque de Alba, junto al cañón de un elefante cazado por él.

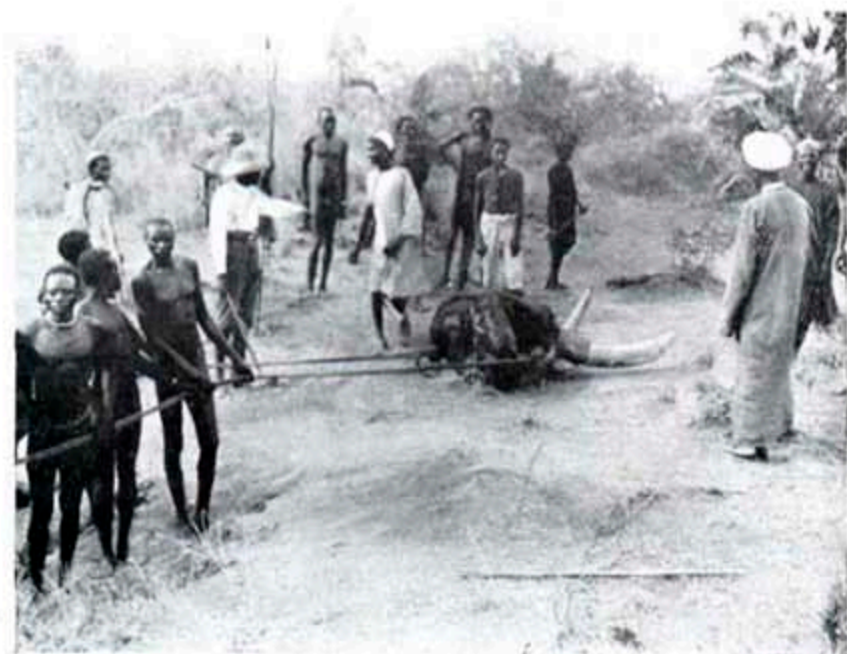
«Al amanecer, salimos los cuatro, teniendo que atravesar un brazo de río, con agua al pecho, durante 25 minutos; luego advimos por «Elephant grass», que nos pasaba la cabeza de lo menos cuatro pies.

«Al cabo de una larga y muy penosa hora, divisamos á lo lejos las cabezas de nuestros bichos t.d.s juntos, y al parecer muchos, en número visiblemente superior á ciento. Los vimos acercarse bastante...

«Después de tirarles, los bichos se habían quedado no lejos, siguiendo todos juntos y formando cuadró.

«Se prepararon al ataque al tirar los tiros; vimos á varios proboscideos huir, y otros caer; luego, el fuego granadeó típicamente del remate final de uno de los heridos; acudimos, y vimos en efecto un cuerpo inmenso en tierra recibiendo los tiros, que no ponían fin á su vida. Era verdaderamente lastimoso oír los gruñidos que daba. Por fin, mi escopetero negro le hundió una lanza *dinka* en el pecho, y murió el herido dando un último gemido, y brotando la sangre á borbotones.

«Hartos de carne, y sin querer causar más



Arasre de una caña de elefante.

destrezas á la manada, nos encaminamos al barco. Nos daban lástima estos nobles animales, que tan hermosa prueba habían dado de su comportamiento. Hasta que cayó el herido, los otros no le abandonaban, y esto nos impresionó.

Los renglones transcritos indican mejor que otra prosa cualquiera, las intensas emociones que se desarrollan en una de estas grandes cacerías. Por lo demás, valer y atrevimiento son condiciones que se precisa desarrollar en estos viajes. El cazador nubiano — la escopeta negra — que suele acompañar en los puestos fijos de estas batidas como ayudante, dicen que siente por su profesión una especie de encantamiento y culto idiólatrico; ¡supersticioso en demasía, sabe que más pronto ó más tarde caerá víctima de las feras, y por eso su temeridad en el ataque no tiene igual.

Y con estas compañías que tan poca significación conceden á la palabra valer, tiene el europeo que demostrar la superioridad de una raza que, por lo mismo que medita en el peligro, da



Una aldea negra camino de Boz.

pruebas de más temeridad y abnegación...

El Duque de Alba, ocupado en ordenar las fotografías de su excursión, no observa la policía que mi vista ejerce sobre su persona,

inquiriendo bien todos los detalles que fijan puntualmente en la imaginación, la particular característica de este noble aristócrata de la sangre.

De lejos, viene el tañido retozón de simpáticas campanas. En la iglesia vecina del Buen Suceso, el reloj de la torre fila la hora del medio día. He ocupado la atención del noble señor de Alba durante más de una hora, y prolongar la entrevista tal vez pecaría en abuso. Entendiéndolo así, presento mis excusas y disculpo las molestias ocasionadas. El Duque de Liria tiene aún su última deferencia para *Mundial*, invitándome á visitar su hermoso museo de trofeos de caza.

Salimos al parque palaciego, donde praderías de *raie-graes* muestran un tono esmeralda, de color uniforme, suavemente delicado. La gradación verde, de vez en vez se irrumpe por grandes fajas de luz solar, que se proyectan en el tapiz de hierba. A través de los árboles, el azul del cielo muestra su nota brillante. Este puro cielo de Madrid, tan bello y alegre, hoy esplende como en los mejores días de primavera.

— Señor Duque — pregunto — ¿ en sus



Antilope perseguido por los cazadores.



La pieza cobrada.

— Señor Duque — pregunto — ¿ en sus

múltiples viajes llevados á cabo por el continente africano, qué impresión ha podido sacar de las razas aborígenes que lo pueblan?

— Impresión, la que produce lo rudo, lo primitivo, casi lo salvaje. Créame Ud. señor. — La civilización por estos pueblos ha pasado lo mismo que el agua por las piedras, sin dejar apenas rastro. Con el tiempo ¡quién sabe! puede ser que entren en nuevos usos y costumbres. Ocupan el último escalón en

el rango humano. ¡ Si viera Ud. el espectáculo repugnante que nos ofrecían, cada vez que se cobraba una de las grandes reses como elefantes, búfalos, cocodrilos ó hipopótamos! Aún caliente, la víctima la abrían con sus lanzas *dinkas*, y profiriendo infernal gritería, materialmente enterraban su cuerpo desnudo, negro como el ébano,

en las entrañas del animal, hasta que salían hartos del botín de carne, aún palpitante. Estos salvajes son verdaderamente los últimos en la escala humana, y con sólo verles, casi hay que creer en la teoría evolucionista. Como los monos, no progresan. Así han sido cuando se los llevaban en esclavitud los negros árabes; así son ahora, y ni la civilización les hace mella, ni parecen capaces del menor estímulo, aun para la caza. Viven de la leche de sus vacas, y de la carne de

— Señor Duque — pregunto — ¿ en sus

éstas cuando mueren de enfermedad. Según dicen, son antropófagos; y viendo su voracidad, hay que creer en ello.

Hemos salido ya del « Museo de Caza ». En tres grandes salones, artísticamente dispuestos, figuran disecadas cabezas y pieles de tigres, osos, leones, hipopótamos, renos, cocodrilos, morsas, roan, Wart-hog, tiangs, lieas, ciervos hipos, wate-brek jirafas, cebras, búfalos, gacelas y elefantes; en una de

ellas, cuatro magníficas defensas de estos últimos animales que honrarían la sala de cualquier museo de historia natural.

Faltan de aquí — dice el duque — ejemplares muy curiosos: unos que he regalado, y otros que hice donación á entidades científicas. Ahora, de Inglaterra, me tienen que enviar disecado un *Misis Grey*, uno de los animales más raros en Africa y más difíciles de obtener.

— ¿.....?

— ¿ Mis cacerías?... Se han verificado en todas partes: Europa, Asia, Africa. Esta última, de la que he dado á Ud., referencias, fué en el Sudán oriental, casi en la Ouganda, hacia Gondocoro, en el alto Nilo, pasando por Bahr-el-Geraf, Ka-kva, Fashoda, Bahr-el-Gebel, Metygmea y Gebel Aclimet Agcla. Y ahora, precisamente, dentro de una semana, marchó invitado á una cacería

que tendrá lugar en uno de los condados de Escocia. ¡ Después! Si mis ocupaciones y la política me dejan espacio libre, pienso ir

al Sinaí para cazar la *Capra* sinaica. Mas todo esto es un proyecto á realizar.

Aún tornamos al ducal despacho, y cumplido el objeto de mi visita, con sincero agradecimiento, expresado á su Excelencia el Duque de Alba, la honra que *Mundial* ha merecido de su persona.

Traspongo los umbrales

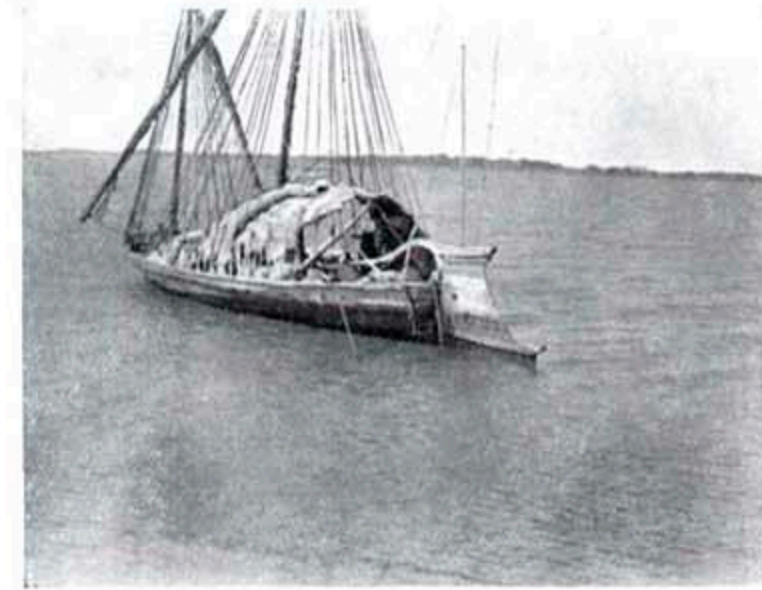
de la aristocrática mansión. Cantan los pájaros en el parque. ¡ Hay luz, hay alegría, y el sol luce risueño en el bello cielo de Madrid. El coche se interna por el dédalo de callejuelas de la urbe; pasan como en cinematógrafo casas y personas; pregonan los ambulantes vendedores su mercancía. De

lejos, viene la chispeante canción que tintinean los mazos de un organillo.

En la imaginación, entre los gratos recuerdos de la visita al palacio de Liria, resalta una imagen femenina de suprema belleza. Los ojos la admiraron en uno de los lienzos de la ducal estancia,

y aquella figura de soberana distinción, fiel retrato de la emperatriz Eugenia, trae á la memoria añoranzas de días ya lejanos. Días de madrigal y gentileza.

GREGORIO CAMPOS.



Una "Dahabihe".



Isando la caza.

Elegancia Masculina

LA CAPA

La capa, ó abrigo sin mangas, ha sido en todo tiempo la prenda preferida por todos los hombres, fuérenlo de armas ó ciudadanos, peones ó caballeros.

La capa se llevaba de distintos modos, según los climas.

En otro tiempo era grande, enorme, muy amplia, y al arrojarla hacia atrás, replegándola sobre la espalda, los hombres que la usaban podían manejar con desenvoltura el bastón ó la espada.

Más tarde, la capa se redujo, como ocurrió en los tiempos de Enrique II, época en que este abrigo era pequeño y de forma recta, á modo de una especie de capelina elegante. Esta moda fué lanzada por dos gentileshombres, llamados La Mole y Coconas, respectivamente, que por aquel tiempo eran árbitros de las elegancias.

En Italia, la capa se convirtió en esa prenda que conocemos con el nombre de abrigo veneciano.

El abrigo, ó capa veneciana, es una prenda un poco más amplia que la pequeña capa Enrique II, y se lleva colgada de un hombro, ó sujeta por cordones de pasamanería de oro y de seda. Es una prenda de completa elegancia.

Esta capa veneciana se usa aún en nuestros bailes elegantes, y combinada con el antifaz constituye un vestido admirable para los bailes de disfraces.

Las capas de Sevilla ó de Turín son, en nuestros tiempos, las dos verdaderas capas.

La capa de Turín es más amplia y de mayor contorno. Su embocadura está guarnecida con un cuello Sajonia, y parece mucho más holgada de lo que en realidad lo es, en razón de su corte, que se ajusta á los hombros.

Pero la verdadera capa es la capa madrileña ó sevillana.

La capa madrileña es más pequeña, más elegante, más fina, y se adorna con sedas, pasamanerías, y con ricos bordados.

La capa sevillana, por lo contrario, es el verdadero abrigo de los Españoles, y por el modo que éstos tienen de llevarla, la convierten en un amplio abrigo, muy elegante y muy airoso.

El gesto con que los Españoles se arrojan en sus capas, arrollándolas en torno del cuerpo, no tiene igual en cuanto á elegancia y donaire.

Dejando la capa abierta, y sujetándola con ambas manos, estos maestros del arte de llevar la capa convierten esta prenda en un abrigo de perfecta y severa distinción.

La capa lo es todo, para el Español, y con razón se ha dicho que en ella se cifra toda la elegancia castellana.

He aquí, queridos lectores, una descripción harto extensa, cuyo objeto es el de hacer adoptar á nuestros elegantes el porte de la capa que hemos creado con elementos de la capa madrileña, de la capa sevillana, y de la capa italiana, de todo lo cual resulta una prenda vestida, de fácil porte, menos enojosa que el abrigo La Mole y que el abrigo veneciano, y más amplia y rica que la capa madrileña, al par que menos recargada que la capa sevillana. De este modo, hemos logrado el modelo único é insuperable de la capa Franco-Italiana-Española.

Esta prenda constituye un verdadero abrigo de noche, tan holgado como elegante y cómodo.

Hacemos esta capa de «hombrespun» negro, con grandes pasamanerías que sujetan la embocadura; hacemos también otros modelos de casimir negro ó marengo, forrados de pluma de avestruz ó de piel ligera, tal como la chinchilla, la marta, ó la nutria.

Sea cualquiera la piel con que forremos el interior, cubrimos siempre los delanteros con chinchilla ó con nutria.

También hacemos otros modelos de capa, forrados con seda liviana, bajo la cual colocamos un ligero relleno de uata. Este forro puede ser gris ó de color, según el gusto del cliente y según el uso á que se destine.

Con esto, quedan enterados mis lectores de cuanto se refiere á la capa, con la cual pueden contar, si desean un abrigo de fácil porte que no arrugue la ropa, y que sea el más útil y elegante posible para completar nuestro atavío en las «soirées mundanas».



Capa creada por Kriegck, 23, Rue Royale, Paris.

NICOLAS KRIEGCK.

¿Tiene usted una buena Bomba?
¡No?... Pues escoja usted:

NUESTRAS BOMBAS

TORPEDO	COMPOUND	TRIPLEX	HANDY
De Compresión sencilla.	De Compresión doble.	De Compresión triplé.	De Compresión cuádruple.
N.º 2. Para Coche grande, 25 francos.	Montada con Rótula.	Para Coche ó para Taller... 75 frs.	Con manómetro, 75 frs.
N.º 3. Para Coche pequeño, 21 francos.	Precio: 45 frs.		Sin — 63 frs.

SON LAS QUE PRODUCEN

el **Máximo** de **Rendimiento**

POR EL

MINIMUM DE TRABAJO

CON UNA BOMBA

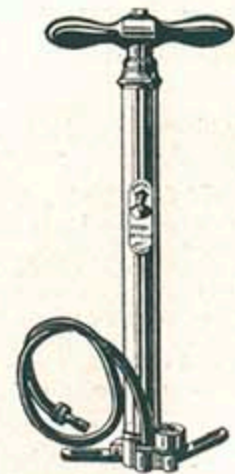
HANDY

se hinchaba un neumático de 135 en
3 minutos sin fatiga.

Pidannos ustedes el hacerles un ensayo
demostrativo.



Tipo "TRIPLEX" de Taller.



Tipo "HANDY" con Manómetro.

MESTRE & BLATGÉ AGENTES EXCLUSIVOS
46, Av. de la Grande-Armée, PARIS

El ácido úrico vicia la sangre ; enarena los órganos y las válvulas del corazón ; endurece las arterias cubriendo sus tabiques de placas atero matosas ; dilata las venas formando varices ; estropea las articulaciones ; origina el mal de piedra en la vejiga ; impermeabiliza los riñones ; produce la gota ; atrofia las glándulas pilíferas del cuero cabelludo ; produce el eczema de la piel, y causa el decaimiento de los tejidos que se infiltran de grasa.



Reumatismos
Gota
Arenilla
Cálculos
Neuralgias
Jaquecas
Ciática
Arterio-
Esclerosis
Obesidad



Comunicaciones :
Academia de Medicina
de París (10 de No-
viembre de 1908).

Academia de Cien-
cias de París (14 de
Diciembre de 1908).

Envenenado por el ACIDO URICO,
atenazado por el sufrimiento, no puede salvarse si no recurre al

URODONAL

pues el URODONAL disuelve el ácido úrico.

El URODONAL limpia los riñones, lava el hígado y las articulaciones, devuelve la elasticidad á las arterias, y evita la obesidad.

REUMATICOS, el salicilato de sosa es un veneno que activa sobre el cerebro (memoria infiel 10 años después) que quema el estómago, y que ejerce una acción depresiva sobre el corazón. Evitad este medicamento, que os causará daños importantes, y recordad que, según la comunicación hecha á la Academia de Medicina, el Urodonal es mucho más poderoso, además de ser completamente inofensivo.

GOTOSOS, temed el efecto del cólchico, pues son incontables las intoxicaciones mortales á que ha dado lugar, aun tomándolo en pequeñas dosis. El profesor Lancereaux, antiguo presidente de la Academia de Medicina, recomienda formalmente el Urodonal en su *Tratado acerca de la Gota*.

El Urodonal prepara admirablemente para las curas de aguas minerales, porque limpia del exceso de ácido úrico. En caso necesario reemplaza á esas aguas minerales, ó prosigue la cura comenzada por ellas. Es la mejor de las POST-CURAS.

N. B. — El Urodonal se encuentra en los Establecimientos Chatelain, 207, Boulevard Pereire, París, y en todas las buenas farmacias de Francia y del Extranjero.

¡EL ACIDO URICO ES EL ENEMIGO!